

Pero es expresión no sólo de su realidad formal, es decir, del hecho de que efectivamente hay familias y los individuos forman lo esencial de su constitución psíquica en ellas, sino del hecho de que esa "normalidad" ha sido profundamente alterada. Cuando el sujeto clásico estaba en plena posesión del mundo la Psicología era sólo una ciencia descriptiva, casi contemplativa, que aspiraba a entender, más que a desarrollar técnicas. Este es el espíritu de Wundt, de Ribot, o de Piaget (para quien incluso la preocupación por las aplicaciones en el campo educativo de sus investigaciones era una "afición norteamericana").

Es necesario asumir que la expresión clínica de la Psicología, es decir, su pretensión de expresarse en técnicas específicas que no tienen ya que ver sólo con las psicosis, sino que amplían su campo de aplicación a una vasta gama de situaciones fronterizas con la normalidad e, incluso, a la normalidad misma (que siempre puede ser perfeccionada) es un invento del siglo XX. Yo creo que este invento no es casual. Y creo que esta conciencia del carácter histórico de la ampliación de la clínica puede ayudarnos a comprender sus límites.

Las grandes escuelas y las grandes disputas de la Psicología de este siglo tienen como centro a este sujeto normal, integrado, pero sobrepasado por los cambios, y tienen como escenario las tradiciones académicas en que se han apoyado las prácticas clínicas.

Cuando se dice que los grandes sistemas psicológicos son el Conductismo, el Psicoanálisis y la Fenomenología, se está pensando en esta Psicología institucional, establecida, cuya definición teórica central está definida por una nostalgia, la nostalgia de restaurar las condiciones de la familia clásica. La realidad, sin embargo, es más compleja. En los años sesenta un amplio movimiento de ideas, relacionado con el gran salto científico y tecnológico, puso en cuestión, desde ámbitos y perspectivas muy diversas, todo el edificio teórico de la Ciencia Social institucional.

2. En Psicología los enfoques sistémicos, las terapias humanistas y personalistas, las teorías que toman como dato esencial en la articulación de la subjetividad al lenguaje, suponen un importante desafío a la tradición. Sin embargo, el desafío permaneció en el mero nivel teórico mientras no existió un espacio de sujetos reales en el cual

prosperar a través de propuestas clínicas concretas. Ese espacio, creo, se da recién en los años setenta y ochenta, con la aparición de una vasta demanda de atención psicológica de un tipo diverso a la clásica. Con la aparición de la capacidad de consumo autónoma de los sujetos posmodernos.

En la medida en que el aparato psíquico de este sujeto se ha formado bajo coordenadas sustancialmente diversas a las del sujeto clásico el objeto de la demanda psicológica ha cambiado. Las psicologías que se han abocado al sujeto posmoderno, a veces incluso a costa de sus principios originales, se han debido dedicar como problema central a la necesidad de agrado. Lo confortable, lo agradable, el sentido placentero de la autoconsistencia individual, el equilibrio personal en la identificación con los patrones de consumo, la superación de las trabas internas a la integración y a la identificación adecuada, han generado estilos terapéuticos de un sentido profundamente distinto a los de la Psicología que es por definición la institución respetable.

Las terapias centradas en el agrado, en la sensación de bienestar y autoconsistencia, han creado, paralelamente, una amplia zona de prácticas adyacentes a la práctica clínica como tal. La relajación corporal, el ejercicio corporal con sentido psicológico (como en el Tai Chi, o en el Kung Fu), la consulta psicológica masiva e impersonal a través de libros y revistas dedicadas al desarrollo personal, la intervención grupal en los contextos de trabajo a través de las técnicas de desarrollo organizacional, el trabajo con filosofías, o métodos de meditación o, simplemente, métodos de adivinación (como el Tarot, el Budismo Zen, la enseñanza del Kybalión), se han constituido en un enorme mundo informal asociado de manera cada vez más estrecha a la práctica reconocida de la Psicología.

3. Es en torno a este mundo que puede plantearse la idea de un uso suntuario de la Psicología. Un uso en que el Psicólogo comparte tareas con otros especialistas en belleza interna y externa como pueden ser el profesor de gimnasia, el dentista, o el maestro de alguna filosofía esotérica. En este uso suntuario el paciente ya no es propiamente un paciente sino, como se ha dicho, un cliente que busca la manera de

mejorar sus condiciones ya "normales" de vida e, incluso, de aprovechar hasta el último recurso de sus potencialidades físicas y psíquicas para estar mejor en el mundo, que no es sino su mundo.

La difusión masiva de la terminología, o de los aspectos más generales de las teorías, por los medios de comunicación, el que para estos medios el tema resulte un buen gancho para atraer la atención de públicos masivos, el que la condición de Psicólogo sea tratada de manera frívola, casi hasta formar parte de las rutinas habituales del mundo del espectáculo, son fenómenos que deben ser considerados más bien como efectos que como causas del problema más general de una tendencia suntuaria en el ejercicio de la profesión.

Cuando digo suntuario, por cierto, no quiero decir que sus problemas sean ficticios. Me refiero más bien a la actitud de un paciente que circula por diversos Psicólogos y diversos gimnasios paralelamente, buscando una satisfacción que le parece perentoria y, sin embargo no logra encontrar. Apunto a una diferencia en la constitución psíquica de estos pacientes. Advierto contra el riesgo de reinterpretarlos como pacientes clásicos y quedar, por esta vía, permanentemente sorprendidos por sus "reacciones terapéuticas negativas", sus actitudes transferenciales, su falta de disciplina en los acuerdos de condicionamientos establecidos o, en general, cualquiera de las explicaciones que los diversos enfoques tienen previstos cuando no funcionan.²¹

La defensa más natural ante esta degradación de la práctica profesional consiste, por cierto, en negar, de una u otra manera, o su extensión o su profundidad. Es completamente natural que un profesional liberal, serio, dedicado, con algo de orgullo gremial y estamental, se resista a verse asimilado a algo que se parece a la farándula y a la bufonería. Son los mismos Psicólogos, sin embargo, curiosamente, los que deberían ser expertos en defensas y resistencias de este tipo.

21 *Es necesario advertir que las teorías psicológicas más avanzadas han ido respondiendo progresivamente a las demandas de este nuevo tipo de pacientes, adoptando de manera espontánea tanto sus convicciones teóricas como sus estilos terapéuticos. Yo creo que el psicoanálisis lacaniano es el intento más profundo al respecto. Creo, sin embargo, que el cognitivismo de tipo constructivista es el que tiene mayores posibilidades de éxito masivo.*

Desde fuera, en cambio, se constata que los temas de esta Psicología suntuaria llenan las revistas frívolas y las conversaciones comunes. Desde fuera se puede constatar la ágil disposición de nuestros más serios Psicólogos y Psiquiatras para aparecer en Televisión, no precisamente en programas científicos y, siempre, haciendo amplia demostración del status que su profesión les concede ante el gran público. Desde fuera es posible constatar la curiosa mezcla de ideas con que un número increíble, y cada vez mayor, de estudiantes, elige seguir la carrera de Psicología, más allá de toda lógica sobre las expectativas laborales.

Una objeción más seria, en cambio, puede formularse sobre el adjetivo "suntuario". Se puede argumentar que justamente la recurrencia del tema en la vida común apunta a una profunda necesidad, dada la cual ya no cabría pensar en lujo o frivolidad de parte del paciente. Se podría pensar, por ejemplo, que la rotativa entre diversos terapeutas se debe a razones específicamente clínicas que habría que determinar.

La idea de "suntuario" no tiene por qué, si así lo especificamos, implicar una condena o ser usada como adjetivo. El problema es más serio. De lo que se trata no es de hacer un juicio de los pacientes comunes de los sectores privilegiados, o de la idea común que se ha formado de la Psicología. La idea de establecer un juicio supone que hay un patrón objetivo, un estado de cosas ideal, respecto del cual se podría sostener que el uso o la idea que los pacientes tienen de la Psicología es adecuado o no. Lo que ocurre, sin embargo, es que son justamente las ideas y, mucho más que eso, las condiciones profundas del ejercicio real de la Psicología las que están cambiando y, ante una realidad movediza, tenemos que intentar comprender la dirección de esos cambios. En este sentido, se puede hablar de noción y uso suntuario en la práctica real de la Psicología clínica en la medida en que esos usos y esas nociones forman parte de una realidad más amplia de economía de alto consumo, de emergencia y crecimiento de necesidades más sutiles, por sobre las necesidades clásicas, una realidad en que las expectativas de goce inmediato y de bienestar indefinido son promovidas por todos los canales de la propaganda social.

Es importante notar, sin embargo, que no todos los sectores sociales integrados a la producción moderna o, en nuestro país, a la integración de la economía al mercado mundial, recurren al Psicólogo de la manera que hemos descrito como suntuaria. Es respecto de este punto que la diferencia entre "integrados de tipo tradicional" e "integrados de tipo posmoderno" es esencial. Dos formas de ejercer la práctica psicológica, dos maneras de hacer teoría, dos formas quizás, de formar Psicólogos, están aquí en juego. Y de sus diferencias podemos obtener valiosas lecciones tanto acerca de los sujetos que las requieren, como de las discusiones teóricas posibles, tanto dentro de la institucionalidad de la Psicología, como en el vasto campo de prácticas y teorías que ahora la acompañan.

4. En un ámbito teórico y político muy diferente, por otro lado, toda una Psicología surgió, en los años sesenta y setenta proponiéndose a los amplios sectores de postergados como objeto.

Un enfoque Psicosocial, en que el sujeto predominante es más una construcción solidaria colectiva que el individuo clásico, un intento de formular una epistemología adecuada a ese carácter particular del sujeto, un conjunto de técnicas de intervención que están más allá del simple enfoque clínico de la subjetividad, y en que la relación entre el psicólogo y el paciente es radicalmente innovada, son quizás sus principales aportes. Quiero ser más enfático en esto. Un mundo nuevo de Psicología posible, que escapa a las tradiciones sagradas, que permite imaginar un más allá del individualismo clásico, que permite imaginar una epistemología sustancialmente diferente de la sostenida por la Psicología institucional dominante.

Pero las Psicologías comunitarias sobreviven a duras penas a la indiferencia siniestra que ha surgido a partir del triunfalismo democrático. Sus intentos se desvanecen en el sistema de mendicidad universal que los nuevos gobiernos establecen a través de sus políticas sociales, que no son ya políticas de desarrollo sino, apenas, conjuntos de medidas que contribuyen a aliviar las tensiones sociales que genera la marginación, y que simplemente no pueden ser resueltas cuando se ha optado por mantener los equilibrios macroeconómicos adecuados para la inserción en el mercado mundial.

Estas Psicologías han sido llevadas, por el movimiento general de la integración, al carácter marginal de sus objetos. La institución psicológica está muy poco dispuesta a reconocer sus posibilidades. La realidad política y social conspira claramente en su contra. No son buenos tiempos para la solidaridad y el reencuentro. Mi opinión es que hay aquí un amplio mundo que debe ser rescatado. Pero hay que tener conciencia de que semejante intento es, en la práctica, una especie de condena a trabajar en la sombra. En la sombra siniestra que arroja sobre las conciencias el exceso de luz que emanan los nuevos patrones de consumo.

La realidad, sin embargo, puede ser más complicada que la que anuncia este pesimismo metodológico. Si una condena a las sombras pusiera a las Psicologías de tipo comunitario a trabajar simplemente contra la corriente, con el valor y la fuerza de los que trabajan de manera rebelde por cambiar el mundo, quizás, de la belleza del intento podrían obtenerse resultados notables. Esta fue, después de todo, la realidad política y teórica de estas escuelas bajo el populismo tradicional, o bajo la opresión de las dictaduras. Curiosamente el populismo de nuevo tipo puede ser un peligro más complejo que aquellos simples y brutales enemigos, contra los que se podía esgrimir los argumentos de la evidencia.

Sostengo que forma parte de la esencia de los nuevos populismos posibles en América Latina considerar un lugar para la Psicología de la pobreza. En un estilo político y económico fuertemente pragmático, que no persigue políticas de desarrollo global, que se conforma con el crecimiento de los integrados, que contempla desde su base la existencia de sectores marginales a la economía oficial, la preocupación, puramente pragmática, por las posibilidades explosivas de la pobreza asumida debe ser una política central.

Las políticas de asistencialidad a los sectores de extrema pobreza, o de sub empleo parasitario o empleo temporal, pueden requerir de la participación de todo tipo de profesionales del campo de las Ciencias Humanas y, por supuesto, de los Psicólogos. Los programas de atención periférica en salud, requerirán, y emplean ya, un contingente de Psicólogos que se sentirán haciendo Psicología Social, o

Comunitaria. Esto creará una institucionalidad asociada e, incluso, posibles paradigmas teóricos adecuados a la defensa del campo institucional. Las previsibles diferencias con los Psicólogos de tipo clínico, o de otros campos micro sociales como lo laboral, o lo educacional, se harán sentir, tanto en la práctica como en la teoría.

Es importante indicar, sin embargo, que el límite de estas prácticas se encuentra clara y dramáticamente implícito en el carácter asistencial y neo populista de su origen. Sólo será posible desarrollar una Psicología Comunitaria real en la medida en que el marco histórico en que se desarrolla cambie sustancialmente. En este campo, como en todos los otros, el desarrollo de la Psicología depende estrechamente del sujeto real que busque expresar, o que exprese de hecho. El asunto dramático y terrible es que al neo populismo no le interesa en absoluto el sujeto posible de estas Psicologías. Peor aún, sostengo que su respuesta al problema de la pobreza es levantar la asistencialidad justamente para impedir su desarrollo.

5. Quizás una oportunidad de desarrollo diverso de estas Psicologías comunitarias pueda encontrarse, en un contexto muy distinto y bajo perspectivas teóricas muy distintas, cuando se aplican a los marginados de nuevo tipo. A pesar de la distancia en el lenguaje, en el trasfondo político, en la amplitud de sus esfuerzos, yo creo que puede hablarse de Psicologías comunitarias en los casos en que el Psicólogo actúa como animador de grupos de encuentro entre enfermos de SIDA, en grupos de homosexuales o en grupos feministas.

En estos casos es visible que la primera y gran tarea es la de encontrar identidades colectivas en las que refugiarse de las penurias de la marginación. Es evidente también que el rol del Psicólogo trasciende el ámbito y el estilo clínico para acercarse más a las modalidades de intervención Psicosocial desarrolladas para el ámbito de la pobreza. Yo creo que es claro, también, que los fundamentos epistemológicos de unas prácticas como estas, en permanente estado de ensayo y reelaboración, son distintos de los de la Psicología clínica.

Creo que este desarrollo práctico, con su particular sensibilidad por la diversidad humana y el dolor objetivo, puede ser una fuente de grandes avances para la teoría psicológica. Creo que el punto central

está en el desarrollo de la idea de subjetividad colectiva. Pero esto implica, más que una revolución dentro de la Psicología, simplemente trascender sus límites históricos como disciplina.

6. En nuestro país donde, querámoslo o no, todo es un poco más lento, es necesario agregar un nuevo eje que sirva para concretar otro poco la visión que queremos dar de la diversidad del sujeto real ante el que se encuentran las teorías.

En este último acercamiento creo que es necesario considerar el ritmo con que nuestras capas medias se han integrado a la modernidad efectiva, y el momento del desarrollo de la crisis de la modernidad en que lo han hecho.

Creo que es demostrable que las capas medias se han formado en Chile a través de una serie de oleadas de ampliación de la integración, que han coincidido con las épocas en que la economía nacional ha podido obtener ventajas relativas transitorias de las contingencias de la economía mundial. Creo que, a grandes rasgos, un historiador concordaría en que estas épocas son los años de fines del siglo XIX y principios del XX, la época de los años 20, luego la que coincide con los gobiernos radicales, los años 60 y, por último, la actual integración producto del modelo orientado hacia el exterior.

Si consideramos que en el curso de la vida de una familia clásica chilena estas distintas etapas se han acumulado, han marcado a generaciones sucesivas, se han vinculado estrechamente con los cambios, algunos muy violentos, en los estilos de vida y en los proyectos vitales, encontramos que los psicólogos tienen ante sí una gama muy variada de historias posibles, cada una de las cuales se ha construido en una relación existencialmente problemática con las generaciones anteriores y posteriores.

7. Creo que es necesario hacer una "epidemiología" de la consulta psicológica en Chile. Me atrevo a sugerir que en sus resultados encontraríamos expresadas las diversas realidades a las que he aludido en este texto. La configuración psíquica del criollo tradicional y del joven posmoderno, del padre machista asediado y de la madre profesional y sus buenos niños, entre los privilegiados. La configura-

ción psíquica del permanente humillado, o del pillo urbano, o del homosexual ridiculizado, entre los postergados.

Creo que sería posible encontrar la diversidad de las prácticas psicológicas que se fundan en la diversidad objetiva. La Psicología institucional en problemas, la Psicología suntuaria y su asalto al poder desde las coordenadas de la frivolidad, los esfuerzos por hacer Psicologías de tipo social o comunitario y su marginación trabajosa.

Mi punto de vista no consiste en que debamos distinguir cuáles de estas prácticas, o de los enfoques teóricos que construyen alrededor de su consistencia material, es el correcto, el verdadero, o el que más se acerca a la verdadera Psicología. No hay una "verdadera" Psicología. Toda la que hay es real. Toda práctica efectiva tiene fundamento. Toda teoría puede ser defendida con buenas y con malas razones.

El problema, para mí, es otro. El problema es qué de todo esto estamos dispuestos a aceptar como deseable. Qué idea de la humanidad, de la subjetividad, de las posibilidades de la felicidad, nos parece practicable o defendible. En concreto, qué tipo de ejercicio profesional estamos dispuestos a ejercer y a defender como legítimo y necesario. En la medida en que la Psicología no es sólo un "discurso sobre" sino, más bien, un "discurso del" sujeto que la ejerce, el problema de la opción teórica que asume la diversidad de sus objetos posibles es qué tipo de sujetos estamos dispuestos a ser. Este sí es un verdadero problema. El estudiante de Psicología, quizás más que ningún otro tipo de estudiante, en virtud del compromiso en buenas cuentas racional y afectivo que implica su tarea futura, está ante el dilema de qué tipo de sujeto quiere ser.

Una forma simple, siempre posible, de resolver este problema es no asumirlo. Dejarse ser lo que ha resultado de la conformación azarosa de nuestra vida psíquica. Ser nada más y nada menos que lo que simplemente somos, como si no se pudiera ser de otra manera. Dejarse vivir, hacer lo que para el sentido común dominante es lo adecuado. Es para el que esté tentado de optar por no optar, de ser sin ser, de dejarse llevar sin saberlo, que escribo este texto. Tengo la esperanza de que, después de leerlo, su opción sin opción sea simple-

mente una mala consciencia, una enajenación sabida, y no simplemente una ignorancia oportuna.

Santiago, 29 de Enero de 1993.-

"Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio".

SERRAT

II. El Psicoanálisis y el Sujeto Moderno ²²

1. Para la mirada natural parece haber, de manera indudable y pura, personas, de las que se puede decir que son sujetos, aparentemente conscientes, razonables, irascibles a veces pero, en general, bastante tratables.

Para la Psicología nada es tan simple. Se trata de observar, de saber cómo es la realidad efectiva de estos sujetos. Se trata de saber cómo son "realmente".

Para este saber, que se quiere científico y eficaz, parece haber un sujeto objetivo, alguien que es, independientemente de nuestra mirada, algo determinable. Sin embargo, sólo conocemos al sujeto real a través de la idea que nos hacemos de él. En Psicología se ha sistematizado esa idea, se dice tener teorías que dan cuenta de cómo es, de qué es esperable de él.

Considerando atentamente esta situación encontramos que, en realidad, nuestras teorías actúan como verdaderos instrumentos. Esperamos, a través de ellas, conocer algo que parece ser independiente de ellas. El ideal científico nos exige comparar estas teorías con el sujeto efectivo, contrastar su adecuación. Parece, en principio, que deberíamos ponernos, por decirlo así, fuera, en otro lugar, que no es el de la teoría ni el del sujeto mismo, desde donde juzgar dicha

22 Este texto fue escrito para el Foro "El Psicoanálisis se encuentra con la Filosofía", organizado por el Instituto Chileno - Francés de Cultura, el día 13 de Junio de 1991.

adecuación. Pero ¿quién podrá ponerse realmente más allá?, ¿no hay acaso en nuestras ideas comunes tanta teoría como en nuestras teorías?, ¿se pondrá alguien más allá de toda idea para poder juzgar la adecuación de manera neutra?, ¿se pondrá alguien fuera del acto de observar para juzgar la adecuación entre la observación y lo observado?. Nada de esto parece ser posible. La situación real es que no tenemos más idea de lo que sea el sujeto real que las ideas que tenemos acerca de él.

Estas ideas, elaboradas con pretensión de coherencia, son el discurso de la Psicología. De acuerdo a lo dicho no podemos decir, con completo rigor, que éste sea un discurso sobre alguien que exista de manera independiente de él. Esta reflexión, fundamental, nos pone en la pista de otra: el discurso de la Psicología no es sólo un discurso sobre alguien, sino también un discurso de alguien. Cuando consideramos a las teorías psicológicas como instrumento no sólo podemos preguntar qué nos dicen del sujeto sino, también, qué nos dice el sujeto mismo, el que las concibe, a través de ellas. El instrumento resulta doble: no sólo miramos a través de él al objeto sino también al sujeto. La Psicología no nos dice tanto de un sujeto objetivo que ella determina como del sujeto histórico que la enuncia. Esto se puede resumir así: la Psicología puede ser considerada como el discurso del sujeto moderno.

2. Hay un sujeto al que podemos llamar sujeto moderno. Tiene un ser, una historia. Sabemos esto en concreto: somos nosotros mismos. En principio carecemos de la distancia que nos permitiría conocernos. Al coincidir en nosotros mismos tanto el sujeto como el objeto de la teoría no sólo no podemos contrastar desde un "más allá" neutral sino que, incluso en la ficción metodológica, nuestra situación nos impulsa a fabular sobre lo que realmente somos: no sólo no hay distancia, tampoco hay transparencia.

Pero algo pasa. Nuestras insatisfacciones, nuestras dudas, ese insistente, y ahora agobiante, malestar en la cultura, nos sugieren que algo pasa. Las mujeres, los niños, los ancianos, los negros, los homosexuales, reclaman sus derechos, aparecen, vuelven a aparecer de manera estridente, no pueden ser ignorados, reclaman, sobre todo, un derecho intangible y sutil: el derecho de ser. Y el varón clásico,

productor, individuo, emprendedor, crítico e ingenioso, padre, amo, se ve agobiado ante el asalto de nuevos sujetos que quieren ser también, como él, sujetos. Algo pasa, un mundo nuevo emerge, un mundo muere.

Es esta situación de crisis estructural del mundo moderno la que nos permite mirar, para decirlo de alguna manera, desde una especie de "más allá" de la modernidad, aún incompleto y contradictorio, pero que hace posible ya una cierta perspectiva. Es desde aquí, desde hoy, que comprendemos que la Psicología fue escrita para y por un sujeto determinado. Es desde aquí que podemos leer, en ella, algo de lo que ese sujeto fue, y es aún: la historia de la Psicología puede resultar un lugar privilegiado para preguntarse por las claves de la modernidad. La idea es leer al sujeto moderno precisamente desde su propio discurso. Como no podemos saber qué es y qué fue ese sujeto directamente nos encontramos en una situación en que la historia de la Psicología y la historia del sujeto se confunden, no tenemos más alternativa que tomar a la primera como índice de la segunda. Esta idea nos pone en la pista de otra, que resulta inevitable: la crisis de los paradigmas de la Psicología actual no es sino un índice de la crisis del propio sujeto moderno, el índice de la emergencia de una nueva subjetividad.

Por cierto podemos tener la impresión de que no hay crisis alguna. Viviendo en el mundo de manera confortable es fácil no darse cuenta de que los cambios no siempre son simples cambios, como si a la vuelta de los días uno pudiera mostrar que todo ocurrió en realidad para mejor. El optimismo fácil, construido a partir del bienestar precario, puede ocultar el lado crítico de nuestros malestares. Claro que está naciendo un mundo nuevo, la cuestión es que ese mundo no tiene por qué ser el que esperamos. Hablamos de una nueva subjetividad ¿es por fin la de la paz y la concordia?, ¿se abren al fin las grandes alamedas de la historia humana?, ¿está llegando el tiempo en que por fin es posible el entendimiento, la comunicación, el bienestar?. Prefiero pensar que es muy improbable que estemos en una época tan maravillosa. Hay demasiados marginados, hay demasiada manipulación, hay demasiado totalitarismo sonriente, como para creer algo tan hermoso. Se me ocurre que la tarea de descifrar el

carácter de la crisis del sujeto moderno es una tarea crítica. Lo que se acaba no nos gusta, lo que ha surgido tampoco.

3. Cuando, desde la perspectiva privilegiada de este “más allá” conflictivo, consideramos la historia de la Psicología como disciplina encontramos que la mayor parte de sus disputas no son sino disputas de escuelas, es decir, rivalidades institucionales. Encontramos que la mayor parte de las distinciones entre una escuela y otra no se originan sino en la necesidad de definirse y existir como escuelas. Esta es quizás la característica más notable del ejercicio teórico en Psicología desde mediados del siglo XIX. Las tradiciones académicas, y las prácticas profesionales autorizadas desde ellas, se defienden. Ocupan gran parte de su espacio teórico en la tarea de distinguirse. Uno podría creer que esto tiene repercusiones visibles muy notables: las instituciones se multiplican. En realidad es al revés: no es que las instituciones se multipliquen por desacuerdos teóricos, lo que ocurre es que los desacuerdos teóricos legitiman las peleas institucionales.

Es por esto que prefiero hablar de una manera algo más abstracta. Considerar la historia de la Psicología más bien por el concepto que por las diferencias verbales. Se trata de fijarse en la idea de sujeto que se ha movido “detrás” de cada discurso, se trata de hacer una historia de las ideas de fondo, bajo las cuales las tradiciones teóricas diversas han encontrado sentido.

Al hacer una consideración de este tipo encontramos claramente tres momentos que, en el devenir del concepto, marcan, más allá de las alternativas imaginadas y no desarrolladas, los estados reales del discurso del sujeto moderno. Voy a denominar estos momentos por el tipo de sujeto que imaginan: el sujeto clásico, el sujeto positivo, el sujeto operativo. Voy a caracterizarlos enseguida pero, antes, una caracterización primera: el sujeto que es un alma racional puesta en un cuerpo, el que es una esencia determinable de manera experimental, el que se consume en la contingencia de su operar sin más ley que su estructura.

4. Para la Psicología clásica, antes de la institución de la Psicología como disciplina, el sujeto es, básicamente, un alma racional que está en un cuerpo del que es, sin embargo, distinta en principio. Esta alma,

nuestro Yo, es en esencia racional y libre. En ella, como en la geometría, no hay contradicción. En ella reside todo lo que nos hace propiamente humanos: la creatividad, la libertad, la capacidad de trascender, la posibilidad de la salvación.

El alma racional sin embargo, (ay dolor!), está en permanente interacción con el cuerpo, del que provienen las pasiones, como la sociabilidad, el egoísmo, la tristeza, el odio, el placer, etcétera. El alma es afectada por las pasiones, diríamos, "trastornada", "tapada", por ellas. Sin embargo, como tal no es alterada en su esencia. Esto es relevante: en la Psicología clásica no es el alma misma la que se enferma, sino la conexión entre el alma y el cuerpo. Incluso más: toda enfermedad que afecte al alma no puede provenir sino del cuerpo. Hoy diríamos que toda enfermedad aparentemente síquica es, en realidad, psicósomática, y esto le da sentido a las terapias clásicas que procuran liberar al alma de sus estados de perturbación afectando al cuerpo: los baños fríos, los tratamientos químicos, los azotes.

El gran tema de la Psicología clásica es esta relación entre el alma y el cuerpo. Parecía simple encontrar qué propiedades se podían atribuir al alma, un asunto menos simple era qué tipo de cosas podría significar que las instituciones se multipliquen por desacuerdos teóricos, lo que ocurre es que los desacuerdos teóricos legitiman las peleas institucionales.

Es por esto que prefiero hablar de una manera algo más abstracta. Considerar la historia de la Psicología más bien por el concepto que por las diferencias verbales. Se trata de fijarse en la idea de sujeto que se ha movido "detrás" de cada discurso, se trata de hacer una historia de las ideas de fondo, bajo las del tipo de características que se pueden atribuir a esa naturaleza humana y, también, dos opiniones muy distintas acerca del grado y modo de las determinaciones que esa naturaleza ejerce sobre las conductas concretas de cada hombre. Para unos (como Maquiavelo o Hobbes) la naturaleza humana es en esencia egoísta, agresiva, antisocial, propensa a buscar la ventaja y el lucro; para otros (como Rousseau o Hume) resultaba, en cambio, sociable, productiva, emprendedora, propensa al intercambio y a la búsqueda espontánea del beneficio común. Por otro lado, para unos

(como Spinoza o Hobbes), la determinación de las leyes naturales de las pasiones sobre toda conducta era completa e ineludible, mientras que para otros (como Hume) en realidad no se podía probar ninguna determinación necesaria, resultando las conductas reales más bien de la deriva del azar y la contingencia.

Importa fijar, más allá de los detalles, algo de la lógica que subyace a este concepto clásico de sujeto. De alguna manera (predominantemente a través de la intuición racional) se ha encontrado que este sujeto se caracteriza en concreto por una naturaleza que está en permanente contrapunto con su esencia racional. Este contrapunto es una esencia que puede llamarse sustancial: el sujeto es esta sustancia. El sujeto como tal (en cuanto humano) es sólo el alma racional, el sujeto sustancial (el que determina los fenómenos concretos de la conducta) es este conflicto entre el Yo racional y las pasiones naturales. (En Rousseau el conflicto se ampliará a la contraposición entre un sujeto naturalmente pacífico y gregario y la cultura que lo corrompe y somete).

La tradición clásica cree tener una imagen objetiva, obtenida de una manera objetiva, de lo que el sujeto es. Hay una ley esencial, que rige a un sujeto sustancial, que determina las conductas concretas de manera inmediata. Es importante, sin embargo, notar que esta determinación no es precisamente de tipo causal, como si un interior esencial actuara sobre un exterior fenoménico. Lo que ocurre es más bien una diferencia entre sustancia y accidente: los hombres concretos especifican en particular lo que el hombre genérico es como sustancia. Esto es importante porque explica el por qué los sicólogos clásicos no necesitaron demostrar sus conceptos de manera experimental: lo que los hombres concretos son es evidencia inmediata de lo que la intuición racional ha encontrado en el sujeto sustancial. Hoy diríamos "no hay más que mirar cómo es la gente" para darse cuenta de cómo es el hombre.

Por otro lado, la tradición clásica evolucionó progresivamente desde un énfasis en la determinación natural (que, en sus orígenes, importaba como contraposición a la determinación divina) hacia un énfasis en la libertad, entendida como autonomía empírica. La nece-

sidad natural, que al principio parecía absoluta, dio paso a una idea de la libertad que ponía todo su énfasis en la falta de determinación, una libertad negativa que, prácticamente, coincidía con la falta de trabas y que, muy luego, empezó a coincidir simplemente con la mera contingencia, con el azar. Veremos luego que esta idea de la libertad como azar es relevante hoy, en la idea de sujeto operativo.

5. Junto a la constitución de la Psicología como disciplina tiene lugar una drástica crítica a la idea clásica, en particular al método (ahora considerado como puramente especulativo) con que se obtuvo, y a la sustancialidad concreta que se atribuía al sujeto. La Psicología meramente científica imaginó que si había algún sujeto objetivo éste sólo podía ser alcanzado por la vía de la experimentación, es decir, operando sobre los fenómenos para obtener su esencia, una esencia que, tras ellos, opera de manera causal de acuerdo a leyes determinantes y objetivas.

La lógica de esta Psicología implica que lo que el sujeto es, no es ya un "algo" determinable (como los "espíritus" cartesianos, o las "simpatías" humianas) sino, más bien, sólo la ley de la determinación. La esencia no es ya la naturaleza como tal sino su ley. Esta ley causal opera como un interior que determina los fenómenos que aparecen, accesibles, como exteriores. Esta ley es lo real que determina a lo aparente, la objetividad suprasensible y quieta que es real frente a la variabilidad y a la ilusión fenoménica.

Si la tradición clásica pensó acercarse de manera objetiva a lo objetivo, ésta, la tradición científica pura, pensó acercarse a lo objetivo a través del acuerdo intersubjetivo que puede lograrse en el método experimental. Si la tradición clásica osciló entre la necesidad de las leyes y la libertad como azar, ésta, la científica, optó por la determinación pura: la variabilidad no es sino apariencia de la ley, la ley es la imagen quieta del fenómeno.

El acercamiento concreto a lo fenoménico se dio a través de lo fisiológico, o lo introspectivo, o lo estadístico. En un caso se esperaba que la fisiología revelara la ley de la subjetividad. En otro caso se esperaba acceder a la subjetividad como tal, confrontando el testimonio de la conciencia con el de la evidencia empírica. En el otro caso se

trataba de determinar el tipo medio, normal, desde el cual se pudiera revelar la ley de la desviación, de la anomalía. Sin embargo, más allá de las diferencias en el fenómeno elegido que, a fin de cuentas no son sino diferencias en el camino, hay una lógica común y, con buena voluntad, hay una esencia común que se espera determinar. No se espera que los resultados de la introspección sean básicamente distintos de los del enfoque fisiológico o estadístico. No se espera que el sujeto normal sea distinto del sujeto introspectivo. La discusión entre Wundt, Ribot, Janet o Galton, acerca de qué sea lo propiamente "psicológico" carece de importancia ante esta lógica común. A no ser que se esté discutiendo acerca de un ente sustancial diverso, o acerca de una nueva manera de considerar la sustancialidad, no hay diferencias reales entre ellos. Todos son, digámoslo así, igualmente científicos. Esto es importante para las consideraciones que hagamos sobre la situación actual: muchas de las diferencias que parecieron entonces cruciales desaparecen cuando se nota que provienen de una lógica común. Esto explica por qué, pasado un tiempo prudente, estos enfoques diversos pudieron integrarse perfectamente en una Psicología experimental común. Esto puede pasar perfectamente con muchas de las diferencias que hoy parecen ser tan importantes.

6. Considerado en su concepto, el sujeto de la Psicología experimental puede ser visto como un sujeto positivo. Esto significa que es un sujeto que "está ahí", en el fenómeno o, mejor, tras el fenómeno para ser determinado. La positividad de lo fenoménico, es decir, el que los fenómenos estén simplemente ahí, ante el observador, para ser captados, permite acercarse a la interioridad de lo subjetivo, a su ley.

Vista en perspectiva, esta idea positiva del sujeto aparece como una superficialización de la idea de sujeto clásica. Por un lado de la sustancialidad ha quedado sólo su superficie, la ley. Por otro lado de la evidencia intuitiva profunda ("así es la gente") sólo ha quedado la formalidad: el fenómeno empíricamente contrastable. El desplazamiento de la sustancialidad por la ley ha convertido al sujeto en un misterio sólo accesible a la mirada especializada, a la del científico. Todo lo que el sentido común pueda decir corre el riesgo de no ser experimentalmente constatable.

Pero además, de manera más profunda, el desplazamiento de la

sustancialidad es también el desplazamiento de su contenido ético, positivo o negativo, optimista o pesimista. El sujeto clásico tiene intenciones, sufre, vive realmente, está íntimamente comprometido con su entorno, no es sino el sujeto de todos los días elevado por la intuición a género. El sujeto positivo no es sino ley indiferente, abstracción de lo cotidiano, un sujeto para el que las intenciones y vivencias concretas son meros fenómenos reveladores de una esencia abstracta. El sujeto clásico es todos los hombres y de manera concreta. El sujeto positivo no es nadie en particular, sólo es alguien de manera abstracta. El sujeto clásico no tiene más normalidad que lo que haga con el conflicto entre su libertad y sus pasiones. El sujeto positivo es una normalidad abstracta respecto de la cual toda desviación no es sino una alteración tratable. El sujeto clásico crea el mundo, el sujeto positivo se adapta. Esto es importante para la consideración que hagamos de la situación actual: el sujeto operante ha llevado la positividad a su extremo.

7. Considerado en su formulación original, el psicoanálisis es la única vertiente teórica desarrollada que trae algo realmente nuevo a la idea moderna de sujeto.

Se podría considerar la promesa de un nuevo concepto, que supera el hedonismo de la Psicología clásica, que no cae en la superficialización de la Psicología experimental, que está contenida en el idealismo ético de tipo kantiano. Su énfasis en la supremacía de la razón, encarnado en los sueños terribles y devastadores de los ideólogos franceses, o su énfasis en la supremacía de los sentidos, predicada admirablemente por Sade, o su énfasis en la armonía de los sentidos y la razón, contenida de la manera más hermosa en Schiller: nada de esto resultó real. Si exceptuamos las tiranías de Pinel, tan exaltadas y mitificadas como las tiranías paralelas del Liceo napoleónico, nada del impulso idealista pasó a la tradición real de la Psicología. Quizás no es casual que las tiranías pinelianas se hayan prolongado mejor en la Psiquiatría.

Por otro lado es obvio que nada de la reflexión historicista, en que Hegel procura constituir un concepto universal de la subjetividad real, pasó a la tradición, salvo de una manera negativa y fantasiosa:

Hegel sigue siendo el fantasma especulativo y totalitario que hace falta para dar credibilidad tanto a los nuevos "humanismos" como a los nuevos cienticismos.

Se podría pensar en la novedad que significa el concepto existencial de sujeto en Kierkegaard, o en Schopenhauer, o en Nietzsche. Un sujeto que sufre realmente, él mismo, como alma, no sólo como cuerpo. Un sujeto cuyo sufrimiento es, ni más ni menos, su propia libertad. Un sujeto arrojado al azar y a la contingencia histórica y vital que busca hacerse a sí mismo en un proyecto, o en una voluntad, o en una aspiración ilimitada a Dios, o simplemente en el abandono de toda voluntad.

A veces parece que es este el legado que han recogido las psicologías fenomenológicas del tipo de las de Jaspers o Binswanger. Lo real, sin embargo, es que estas psicologías operaron un cambio tal en sus fuentes que difícilmente se encuentra en ellas, en su práctica real, algo más que un anuncio prematuro de la operatividad moderna.

El existencialismo insistió en la libertad y el proyecto, en lo particular y en lo vivencial. La psicología fenomenológica se quedó con lo vivencial y desplazó lo proyectivo, en su lugar puso la consistencia interna de la experiencia. Por otro lado el existencialismo insistió en la disgregación y en la soledad: la psicología fenomenológica puso énfasis en la empatía y en la comunión posible, como reacción a la soledad. Al combinar la consistencia interna con la empatía se abrió paso a una Psicología facilista, adaptativa y tolerante, a la manera del hedonismo más optimista. Al relegar los problemas de la libertad, la responsabilidad, la autenticidad, la soledad, relegó también las consecuencias críticas del existencialismo: somos libres, pero estamos acompañados (por suerte!), somos responsables, pero sólo bajo nuestros propios patrones (no hay una ética universal), nuestro impulso es la autenticidad, pero sólo respecto de nosotros mismos (no respecto del bien, o la belleza, o el poder, o el heroísmo, o la vitalidad), la soledad es un grave problema, pero si somos tolerantes es un mal superable.

8. Sólo el psicoanálisis, como Psicología real, resultó entonces, al menos potencialmente, algo realmente nuevo respecto del devenir del concepto moderno de sujeto.

Freud imagina un sujeto que es, él mismo, como tal, conflictivo. Un sujeto que es tensión, acumulación de tensión, descarga. Que es inercia de la descarga hasta más allá de la tensión original, que es restitución defensiva que evita la aniquilación y ejerce la vida. Todo esto en él mismo. No a la manera de principios exteriores que entran en relación y se actualizan en el sujeto: él mismo es esos principios contrapuestos o, con mayor rigor, su actuación, su perpetuo movimiento.

El sujeto freudiano no es ya un alma racional, un yo consciente, asaltado por las pasiones y el mundo. El inconsciente resulta una realidad más antigua y más real que la consciencia, sus contenidos son los contenidos reales. El sujeto no es un alma con cuerpo, la corporalidad "interna" (el propio cuerpo) y "externa" (el mundo) pasan a formar parte de manera sustancial del conflicto que lo constituye, de lo propiamente psíquico, que aparece como el campo de las mediaciones en que el sujeto es.

El psicoanálisis en Freud puede ser definido desde este objeto que crea y procura describir: lo psíquico. Es en este ámbito donde lo "interior" y lo "exterior" la pulsión y el síntoma o, también, la acción limitante del mundo y el impulso a la extensión ilimitada, se encuentran. En el síntoma clínico, el sueño, el error cotidiano, el chiste, en la fantasía o la acción consciente, en el Yo, el analista se encuentra ante formaciones intermedias, reveladoras de la mediación. La Psicología explora estas mediaciones visibles, la metapsicología imagina sus términos de diversas maneras que expresan, todas, la sustancialidad del conflicto originario: pulsión, represión; principio del placer, principio de la realidad; principio del nirvana, principio de constancia; Ello, SuperYo; son los nombres de la mitología freudiana. Estos son los términos que sólo son en virtud de su relación, esta es la manera de ser, en el momento analítico, de lo que de hecho sólo es la relación pura.

9. Freud ha imaginado un ámbito de realidad en que los términos extremos aparecen siendo sólo en su relación. Ha explorado el conflicto infantil en los adultos para mostrar cómo lo actual y lo originario se confunden en la representación. Ha explorado la coherencia interna

de la locura para mostrar a la normalidad sólo como el caso más común del desorden general. Ha explorado en el individuo al género logrando mostrar en cada uno el destino general, y éste como la historia de un sujeto. Ha especulado a la vida como aplazamiento de la muerte. Ha explorado la realidad de la cultura como una realidad psíquica "puesta fuera". No hay, en rigor, analogía en Freud. No ha pensado lo social, por ejemplo, por su analogía con lo individual: simplemente ha borrado la diferencia. Ha constituido un campo fenoménico en que lo individual se constituye internamente de manera social (no sólo intersubjetiva: social, histórica) y en que lo social ha resultado del desarrollo "exterior" de esa subjetividad.

En la Psicología clásica el Yo racional es un "algo", una sustancia afectada por las pasiones o la cultura. Freud ha constituido un ámbito sustancial más amplio, más profundo y, dramáticamente, inverso de aquél. Por un lado ha integrado el conflicto: no hay un Yo ante el cuerpo o ante el mundo, sino un sujeto que es el cuerpo y es el mundo. Por otro lado ha especulado sobre su raíz misma: la tensión, la vida, siendo en el acto de dejar de ser, la vida como acto, cada acto de vivir como una pequeña muerte. Pero, además, ha invertido: no un Yo defendiéndose de un Ello, sino un Ello usando al Yo para ser. No la mera razón formal enfrentada a la naturaleza, sino la racionalidad de la naturaleza misma siendo.

La lógica de las exterioridades se pierde. La lógica que relaciona un interior oculto y un exterior fenoménico también. El inconsciente no sólo se dice en el síntoma, es en él. La pulsión no sólo se dice, es en el acto de decirse.

(Me atrevo a estar de acuerdo con Lacan: no hay un ser tras el decir. Me atrevo, sin embargo, a esta diferencia: el acto de decir es el ser, no el decir mismo).

La sustancialidad del erotismo generalizado liga todos estos rasgos de la lógica subyacente en Freud. La sustancialidad de la vida que lucha por ser en medio de la limitación, poniéndose sucesivas máscaras, encarnándose en un lugar, en otro, apareciendo de maneras inversas, representándose. Es esta sustancialidad real la que está a la base del gran impulso ético del psicoanálisis: su crítica de la

racionalidad represiva, su señalamiento del carácter represivo de la razón; su protesta por la infelicidad general y su trabajo por la pequeña felicidad individual; su defensa de un mundo que logre ser razonable y bueno a partir del reconocimiento del impulso pulsional.

Se puede decir que Freud es un pesimista histórico, un crítico tímido, un conformista cotidiano, un alma estoica. Se puede decir que sus patrones de normalidad y salud se alejan muy poco de los del buen ciudadano vienés, acomodado, profesional reconocido. Pero no es en la contingencia de su discurso donde se puede encontrar su impulso crítico, sino en su lógica.

10. El grado en que el psicoanálisis desafía a la tradición científico-racionalista clásica queda evidenciado no sólo en la lógica de las mediaciones que lo anima, o en la valentía con que se atreve a fundar sus observaciones empíricas en la especulación metapsicológica, sino también en sus consecuencias más concretas: la supremacía de lo inconsciente sobre lo consciente (y de lo irracional sobre la formalidad racional), la anulación consiguiente de la barrera entre lo normal y anormal, el reconocimiento de la sexualidad infantil, la reivindicación de la "cordura" de los locos (de la racionalidad interna de la locura), el reconocimiento del determinismo inconsciente sobre lo cotidiano, el reconocimiento de la importancia general y fundante de la sexualidad, el reconocimiento del carácter represivo de la personalidad normal, de las relaciones humanas "normales", de las normas y valores, de la cultura establecida.

Por estas razones generales y particulares, de fundamento y de consecuencia, Freud resulta un teórico molesto, desagradable, para el sentido común, para el concepto tradicional de persona, para la idea de hombre elaborada por la modernidad. Desagradable es alguien que ha puesto de manifiesto lo oculto o, mejor, que ha mostrado lo oculto en lo manifiesto. Alguien que ha interrumpido y ensuciado el agrado que nuestras ideas comunes sobre nosotros mismos, sobre la vida cotidiana y la cultura, nos producen. Que ha mostrado el carácter represivo del agrado mostrando que en lo visiblemente oculto hay un placer ante el que el agrado no es sino un remedo y un consuelo grotesco. Alguien que ha mostrado que lo que llamamos normalidad

no es sino nuestra costumbre (y nuestra obligación) de no ser auténticamente felices.

Una psicología de lo des-gradable. La sexualidad infantil nos pone frente a la escena de nuestro fracaso originario en la lucha por la felicidad, fracaso que hemos cubierto de agrado inventando el cuento de la inocencia infantil, velo análogo al que después tendemos sobre la juventud, época de intensos dolores que reproducen los dolores originarios, y que cubrimos con la belleza represiva que llamamos romanticismo, época sentimental en que, por cierto a la distancia, creemos encontrar algo de consuelo.

La racionalidad interna de la locura (de su carácter de rebelión, de su parentesco con la normalidad) nos pone ante el carácter de nuestra propia racionalidad. Preferiríamos pensar que los locos están simplemente locos, daño orgánico para unos, daño social para otros. Así el problema de la locura sería un problema médico, tratable, curable o no, pero ajeno a la esfera de lo normal. Así los locos no aparecerían acusándonos permanentemente con la valentía y la radicalidad con que han asumido su derrota: al lado de la locura la normalidad aparece como una forma mediocre de derrota.

El determinismo inconsciente de los gestos cotidianos nos pone en la evidencia amenazante de las pasiones. Nos quisiéramos controlados y dueños de nosotros mismos y el análisis nos muestra precarios y angustiados. Quisiéramos saber que estas pulsiones inextinguibles son simplemente exteriores y organizar nuestras defensas ciertos de que somos nosotros mismos, de que no estamos invadidos por un "otro" que asalta nuestras certezas.

11. Creo que el carácter crítico del psicoanálisis proviene básicamente de la construcción del ámbito psíquico a partir de la confrontación entre el sujeto y la realidad establecida, de la importancia del erotismo generalizado como índice de la felicidad humana, de la idea de toda realidad psíquica como conflicto interior y como conflicto histórico y, también, del carácter material de lo psíquico, como una realidad propia, por su vinculación constituyente con lo orgánico, por su vinculación constituyente con la intersubjetividad social e histórica.

Es consistente con estas fuentes críticas la concentración de Freud en los espacios en que se origina y se revela la mediación: el conflicto infantil, la idea generalizada de síntoma, la importancia fundante de lo inconsciente.

Creo que puede defenderse la hipótesis de que cualquier desplazamiento de estas coordenadas originales resulta, y ha resultado, una dilución del impulso crítico original, una versión más conservadora en lo profundo, aunque parezca progresista en el mero lenguaje.

El psicoanálisis resultará más conservador si se concentra en la terapia antes que en la vinculación entre la infelicidad individual y el malestar general. Es decir, si se propone el problema del bienestar personal antes que el de la felicidad humana.

Claramente resultará más conservador si se entiende el conflicto psíquico como exterior, es decir, si se reinterpreta su juego de fuerzas como un conflicto entre un Yo racional, autónomo, originario, que debe defenderse de un Ello exterior o del maltrato cultural. El conflicto del alma se retrotrae a un conflicto entre el alma y un otro, la naturaleza, la cultura, a la manera del maniqueísmo cienticista y culturalista cuyo único criterio de salud, ¡por cierto!, es defender y fortalecer al Yo que, en buenas cuentas, no es sino el Yo de la cultura establecida y, en último término, en concreto, el de esta cultura.

Pero, también, resultará conservador al desplazar el origen del conflicto o a la extrema infancia o a la relación interpersonal actual. En un caso hacia la relación puramente natural o, en el otro, hacia la relación puramente social. En un caso el conflicto se vuelve irreversible perdido en la bruma de la predisposición natural, (nadie sabe, en términos analíticos, explicar la "predisposición" psicótica). En el otro caso el conflicto se superficializa: nada que un mundo bien intencionado no pueda resolver, digamos, un mundo de adultos razonables y, por cierto, conscientes.

Quizás otras maneras de diluir el impulso crítico del psicoanálisis sean las orientaciones que intentan "des - sustancializarlo", negarle a lo psíquico el carácter de sustancia histórica fundante.

En este sentido la manera inmediata sería reducirlo a la lógica de

la positividad científica, es decir, entender lo inconsciente como un interior al que es posible acceder "a través" de los síntomas, un interior del que procuramos saber su ley, es decir, la manera en que determina la apariencia fenoménica, en la que se encuentra la consciencia. Desde este punto de vista habría un espacio estrictamente "oculto", que sólo es posible inferir a partir de la determinación que ejerce. En ese espacio reinan leyes paradójicas pero cognoscibles y, en esa medida, dominables. Habría una doble subjetividad en interacción constante: la de la consciencia, accesible, lugar del dominio y la razón (cuyo interior es lo meramente no - consciente), y la de lo inconsciente, lugar de caos, de paradojas, de impulsos, que está "detrás". Esto es importante: no una subjetividad conflictiva sino dos subjetividades en conflicto en un mismo cuerpo.

Hay varios aspectos originalmente críticos que se pierden aquí. La noción de que la intersubjetividad no es una cuestión exterior sino interior, es decir, de que cuando actuamos respecto de un otro, "fuera" o "dentro" de uno, la otredad no es sino una prolongación de nosotros mismos. La noción de que la única manera de ser de lo inconsciente es en la representación, lo que conduce a un inconsciente plenamente visible, a una generalización de lo inconsciente que llega a abarcar todo lo que ocurre, lo que conduce a mostrar la lógica de la paradoja, de lo irracional, de lo pulsional, ya no en un fondo, donde podemos ocultarla, relegarla, controlarla, sino en todo, justamente todo lo que hacemos. La noción de que lo relevante de esto que aparece y aparece, sin que pueda ser reducido a un interior oculto o a una exterioridad lógica, es precisamente su vitalidad, su impulso que conmueve, que no es sino la vida siendo, intentando ser, de manera inaplazable. La idea, por tanto, de que lo vital de nuestro conocimiento de lo inconsciente no es el posible dominio de su ley, no es el que no sea sino una legalidad o, por ejemplo, un lenguaje, sino el que al saberlo es justamente nuestro ser el que sabemos, nuestro ser sustancial, el que perseguimos, el que queremos ser.

Para la legalidad científica, para la idea positiva de sujeto, todo esto es extraño. El sujeto psicoanalítico, entendido como un sujeto positivo, reducido a él, no es sino un interesante problema de desciframiento. Un puzzle en que las claves resultan algo más extra-

ñas que las comunes pero, en último término, dominables. El Yo racional se ha salvado. En esta imagen desaparecen las amenazas. Al contrario, aparece un nuevo horizonte técnico que promete nuevos y sutiles dominios.

Pero la vitalidad escapa al cálculo de la formalidad. Su alma es el juego y la paradoja: no hay más técnica positiva en el psicoanálisis que el secular palo y la antiquísima zanahoria. La eficacia del analista cienticista opera sobre la base del dominio social consumado. El paciente se ha desviado de una cierta "razonabilidad" socialmente establecida, el analista lo ayudará a remover sus impedimentos ocultos reforzando su Yo racional. El paciente cree que es conocido y que se conoce, la verdad es que sólo es dominado. El analista cree que conoce en el desciframiento y que actúa técnicamente, la verdad es que sólo es instrumento de dominio. El paciente puede ser dado de alto de sus pequeños males, pero Freud, más viejo, más sabio, sabe que el análisis en realidad es interminable.

Se podría asumir esta interminabilidad de una manera estructural, es decir, como la mostración del indefinido juego circular de las representaciones en el ámbito siempre visible de lo representado. Aquí no hay ya nada oculto. Todo en el sujeto conflictivo ocurre a la vista del analista perspicaz que encontrará la ley estructural de esas representaciones. Se puede mostrar cómo esta des - sustancialización implicaría también una pérdida en el potencial crítico del psicoanálisis, pero explicar esto requiere volver a la corriente principal del desarrollo conceptual de la Psicología, al lugar en que se ha impuesto, por debajo de las diferencias, la idea de sujeto operativo.

12. Cuando entendemos el sujeto desde una esencia que lo determina, esta esencia causal puede actuar de dos maneras: como causante desde lo suprasensible, desde un "detrás" del fenómeno, como una esencia "interior", o como causante desde el pasado, como un "antes" en la cadena causal, en una cadena histórica. En ambos casos la ley quieta de la esencia determina y "fija" el movimiento del fenómeno. En el caso de lo suprasensible la ley es la ley de una sustancia interior, pero también, fácilmente, esta es una pura ley o, incluso, la mera ley del fenómeno: este es el paso desde el sujeto clásico (sustancia común

de lo contingente), al sujeto positivo (ley tras el fenómeno), al sujeto operativo (ley en el fenómeno). En el caso de la cadena causal la ley establece la combinatoria que, dado el tiempo, produce al fenómeno, pero con esto reduce la historia (el alma de su sustancialidad) a mera combinatoria temporal (que es establecida por la ley tras el fenómeno) o, en el extremo, a pura relación contemporánea, a ley estructural, en el fenómeno, tal como aparece de manera actual.

El devenir del sujeto clásico al positivo y al operante, no sólo ha reducido la sustancia a su aparecer, sino también el acaecer a su ley, la esencia al fenómeno, la historia a lo contemporáneo.

El sujeto operativo es un mero aparecer, un conjunto de acción, fenómeno puro, contemporáneo, estructuralmente ordenado. Aquí la trascendencia no es hacia un más allá, hacia una esencia suprasensible, o hacia el futuro, sino "hacia el lado", hacia el otro actuante y contemporáneo, es un "trascender - ahora". Este es un sujeto que se constituye en un espacio intersubjetivo en que la verdad de cada uno está en un otro. No en lo que se tiene de común con el otro (una esencia interior), sino en el mero aparecer del otro, en que el otro sea, porque este espacio intersubjetivo no es sino el de las acciones, el de lo que ocurre de hecho o, en el extremo, el del lenguaje. Y tampoco este espacio es posible por un pasado común, puesto que lo que acaece ha sido reducido a lo contemporáneo. Ni siquiera puede hablarse con propiedad de un posible futuro común, todo proyecto no es sino representación de un acaecer contemporáneo.

¿Qué hay de común entonces?, ¿cómo nos entendemos?. Lo que hay de común es un operar, o un mundo de lenguaje que, a fin de cuentas, no es sino equivalente a un mero operar conjunto. Lo que hay de común es que cada uno es otro de otro, y que esos otros son el espacio en el que operamos, es decir, ¡el que somos!. Pero esto no es sino el trivial comprobar que los que son, son. O que lo que ocurre, ocurre. O que no hay más ser ni más consistencia que la abstracción contingente e inmediata de todo ocurrir y todo "ser - así" la que, a lo sumo, puede ser descrita a través de sus leyes estructurales, es decir, a través de leyes que sólo dan cuenta de las relaciones mutuas de cosas que son de manera inmediata.

Los que han reducido el sujeto a un operar pueden llamarse “biólogos del conocimiento”, o develadores del lenguaje, o desmistificadores de la especulación metafísica. Aparecen en la época actual desde fuentes muy diversas: Skinner quiere entender las conductas ya no desde las causas a los efectos sino, más bien, en la pura correlación en el espacio de los efectos; Maturana quiere entender las conductas como correlaciones operantes estructuralmente determinadas, Lacan quiere entender al sujeto psicoanalítico en las correlaciones entre representaciones, en las leyes estructurales del inconsciente entendido como lenguaje. Las diferencias parecen estridentes, las oposiciones irreductibles. Nada más lejos que el conductismo extremo, el psicoanálisis sutil, el sistemismo biologizante... y sin embargo ...

13. En el devenir del concepto de la Psicología que va desde el sujeto clásico al sujeto positivo y al sujeto operativo hay una progresiva superficialización de la subjetividad que es paralela a una progresiva pérdida de la certeza del sujeto real, que los enuncia.

Al principio la certeza de la intuición racional, que se reconoce a sí misma en toda realidad sensible, interpreta todo fenómeno desde la acción de una ley sustancial en que se encuentran la razón, verdadera alma de lo real, y la naturaleza, que es el cuerpo presente, finito, imperfecto, pasional, de la razón. Los filósofos clásicos expresan en este concepto su confianza espontánea en que lo real no es sino así, como la razón teórica, en su examen de lo práctico, puede verlo.

El paso al sujeto positivo implica no sólo un llamado a superar la posible metafísica especulativa contenida en esta confianza sino, también, un rasgo de incertidumbre: la verdad es que sólo estamos ante los fenómenos, lo que sean las esencias sólo es cognoscible a través de un desciframiento paulatino de la apariencia que cubre, por así decirlo, como un velo a lo que sería real y verdadero. De la realidad cierta e inmediata de la sustancia se ha pasado al enigma de la ley. La duda de los filósofos clásicos giró en torno a la compulsividad de la esencia real sobre lo particular ¿hay necesidad ciega, simplemente no reconocida, o hay contingencia pura, en que nosotros ponemos la figura de las leyes, como buscando una seguridad que no existe?. Esta duda desaparece para el científico: no hay más alternativa que la

determinación de lo aparente y particular por lo oculto y universal, todo el problema está, simplemente, en encontrar la forma de esta determinación.

Al observar este paso es posible notar el "viaje a la superficie" de toda la modernidad: ya no estamos ante lo real y efectivo, apenas alcanzamos su apariencia, sólo en un esfuerzo especial nos acercamos a su esencia. Kant es el primero en hacer la crítica del inmediatismo clásico. Es también el primero en mostrar que en la acción de la razón que observa el fenómeno no sólo hay una constatación inocente sino que hay un aporte constitutivo: la razón que conoce contiene, ella misma, una forma que imponer al fenómeno. Kant es nuestro primer "posmoderno". Pero ni los cienticistas, ni los estructuralistas, lo saben. De esta ignorancia surge la posibilidad de que la filosofía de la positividad se convierta en simple positividad científica. Una pobre positividad que está condenada a bucear en la superficie como si pudiera avanzar hacia una profundidad misteriosa. El estructuralismo renunció a esa profundidad posible, de hecho renunció también al modelo de certeza que implicaba.

En la formulación del sujeto operativo encontramos un nuevo énfasis en lo inmediato. La coherencia que antes se buscó entre el fondo y la superficie se busca ahora sólo en las correlaciones observables, sólo como correspondencia de partes visibles, sólo como coherencia de la parte y el todo. Lo externo y lo interno tienen que ver ahora con lo significativo o lo aplazable respecto del punto en que hemos fijado nuestro objeto, o respecto del campo que hemos distinguido, nosotros, sobre el fondo indeterminado del todo. La ley estructural es la ley de esta coherencia interna de lo visible. Una ley que no oculta nada porque no se refiere a nada oculto. Una ley, sin embargo, que no es sino una distinción en el campo fenoménico, es decir, que no es sino la introducción de una diferencia entre otras, como otras, en un campo que puede ser distinguido de esta manera o de cualquier otra que parezca conveniente, o técnicamente útil, o estéticamente satisfactoria. Una ley que no puede ser falsa porque no aspira a ser la imagen de algo que es verdadero más allá de su apariencia. Una ley que no es propiamente una ley sino, más bien, una regla de organización formulada por conveniencia.

Estas leyes estructurales resultan contingentes por un doble motivo. Por un lado no expresan nada trascendente y, entonces, no pueden ser objetadas en nombre de una necesidad oculta. Por otro lado son una distinción entre muchas otras posibles y, entonces, se limitan a indicar una coherencia posible, para el observador, o para el observado, sin remisión alguna a una consciencia universal.

El filósofo clásico cree ser sujeto de un acercamiento objetivo a lo objetivo. El científico cree ser sujeto de un acercamiento intersubjetivo a lo objetivo. El estructuralista tiene que reconocer que es protagonista de un acercamiento subjetivo (sus distinciones) a un campo que no puede ser algo más que intersubjetivo. A lo sumo aspirará a compartir sus criterios de distinción, nunca a mostrar su necesidad o universalidad.

Es notorio entonces cómo esta concentración en la superficie es paralela a la pérdida de una certeza universal. Pero, por cierto, el estructuralista no vive esta incerteza sino de manera enajenada. Proclamará que no se ha concentrado en la superficie por la simple razón de que no hay profundidad alguna de la que ésta sea lo visible. Proclamará que no ha renunciado a la certeza universal por la simple razón de que tal certeza no existe. Su concentración en el fenómeno implicará también, bajo sus propios supuestos, una concentración en lo inmediato, en lo parcial, en lo contingente, en lo subjetivo, en lo pequeño. El estructuralismo, conductual, lingüístico, biológico, conduce, aunque no lo quiera, a una filosofía de lo pequeño. Se ha hablado de una filosofía de la diferencia, quizás sea más justo hablar de una filosofía de la menudencia. Es completamente lógico que no reconozcan en Kant a su primer motor, al origen de la duda moderna. Kant nunca habría imaginado que la disgregación de la certeza no iba a conducir al reconocimiento de una nueva universalidad, como la que él mismo intentó, sino a la disgregación completa, a la vivencia sobrecogida de lo chiquilito. Kant era un optimista, el sujeto contemporáneo real ya no está para aventuras.

14. Los que han reducido el sujeto a un operar lo han hecho a costa de la abstracción extrema, separándolo de su sustancia. De la sustancia del operar queda el puro operar como mera forma, esquema, estructura, fórmula.

Habría que distinguir entre actuar y operar. El actuar tiene la densidad de la sustancia cuyo cuerpo está no sólo lleno de ser, de lo que es (ahora) sino lleno de Ser: de historia, de relación intersubjetiva y social, de lo que ha sido, de la posibilidad, del ser que sólo es en relación. En el operar hay la lógica del entendimiento: hay esto, lo otro, la relación; hay el singular articulado en generalidades; hay una temporalidad hecha de estados; hay una legalidad que es mera estructura positiva, hay un ser que al carecer de sustancia vinculante carece de vida, es decir, un ser que sobrevive de manera contingente, como al borde de la muerte, o la nada. En la acción hay la lógica de la razón dialéctica: el ser que es sólo relación; una totalidad que es más real que sus partes; una historia que es una temporalidad cualitativa; una legalidad que es ella misma histórica y que coincide con la sustancia; una vida que está plena de la vida universal que es la acción, que se basta y crece, para la cual la nada es una mera abstracción que lo único que hace es expresar la diferencia, y que es útil e interesante por esto, pero que no es más que la diferencia de lo diferenciable. Para el operar hay ley y operar, es decir, la ley y el operar son distintos, una es la esencia estructural del otro, es una ley que actúa como un "interior delante", un interior que no oculta nada. Para la acción la ley y el operar coinciden.

Es oportuno, en este momento de la reflexión, distinguir entre la sustancialidad clásica y la que implica el sujeto dinámico del psicoanálisis, por cierto en este tipo de mirada, que ya los lectores atentos habrán descubierto como hegeliana.

Hablamos de sustancia para referirnos a algo que es, de manera real y efectiva, sin duda real, con la consistencia y "dureza" de las cosas comunes, con el carácter perentorio con que se nos presentan los objetos o, también, de manera sutil, las experiencias. La tradición clásica razonó al sujeto como algo sustancial en el sentido de que este sujeto era una prolongación de la naturaleza, un ser natural más, con la realidad y la "objetividad" de todo ser natural (como planeta o como árbol), pero con un grado, si se quiere, aún más complejo de realidad en la medida que en él la razón, que actúa de manera quieta y fija en los objetos comunes, ha consentido en actuar de manera libre, o aparentemente libre o, en todo caso, de una manera que admite la

impresión cierta (o la realidad efectiva) de la libertad. El devenir del concepto de este sujeto clásico muestra el paso progresivo del énfasis en la determinación natural hacia el énfasis en la libertad, real o contingente, como expresión de la voluntad racional o como expresión de la mera realidad del azar. En este devenir puede decirse que lo que Hegel ha hecho es continuar la crítica kantiana a la libertad que es mero azar, pero trayéndola desde la idealidad de la voluntad abstractamente libre a la realidad efectiva de la voluntad que tiene una historia. Hegel ha sustancializado la libertad, la ha mostrado como la sustancia real, que es, por sí misma, en el devenir de la comunidad humana o, para decirlo desde hoy y desde este país, en el devenir de esa brutalidad majestuosa que se ha desplegado permitiéndonos ser, matándonos, permitiéndonos soñar, arrebatando nuestros sueños, y que se llama historia real.

Es en este concepto de sustancia en que quiero entender al psicoanálisis de Freud, conciente por cierto de que el mismo Freud se habría sentido extrañado. Un concepto en que la sustancialidad no alude ya a lo simplemente natural sino a la realidad efectiva de lo psíquico, a su carácter propiamente humano, histórico, social, universal, "objetivo". Me refiero a la sustancialidad de las pulsiones, de la realidad del trauma, de la realidad de la cultura, de la realidad del lenguaje. Me refiero a lo que tiene la representación de real: a su ser expresión de algo que no es ya algo ajeno, oculto, misterioso. Me refiero a un concepto en que la representación expresa la realidad del ser de la pulsión, que no es sino en la representación, pero que no coincide con ella. Quiero expresar el psicoanálisis en la lógica de un mundo en que es posible la certeza universal, y es posible un análisis que es interminable como la historia, que es interminable porque la realidad efectiva y desplegada de la pulsión lo es.

Pero no estamos en ese mundo posible, lo que ocurre de hecho es la lógica del operar.

15. La lógica del sujeto operativo es, como todas las anteriores lógicas efectivas, la de un sujeto real. Hemos iniciado estas reflexiones con el problema de cómo es posible conocer al sujeto que sería real si no podemos mirarlo más que a través de las ideas que tenemos de él.

La verdad es que ese sujeto hoy no somos sino nosotros mismos y deberíamos, en principio, sospechar de lo que el hablante dice de sí mismo.

Sin embargo la distancia entre lo dicho y la realidad efectiva del hablante no es equivalente a la distancia abstracta que separaría la verdad de la falsedad. El problema no tiene que ver exactamente con saber de un otro y equivocarse, sino con saber de sí mismo y engañarse. El problema no es la verdad sino la enajenación. Lo que el sujeto dice de sí siempre es verdad, pero en lo que dice la verdad puede estar de manera inversa. El sujeto imagina un otro de sí y se identifica con él, pero este imaginar no es un proceso intelectual sino vivencial. No se puede desconstruir su verdad enajenada sin desarmarlo a él mismo como sujeto. La enajenación no es un simple error, es una manera de vivir.

Una manera de vivir es visible desde otra. La enajenación puede ser visible desde más allá de sí misma. Pero si sólo hay lo que hay, si sólo cada uno es otro de cada otro de manera quieta, entonces sólo es posible ver las enajenaciones unas respecto de otras. Cada uno con lo suyo. A lo sumo cada uno coherente consigo mismo. Pero si es así, entonces no sólo no habría locura, sino que tampoco sería posible distinguir a alguien como loco: nadie sería capaz de autorizar su propia consistencia sobre la de otro. Este sería un mundo frío. De soledades absolutas. Pero un mundo tranquilo, sin represión ni locura.

Es demasiado evidente que el mundo real no es así!. Los que han descubierto que teóricamente no es posible demostrar la locura de nadie porque todas las consistencias internas son equivalentes deben explicarnos cómo es que, prácticamente, esto no ocurre. ¿Hay una locura general, distinta de las locuras particulares?; ¿Hay unas locuras maléficamente poderosas y otras tristemente débiles?; ¿Hay unas locuras que saben manejarse en el mundo con ventaja y otras que no lo saben?; ¿Hay una "predisposición" natural a ciertas "locuras débiles" que no se encuentra en las "locuras poderosas"?. Desgraciadamente una perspectiva que se ha convencido de que sólo hay lo que hay y ocurre lo que ocurre no sólo no tiene respuestas para estas demandas sino que ha renunciado expresamente a buscarlas.

Desde más allá del sujeto operativo la pregunta si es posible razonar sobre la enajenación de unos desde otros, desde la enajenación de otros. Y esto no sólo en lo contemporáneo, donde las perspectivas amenazan (teóricamente) por confundirse, aunque desgraciadamente amenacen (prácticamente) con ser muy claras y directivas. El presente es, por cierto, un territorio en combate. Pero desde aquí sí es posible pronunciarse acerca de la enajenación pasada. La historia es permanentemente un otro de sí. En ella permanentemente es posible el juicio sobre el pasado, la lucha por el futuro, que no son sino pronunciamientos sobre enajenaciones posibles. Desde hoy es posible reconstruir el discurso del sujeto moderno real respecto de su realidad. Es posible mostrar sus direcciones, sus dramas, sus ganas de conquistar el mundo mientras es conquistado por él. Los estructuralistas dirán que estos juicios también están hechos desde una enajenación, la presente. Pero olvidan un detalle: el presente no está hecho sólo de enajenación sino también de lucha, de futuros posibles. Nuestros juicios sobre el pasado no pueden despegarse de lo que somos ahora, pero tampoco necesitamos ni queremos hacer tal cosa. ¿Es que los estructuralistas nos piden una certeza absoluta, algo así como el "en sí" del fenómeno, que ellos mismos rechazan?. No queremos, no necesitamos un "en sí" de tal tipo. Lo que queremos es afirmar nuestra lucha a través, entre otras cosas, del juicio que hacemos del pasado. No nos gusta lo que fue, no nos gusta lo que es, estamos llenos de ganas de un mundo distinto. Lo que queremos es mostrar que ese mundo distinto es posible.

16. Cuando observamos el discurso del sujeto moderno desde este más allá provisorio de la modernidad, que es la situación presente lo que vemos es la progresiva pérdida de la certeza. Vemos cómo la misma lógica que puso a la experiencia como fuente de toda verdad avanza hacia más allá de sí misma: por un lado hacia el concepto de una superficialización que la convierte en lo contrario de sí; por otro lado hacia la imaginación, al menos teórica, de una racionalidad que la trasciende. En esta dialéctica el sujeto operativo es expresión de un mundo que se niega, o que se encuentra impotente, para trascenderse. Es expresión de la crisis de la subjetividad de todo un mundo cultural que se construyó sobre la certeza de la acción consciente y el dominio del mundo, sobre la naturaleza y la razón.

La crisis de la subjetividad real es la fuente del discurso de su impotencia. El sujeto original real, varón, productivo, racional, individuo, emprendedor, optimista, es acosado por los nuevos mundos de subjetividad que surgen de sus propios productos. El mercado en constante expansión busca no sólo nuevos productos sino también nuevos consumidores, el incremento permanente de los niveles de vida hace posible la autonomía y la emergencia de las mujeres, los niños, los ancianos, las minorías de todo tipo, postergadas en la era heroica del capital. La familia que giraba en torno a un sujeto se desintegra en la competencia de sujetos diversos movidos desde fuera por la totalización social. El hombre clásico es acosado no sólo en su exclusividad sino también en su autonomía, en su individualidad: la tendencia que se impone es la de la regulación general, la de la diversificación manipulada, la del existir exterior del consumo. Para la rapidez de los medios modernos el hombre singular es una tortuga abandonada al azar de la tempestad permanente de la oferta y la demanda. El embotamiento aparece como un continuo en que todo es como es y ocurre como ocurre: nada alcanza a adquirir sentido, nada lo tiene por sí mismo, basta con consumir y ser consumido.

Este hombre acosado busca refugio en las coherencias parciales porque simplemente perdió las claves del mundo. Es libre en el pensamiento, a la manera de los estoicos, porque su poder no alcanza a desafiar al poder. Es libre en los espacios del consumo porque carece de la fuerza para imaginar su espacio de conquistas propio. Y el mercado sabe todo esto. También se puede decir así: y el Estado lo sabe. El concepto de sujeto operativo es un concepto adecuado para la imagen que este hombre singular tiene de sí. No nos costará convencerlo. Podemos ser muy sutiles y explicar nuestros estructuralismos en las universidades, pero la verdad es que, en el contenido, las revistas femeninas no lo hacen tan mal: "aparezca bella, después de todo, nada es cierto".

Nuestras terapias son apropiadas para lo que el mercado espera: ofrecen una diversidad, una coherencia interna particular, una mínima diferencia, que es perfectamente manipulable. Nuestro espejismo es que creemos que el mercado pretendería la estandarización, la homogeneización, la burda igualación, de los estilos clásicos de la

cultura industrial, que llamamos, llenos de orgullo, totalitarios. Nuestra ceguera es que no somos capaces de ver que el mercado y, digámoslo también, el Estado, ha alcanzado la habilidad tecnológica suficiente como para manipular la diferencia. No logramos ver el totalitarismo del que dialoga desde su poder. Estamos casi agradecidos de una diversidad que el totalitarismo nos negaba no por principio sino, simplemente, por incapacidad tecnológica.

El sujeto operativo es un pequeño sujeto en un mundo de enormes poderes. La psicología que lo expresa es la sabiduría rebuscada y trivial de su impotencia. Pero el poder también es demasiado grande para sí mismo. La hora de su inversión no está visible, pero es perfectamente imaginable.

Se cansará el pequeño sujeto de su pequeñez al fin y volverá a conquistar el mundo.

Santiago, 9 de Junio de 1991.-

Y sin embargo sonrío.

III. Sobre la posibilidad de una Psicología de Sujetos Colectivos: ²³

1. La Psicología fue inventada para los individuos por una cultura que creyó en la realidad de la subjetividad aislada, atómica. ²⁴

Considerada de esta manera se podría decir que sus dos problemas básicos son: en qué consiste la realidad de la subjetividad y cómo es que estos entes atómicos se relacionan entre sí.

Las especulaciones en torno a la naturaleza humana, la necesidad de las leyes que la afectan, las relaciones entre la razón y las pasiones en la Psicología clásica; la investigación sobre las bases biológicas, las regularidades estadísticas, las vinculaciones de la conducta con la voluntad y la conciencia en la Psicología experimental; apuntan siempre a resolver estos dos problemas, y operan bajo los supuestos que implican.

²³ Este texto fue escrito para las Jornadas Académicas de Enero de 1993 en la Escuela de Psicología. Sus contenidos fueron desarrollados a propósito de la Unidad "El concepto de Sujeto en Psicología", en el Curso de Teorías y Sistemas Psicológicos. Agradezco especialmente a Paula Raposo su corrección y comentarios a la versión definitiva.

²⁴ Tras una lectura cuidadosa noto que este texto contiene y combina ideas y argumentos que pertenecen a tres ámbitos en principio distintos. Los párrafos 1, 2, y 3; 11 y 12; 14 y 15; contienen pronunciamientos críticos sobre diversas teorías psicológicas. En los párrafos 4, 5, 6, y 7, y las notas 28, 29, 31 a 34, se pueden encontrar algunas consideraciones sobre la lógica que es necesaria para concebir la idea de sujeto colectivo. En los párrafos 8, 9, 13, 16 y 17, hago relaciones entre las teorías psicológicas que he tratado y la base histórica, en el sujeto real, desde la que son posibles. Un plano lógico, uno psicológico, uno histórico. Creo que mantener presente estos niveles puede ser una buena guía de lectura.

Desde el principio la Psicología moderna se preocupó también por el origen de la subjetividad individual. Pero esta pregunta sólo tuvo respuesta en el marco de los supuestos anteriores: si hay algo que se origina y desarrolla eso es un ente real, y un ente individual. La teoría más aceptada, la que impera hasta hoy en nuestro sentido común, es que la subjetividad individual se desarrolla a partir de un proceso en que la consciencia registra contenidos que proceden de la realidad externa, en particular de las relaciones intersubjetivas y que operan sobre una capacidad previa, una disposición originaria, que no es sino la posibilidad de la razón de llenarse de estos contenidos contingentes.

Es necesario recordar al respecto que la idea de la mente como "tabla rasa" que se llena de contenidos a través de la experiencia no implica que en la mente no haya "nada", que sea un lugar vacío. Es muy importante notar que "antes" de los contenidos si hay algo: la mente misma, el lugar mismo. Este lugar, para la filosofía clásica no es un mero vacío, es la presencia de la razón, o, mejor dicho, de la posibilidad del ejercicio de la razón sobre los contenidos que reciba.

Esto es importante porque justamente el primer indicio de que la subjetividad no es un ente meramente individual aparece cuando Kant sostiene que la razón no es una mera disposición "en blanco" ante sus posibles contenidos, sino que ella misma tiene una estructura a partir de la cual constituye los fenómenos que luego toma por puramente externos. Leibniz, ironizando a Locke, afirmará que la razón "antes" de la experiencia está vacía de todo contenido, salvo de ella misma.

Estas especulaciones sin embargo son completamente ajenas a la tradición de la Psicología institucional, que se constituyó expresamente contra ellas.

Ya he comentado ²⁵ que hay una diferencia entre la individualidad clásica (ente orgánico que incluye a la familia y en el que el padre es el único sujeto efectivo) y el individualismo contemporáneo.

25 Ver "Notas sobre la subjetividad moderna".

El proceso de transición de una a otra no es sino el de consumación del concepto atómico que está implícito en la primera. A lo largo del siglo XIX emergió progresivamente la autonomía de la mujer, del niño, del anciano, del extraño, como sujetos. Cuando a principios del siglo XX este proceso culmina, la Psicología tiene al fin ante sí el objeto efectivo alrededor del cual construyó sus conceptos básicos y al que de algún modo contribuyó a formar.

El individuo sobre el que la Psicología institucional investigó y que resultó real y efectivo en el siglo XX, es una unidad corporal (no una función social, como un padre o un propietario) dotada de una subjetividad que le es propia y exclusiva, que se ha formado sobre el espacio inicialmente en blanco de su realidad biológica a partir de sus experiencias con los objetos y las personas reales que lo rodean. Este es el objeto real tanto de la Psicología de la conciencia, como de la tradición conductista, de la teoría de la Gestalt o de la fenomenología de inspiración científica; o, si queremos reunir todas estas orientaciones, a las que las rivalidades institucionales vieron tan diversas entre sí, en un sólo concepto, este es el objeto de la Psicología experimental.

2. Es para la Psicología experimental que tiene sentido distinguir un ámbito clínico. Es para una idea científica de la Psicología que tiene sentido distinguir un ámbito técnico. Tanto la idea de que es posible la intervención clínica, como la del carácter que tengan sus técnicas, están profundamente determinadas por las ideas que la racionalidad científica tiene acerca de qué tipo de cosas pueden ser reales y efectivas.

En una realidad naturalista, atomista, analítica, objetivista, la posibilidad de actuar está estrechamente relacionada con la posibilidad de localizar. En el fondo se actúa siempre sobre objetos reales, sobre entes corporales, se busca siempre en la acción regular relaciones entre cosas concretas. La Psicología experimental encontró en el individuo, entendido como unidad corporal, el objeto localizable sobre el cual actuar. La acción clínica debe concentrarse en operar sobre las relaciones que se establecen entre individuos, ya sea desde el individuo, como pretenderán las Psicologías conductistas, o desde los factores sociales que lo configuran, como pretenderán los enfoques sociales o interpersonales.

En esta alternativa, en la medida en que los conductistas pusieron de relieve la necesidad de la adaptación del individuo al medio, han sido asociados tradicionalmente con un estilo conservador. Por otro lado, en la medida en que las Psicologías sociales e interpersonales han sido asociadas al imaginario del socialismo utópico, han sido consideradas como progresistas.

Ambas asociaciones son superficiales y contingentes. Desde luego nada impide que las técnicas conductuales sean usadas para mejorar la sociedad y nada impide, a la inversa, que un enfoque interpersonal sea usado en el marco de una ideología totalitaria. Estas dos posibilidades son históricamente constatables. Pero de manera más profunda, el problema real es que ambas razonan desde un mismo marco epistemológico: la existencia de subjetividades atómicas asociadas a unidades corporales y susceptibles de las técnicas analíticas que pueden surgir de las diversas formas de la Psicología experimental. Ambos enfoques razonan a partir de la existencia efectiva de los individuos.

3. En la tradición de la Psicología es el psicoanálisis, en Freud, la primera teoría que pone seriamente en duda la idea de que los individuos son por sí mismos o resultan de la combinatoria de otros individuos registrada en ellos.

En primer lugar, el espacio original que se pretendía puramente biológico, sobre el que actuarían los objetos exteriores, ya no está en blanco. Un conjunto de pulsiones reales y en conflicto, cuyo carácter y sentido puede ser determinado por la especulación metapsicológica, lo animan y le dan un marco a priori y constituyente a las experiencias efectivas.

En segundo lugar, la razón ya no es una simple disposición vacía sino un resultado que adquiere un sentido y significación real ²⁶ a la luz de la dinámica de las pulsiones.

26 Las expresiones "pulsiones reales", "significación real", quieren enfatizar el carácter sustancial de la pulsión y el significado, es decir, su condición de realidad material, primaria, constituyente. Lo que quiero evitar explícitamente es la interpretación de las pulsiones o del proceso de significación como eventos que ocurren en el espacio del mero discurso.

En tercer lugar, el papel constituyente ²⁷ de las pulsiones en la experiencia hace problemática la objetividad de los objetos que el aparato psíquico asume como exteriores formándose un campo de significaciones internas que opera en sí mismo como realidad, obligando a una epistemología compleja en que el carácter de lo real está permanentemente en discusión.

En cuarto lugar, tanto el ejercicio de las pulsiones, a través del juego de sus representaciones, como la integración y expresión del sistema psíquico parecen estar tan crucialmente determinados por el entorno interpersonal y sus significaciones sociales que la misma idea de individualidad autónoma parece diluirse.

Por último, la idea de determinación inconsciente, que es quizás el golpe más profundo a la tan querida y orgullosa autonomía de la conciencia individualista moderna.

Este último aspecto es, particularmente, relevante. Si los mecanismos inconscientes están más allá de la determinación consciente, si su formación y actuación es estrictamente social, la idea de la individualidad como ente autónomo queda seriamente debilitada.

4. Para que la lógica de este desafío Freudiano quede claramente expuesta, sin embargo, es necesario hacer algunas distinciones epistemológicas previas.

Tratando de ajustarme al uso impuesto a partir de las nociones básicas de la racionalidad científica, y presente en el sentido común, llamaré "subjetivos" a los fenómenos psíquicos internos a un sujeto individual (a una unidad corporal).

"Intersubjetivos" son los fenómenos en los que se relacionan dos subjetividades independientes, en principio autónomas. "Interpersonales", en cambio, son los fenómenos que implican la relación de dos subjetividades adultas, en su estado actual. Hay una relación intersubjetiva, en la interacción entre la madre y el bebé, dotado de una tendencia innata al apego. Esta relación no puede, en cambio, llamarse interpersonal. El criterio que opera en esta distinción es que es preferible, desde un punto de vista teórico, reservar la palabra "persona" para la subjetividad desarrollada.

27 *"Constituyente" debe entenderse aquí en el sentido de "relación interna" que se describe más adelante.*

Puede llamarse "Social", desde la teoría psicológica, al sistema global de relaciones interpersonales que se constituye en una unidad que ejerce vínculos internos de tipo económico, político e ideológico, y en la que se pueden distinguir pautas de relaciones intersubjetivas posibles que le son características.

Llamaré "transindividual", en cambio, de acuerdo a un uso ya establecido, a un campo de subjetividad común, previo, de manera histórica y lógica, a las subjetividades singulares, las que adquieren su ser y sentido sólo en virtud de su inscripción y referencia constante a él como fundamento.

Conviene, al respecto, explicitar la diferencia entre las palabras "sistema" y "campo". Un sistema (que nos perdonen los teóricos sistémicos) implica la articulación de un conjunto de elementos reales, discretos, que se constituyen como tal en virtud de relaciones que les resultan significativas. Un campo, en cambio, como resulta de la analogía con la noción matemática, es un espacio continuo de valores en que pueden distinguirse como articulaciones concretas ciertas funciones constituidas a partir de una ley.

Para la lingüística habitual, las palabras articulan un sistema constituido sobre, en, el campo mucho más amplio (infinito) de los significados posibles. Para una lingüística más radical los significados mismos no son sino un sistema de distinciones discretas establecidas sobre el campo indeterminado de lo real.

5. El que una familia, por ejemplo, pueda ser tratada como un sistema implica, desde su concepto, que estamos hablando de una articulación entre elementos discretos. El problema de hasta qué punto estos elementos están influidos por las relaciones que mantienen requiere de una nueva serie de distinciones, esta vez bastante más especulativas.

Partiendo, nuevamente desde el sentido común, es necesario reconocer que los conceptos de "relación" o de "interacción" sugieren la existencia previa y real de los términos que se relacionan. (Digamos, al pasar, que la palabra "relación" es suficiente para este concepto. El término "interacción" es redundante: nunca nadie ha pensado que las

“acciones” no sean “inter”. La noción moderna de acción, desde Newton, ha contenido siempre la noción de acción recíproca).

El carácter de los términos que se relacionan ha sufrido a lo largo de la época moderna una trascendental evolución. De la relación entre sustancia y accidente (entre universal y particular), a la idea de relación entre causas y efectos, a la idea de relación entre el todo y sus partes.

En cada uno de estos casos, sin embargo, la exterioridad y autonomía de los particulares entre sí, de las causas en relación a sus efectos, de las partes, ha llenado la idea de relación de un sentido muy preciso. Para que haya relaciones tiene que haber previamente, tanto en sentido temporal como en sentido lógico, “cosas” que se relacionan (particulares de un universal, elementos causales, partes de un todo).

Por supuesto que se puede especular sobre el origen de esas “cosas-en-relación”, pero nuevamente, las relaciones que dan origen a una “cosa” suponen la existencia previa de otras “cosas”. En concreto: el proceso de desarrollo de una subjetividad individual autónoma, requiere de la existencia previa de otras subjetividades individuales autónomas. El niño forma su subjetividad en un proceso de relaciones intersubjetivas. Las subjetividades que asisten a su desarrollo, salvo la suya propia, se definen mutuamente a través de un sistema de relaciones interpersonales. Las relaciones interpersonales han recibido su forma y sentido de los esquemas dados de relaciones sociales.

Nada, en esta lógica, implica por sí misma que la realidad de la autonomía individual pueda ponerse en duda. El espacio técnico que surge de esta lógica es naturalmente clínico. Se puede atender más la autonomía individual o atender más a su integración a realidades sistémicas mayores o menores. En ninguno de los dos casos será necesario dudar de la lógica de la relación externa.

6. Llamaré “relación interna”²⁸ a la idea de que la relación misma constituye el ser. Invierto aquí radicalmente la lógica del sentido común: no es que haya “relaciones entre cosas”, hay cosas sólo porque

²⁸ En realidad el contenido de los párrafos 6 y 7, en que se trata de la lógica de la relación interna, trasciende largamente las ideas y propósitos de este texto. Aquí sólo pueden cumplir la función de sugerir que hay un fundamento lógico posible.

hay relaciones que las constituyen. La relación es puesta como lógica e históricamente anterior a las cosas que vincula.

En esta lógica sólo pueden haber particulares en virtud del universal que los constituye. No se va de los particulares para descubrir qué universal puede resultar de su articulación. Lo que hay que hacer es discernir el universal en virtud del cual la particularidad tiene sentido.

En esta lógica sólo pueden haber efectos en virtud de la conexión sustancial que los liga con sus causas. El orden de los efectos no es un simple reordenamiento de los elementos discretos del orden de las causas, sino que resulta de él en virtud de un despliegue interno productivo que explicita el concepto contenido en el estado previo. Siempre hay más en los efectos que en las causas. Buscar las causas a partir de los efectos es una tarea eternamente incompleta que supone que la totalidad de lo real es siempre la misma.

En esta lógica sólo el todo hace que haya partes. No se puede comprender una totalidad a partir de sus partes. Es al revés. Sólo el discernimiento de la totalidad, constituida como universal, puede mostrar que la idea de "parte" es ilusoria. No hay partes, hay particulares históricos de universales históricos. Si hay partes al todo no le queda más que ser igual a la suma de sus partes porque, tarde o temprano, las relaciones que los ligan terminarán siendo cosificadas como entes y entonces podrán ser sumadas como otras tantas partes, más sutiles, pero partes al fin. La idea de que el todo es mayor que la suma de las partes sólo tiene sentido en una lógica en que se supere radicalmente la noción de "parte".

El concepto de "relación interna" implica la idea de una totalidad orgánica indesarmable en que los particulares pueden ser distinguidos, o se distingue, a sí mismos sólo de manera teórica. En el supuesto de una completa fluidez entre lo particular y lo universal, la distinción de lo particular es un acto libre y creativo que constituye a cada particular una vez de una forma, otra de otra, de acuerdo al ejercicio transparente de la voluntad liberada. Este caso límite, sin embargo, es quizás el menos interesante. No necesitamos la idea de relación interna porque haya efectivamente esa transparencia mara-

villosa. Considerar que la hay, en las condiciones imperantes, no daría lugar sino a una mística totalitaria. La necesitamos porque la forma históricamente determinada de nuestros desencuentros y nuestras desgracias es una en que impera la ilusión de la exterioridad y la autonomía.

La totalidad orgánica, constituida desde la relación interior, es la universalidad histórica que los particulares ejercen en su acto de ser. En una sociedad dividida esa universalidad está enajenada de sí. Los hombres están divididos en estratos contrapuestos de manera objetiva y esta división queda expresada en las ideas que tienen espontáneamente de sí. En la sociedad moderna han llevado la división hasta la noción extrema de que son cada uno por sí mismo, que las cosas están compuestas por entes atómicos y exteriores, que el tiempo está compuesto de instantes mutuamente excluyentes, que la libertad está compuesta de los movimientos no limitados por otro, que los procesos están compuestos de estados y los todos de partes.

La idea de relación interna, o de relación que se constituye a sí misma de manera productiva, requiere de la noción de historicidad. Para que haya historia no es suficiente con que haya tiempo ²⁹ y las mismas cosas se redistribuyan de estado en estado. Para que haya historia es necesario aceptar que la realidad no es siempre la misma y que el desarrollo es un proceso de auténtica creación cualitativa. La historia no puede no tener sentido: lo que produce permanentemente no es sino significado, realidad, dirección, sentido. La expresión "relación interna" alude a la animación interior de una totalidad que se produce y se da sentido constantemente a sí misma.

7. Por supuesto la idea de relación interna así descrita es una locura. En un sentido muy técnico y estricto, incluso, es una auténtica

29 Es necesario distinguir entre historia, evolución y temporalidad. La idea de temporalidad supone al tiempo como un lugar en que las cosas transcurren, sin especial referencia a las leyes que las ligan. El concepto clásico de tiempo coincide con esta temporalidad abstracta en que puede haber tanto ley determinista absoluta como puro azar. La idea de evolución supone que las cosas que están en el tiempo están ligadas por una ley, de la que pueden deducirse, dadas ciertas condiciones iniciales, los sucesivos estados de un conjunto. Las cosas "están en el tiempo", pero con una ley que las expresa de manera quieta. La idea de historicidad supone, en cambio, una realidad incompleta que contiene al tiempo como una condición interior. Una realidad que se autoproduce, que produce internamente sus determinaciones. La idea de relación interna requiere la idea de historicidad. La temporalidad y la evolución son momentos abstractos de ella.

locura.³⁰ Sugiero, sin embargo, que es este tipo de locura, que supera claramente la lógica de la racionalidad científica, el que está implícito en los más avanzados desarrollos de las ciencias.

Sugiero que, con o sin el singular beneplácito de Freud, su psicoanálisis puede ser leído de esta manera. La diferencia entre la sustancialidad de las pulsiones y su realidad inconsciente respecto de los sistemas de la consciencia, sea individual o social, no es sino la diferencia entre un universal histórico y sus particulares enajenados en su autonomía.

La consciencia debe ser interpretada como ideología, es decir, como construcción ilusoria que es para sí real. Debe ser interpretada como resultado de un proceso de enajenación: de los particulares respecto de lo universal, de los particulares entre sí. Como enajenación no en el sentido de que pueda haber una consciencia no enajenada, sino en el sentido de que lo universal sólo puede ser vivido a través de lo particular. Lo grave de la enajenación no es que haya diferencia entre lo universal y lo particular. En muchos sentidos debe haberla. La "diferencia interna", concepto que puede ser entendido de manera análoga al de relación interna, es la forma de la libertad.³¹ Lo grave de la enajenación es que no conozca el universal que ejerce, que tome su propia sustancia como si fuese otro al que históricamente, según las sombras e intensidades de la desgracia, hemos llamado demonio, o naturaleza, o vacío de la muerte.

La interpretación materialista del psicoanálisis requiere del pri-

30 *La locura es siempre una condición eminentemente histórica. El distinguir a alguien como loco depende de los supuestos profundos que una cultura hace sobre las posibilidades de la razón, en cualquiera de sus formas. Razonar en los términos de una cultura que aún no existe, que es hoy sólo meramente posible, es una locura. No afirmo que todos los locos razonan dialécticamente. Afirmo que si alguien razona dialécticamente y opera en consecuencia sería considerado loco. Esta locura, no cualquier otra, puede ser considerada subversiva.*

31 *En la idea de enajenación deben distinguirse dos sentidos que son, histórica y lógicamente, muy diferentes. Como forma lógica pura la enajenación no es sino el momento de la diferencia a través del cual se realiza el movimiento de la relación interna. Enajenación y reconciliación son, en la lógica pura, dos momentos correspondientes y necesarios uno al otro. Es muy evidente que en la historia efectiva no es esto lo que ocurre. La enajenación, en este plano, es una diferencia abstracta, que no se reconoce en su contrario, en que el sujeto toma sus obras como algo que le es extraño. Para hacer esta diferencia se puede usar la palabra "objetivación" para el primer proceso, lógico o efectivo, y reservar la palabra "enajenación" sólo para el segundo, para la realidad histórica de la objetivación. Esta distinción puede iluminar algo la conexión que existe entre las ideas de "diferencia" y de "relación" internas.*

mado sustancial de las pulsiones como relaciones internas constituyentes de la subjetividad en su realidad universal. A la luz de este concepto la subjetividad individual no es más que el resultado de una diferenciación interna, y la diferencia entre consciente e inconsciente no hace más que mostrar su carácter ilusorio. Todo lo que aparece en el individuo no es sino expresión de su vinculación inconsciente con el género. En primer lugar y esencialmente el que parezca haber individuos.

Pero, entendidas así, las pulsiones resultan históricas. Decimos que son naturales para referirnos a la objetividad y a la sustancialidad que las hace fundantes. No porque haya una naturaleza externa y previa al hombre, sino porque es propio de la modernidad llamar "natural" a lo que nos funda desde más allá del poder de la voluntad consciente. Las pulsiones son, en este concepto, históricas, porque no son sino la dinámica que constituye a la subjetividad haciéndola producirse a sí misma. Miradas desde el lado del poder de hecho de su universalidad parecen externas, miradas en cambio desde la libertad que ejercen de manera ciega, resultan modificables. Herbert Marcuse ha intentado mostrar algunas de sus vicisitudes constatables. Sus análisis muestran que un enfoque como este podría ser fecundo y, en principio, eficaz. Pero muestran, sobre todo, que para llevarlo a cabo es necesario entender que opera sobre una lógica distinta de la habitual.

8. El siglo XX ha revolucionado una y otra vez los conceptos básicos con que entendíamos la realidad y, sin embargo, ha retrocedido, invariablemente, reinterpretando sus contenidos a la luz de la lógica que ellos mismos superan.

Quizás el destino de un siglo de transición sea esencialmente éste, articular un nuevo dominio provisoriamente con la lógica del anterior hasta que se consolide y encuentre su propio lenguaje para totalizar el mundo.

Es el espectáculo que nos ofrece la Escolástica de la Fe Universal en los siglos XIII y XIV: usar las viejas palabras de la cristiandad para dar su primera forma a las convicciones modernas. Este es el espectáculo de la escolástica de la racionalidad científica en el siglo XX: ofrecer un lenguaje de transición adecuado al dominio burocrático.

Los enemigos de mañana, que ya se imponen con eficacia a los enemigos de hoy, obtienen, como siempre, su discurso (no su fuerza!) de la enajenación de los intelectuales. Todo el que cree inaugurar un mundo nuevo y no hace sino reinterpretar lo nuevo bajo la lógica antigua, no hace sino consumir la transición de un dominio a otro.

La lógica moderna puede ser trascendida, de hecho está siendo trascendida por las revoluciones, a las que aún llamamos científicas, durante el siglo XX. Explorar y llevar su lógica al extremo no sólo es subversivo hoy, también lo será mañana. No tengo una perspectiva optimista para mi vida. La derrota de nuestra generación no puede ser más evidente y, en muchos sentidos, más lógica. Pero tengo aún una ambición mayor: lo que digamos ahora sobre una lógica nueva puede ser muy significativo mañana.

9. El paréntesis político del punto anterior tiene que ver con el contenido de este texto en un sentido esencial: la idea de una subjetividad universal ha sido buscada, formulada y desarticulada en el siglo XX de varias maneras.

Creo que sólo las orientaciones más conservadoras en la psicología del siglo XX (las hay: son frecuentes, tienen instituciones asociadas, son poderosas) se han aferrado a la noción pura de autonomía individual tal como la he expuesto en los primeros párrafos. Existe, sin embargo, ha sido una serie de perspectivas en que, aunque no se lo asuma explícitamente, la noción de autonomía individual se ha debilitado.

Si no contamos a Freud, de quien hemos sugerido la posibilidad de una lectura distinta, creo que los intentos más importantes son la idea de derivar la subjetividad individual de su inscripción en el campo del lenguaje, la de los estructuralismos dinámicos que se hacen llamar sistémicos, y las reinterpretaciones intersubjetivistas de la obra de Freud. Las nociones de campo transindividual, de sistema familiar y de vínculo intersubjetivo son las centrales en estos enfoques. Es necesario indicar, en cada caso, por qué no alcanza la idea de relación interna hacia la que, en principio, podrían tender.

10. La primacía del lenguaje desustancializa la universalidad de la subjetividad común y la convierte en una mera forma. La crítica a las

pretensiones ontológicas de la filosofía clásica ha llevado a las lingüísticas del siglo XX, empujadas por la manía cienticista, a un concepto del lenguaje en que no hay contenidos reales que puedan ser conocidos, en que se identifica la arbitrariedad de la nominación con el vacío de contenidos. Considerada como mera construcción en el lenguaje la subjetividad resulta sólo un conjunto de meras funciones, que constituyen a los individuos singulares, fundadas sólo en el azar histórico, que queda siempre inexplicado, que se asume como un dato, a la manera del conservadurismo más tradicional. La subjetividad, que pudo ser común, se fragmenta en una serie innumerable de ópticas atómicas que sólo se podrán compatibilizar luego, desde la idea de consensos en el ejercicio del habla (Maturana), o que se declara ligada tan sólo por la falta de un auténtico sentido o un auténtico contenido (Lacan).

El optimismo de Maturana tiene en común con el pesimismo de Lacan, el que culmina en la supremacía del acto individual extremo de distinguirse como un ser, en un intento permanente de dar sentido y contenido a lo que no es sino mero movimiento contingente (Maturana) o ilusión de sentido (Lacan).

En estas formulaciones el campo transindividual del lenguaje se levanta a espaldas de los individuos como construcción en buenas cuentas mítica, cuya única función es dar cuenta de la aparición de una apariencia de ser, que son sus funciones singulares. En la singularidad, que es la única realidad constatable de manera efectiva, reinan el azar, la contingencia, la falta de historia y de sentido objetivo. La intersubjetividad es un juego de ilusiones, su formación no pasa de ser un mito acerca de los orígenes. La única aspiración posible es la autoconsistencia instantánea, momento a momento, dictada desde la emoción estrictamente singular (Maturana), o desde un orden imaginario que ha alcanzado (sin saberlo de manera directa) su consistencia atómica interna (Lacan).

El ámbito de lo transindividual, que prometía ser el campo de una subjetividad sustancial común, se ha convertido, gracias a su formalización lingüística, en el espacio de la más extrema fragmentación de la identidad que pudo soñar la utopía individualis-

ta. Las técnicas clínicas que surjan de aquí no tienen más horizonte que alcanzar la consistencia de lo que está como está, apelando a la magia incontrastable de la comunicación de inconsciente a inconsciente (Lacan) o a la magia del consenso en el lenguajear que una idea no sustancial del determinismo ha obligado al mero azar (Maturana).

El intento en principio, en esta vía, de entender la ilusión de autonomía individual desde un campo constituyente de subjetividad común, termina, en ambas alternativas, en la fragmentación extrema a la que sólo el voluntarismo de técnicas que dependen estrictamente de un optimismo sin contenido puede ofrecer alguna salida, en buenos términos, consoladora. La paradoja queda establecida desde el momento en que estas opciones teóricas ponen radicalmente en duda la objetividad y realidad efectiva de la subjetividad individual y, simultáneamente, sin embargo, intentan definir procedimientos clínicos que, en la práctica, suponen la realidad de la individualidad que niegan.

El valor de la postulación de un ámbito transindividual fundante es la radical crítica de la autonomía individual que implica. Su límite es no encontrar la manera de liberarse de la manía de una idea analítica de la técnica. Creo que este límite deriva directamente de la desustancialización que resulta de convertir lo transindividual en un juego de lenguaje. Resulta de la duda lanzada sobre la realidad de lo universal. Sin universalidad la Psicología no parece tener otro camino que la fragmentación y el sin sentido o, lo que es equivalente, la gratuidad azarosa del sentido autoconvocado desde lo singular.

11. La noción de una estructura dinámica construida como sistema más por sus relaciones que por sus componentes no logra, en la práctica, librarse de la idea de componente. Las estrategias terapéuticas que derivan de ella oscilan entre conceder el primer lugar a las relaciones o a los componentes, al tiempo que oscilan, en otro sentido, entre considerar el sistema contemporáneo o explorar las determinaciones que provienen de su historia. Los límites entre sistema, sub sistema y medio, no logran establecerse sino de manera formal.

Si el sistema está determinado sólo por su misma estructura entonces construye un borde que hace imposible entender la comuni-

cación. No podemos razonar más que en términos de autoreferencia (Maturana).

Si hay intercambio de información entre el sistema y el medio, el borde es difuso y sólo es establecido por la arbitrariedad del observador.

Pensemos, por ejemplo, en el problema de cuáles son los límites, de interés terapéutico, de una familia. ¿No es esencial para comprender las relaciones que la definen entender la historia de sus componentes?. ¿O basta con el sistema de relaciones tal como se define internamente?. ¿No es esencial para comprender el conjunto interno de relaciones entender las pautas características de conducta del contexto social que les rodea?. En un extremo sólo hay el ámbito clínico individual que luego se articula en una "clínica grupal", en el centro el formalismo de relaciones impersonales que sólo se hacen singulares de manera contingente, en el otro extremo sólo hay el todo social y lo clínico pierde sentido.

Sugiero que estas oscilaciones derivan de que la noción de sistema que, en principio, parece contener la idea de relación constituyente, no logra desarrollarla en todo su contenido y retrocede a la idea de la articulación dinámica entre componentes que son, por sí mismos, previos a su conexión en un sistema.

Sugiero que lo que impide que el carácter constituyente de las relaciones internas de un sistema sea considerado en todo su valor productivo y fundante es su formalización. Los teóricos de los enfoques sistémicos se niegan a considerar a las relaciones como algo más que pautas formales de correlación. El imperio de la analogía matemática o cibernética los hace enemigos de ontologizar las relaciones. Pero sugiero que este es justamente el punto: sólo podemos consumir el concepto contenido en la noción de sistema si consideramos al conjunto de relaciones que lo definen auténticamente como ser. De lo que se trata no es de reemplazar la ontología cosista por la pretendida falta de ontología de los sistemas formales (al igual que en el caso de los políticos: no hay peor ser que el que dice no serlo). De lo que se trata es de reemplazar una ontología en que sólo las cosas son un ser por otra en que se ha sustancializado a las relaciones, derivando de ellas el que haya cosas.

12. La noción de vínculo intersubjetivo devuelve a la Psicología al campo de la consciencia. Aún en las formulaciones derivadas del psicoanálisis que la han adoptado la realidad y el campo de operación efectivo del vínculo queda casi completamente en la consciencia. Esto tiene el efecto de reducir la realidad de lo inconsciente a lo meramente implícito. Los componentes inconscientes de las relaciones vinculares, tal como han sido descritas, no requieren de la complejidad del inconsciente freudiano e, incluso, pueden prescindir completamente de él. Con esto pierden justamente la posibilidad de expresar alguna realidad trascendente a la relación intersubjetiva, es decir, pierden la capacidad de expresar una relación fundante anterior al establecimiento externo de la relación intersubjetiva.

El primer efecto que tiene esta “traducción al campo de la consciencia” es que las alteraciones que la relación vincular pueden tener deben buscarse siempre en el medio externo en que se forma, resultando siempre un efecto de superficie, una rigidez adquirida, o un mero mal entendido, pueden ser aclarados por algún tipo de experiencia catártica (como la empatía, el compromiso del terapeuta, o la orientación hacia lo positivo). El campo posible de alteraciones profundas no tiene más base que la especulación en torno al carácter innato de la necesidad vincular y, con ello, a la exploración de tipo etológico, es decir, de las condiciones que pueden alterar la articulación temprana de las necesidades heredadas, entre las que se encontrarían las de tipo vincular. El fondo epistemológico de la existencia de necesidades vinculares básicas queda reducido a las posibilidades de la especulación biológica, más que propiamente psicológica.

Por otro lado, la idea de vínculo entendida a partir del reconocimiento de los afectos comunes que podemos distinguir en un otro, de la empatía dirigida desde un terapeuta que actúa como catalizador de un proceso de esclarecimiento mutuo, opera en una lógica que confirma al otro como otro y encubre la verdadera raíz a partir de la cual es posible establecer un vínculo propiamente psicológico que es, según nuestra proposición, la existencia de un campo vincular previo, dentro del cual los vínculos particulares se inscriben y adquieren ser y sentido.

Tal como en las dos orientaciones teóricas anteriores, la idea de vínculo sugiere más de lo que es capaz de expresar en la práctica. No se trata de entender que dos pueden vincularse porque tienen un ámbito interno o externo en común. De lo que se trata es de entender al vínculo como un ser que da origen a dos o, mejor, que da origen a la apariencia de que hay dos en el lugar donde de manera cabal y efectiva sólo hay uno.

A diferencia de este enfoque, en que propongo asimilar la idea de vínculo y la de relación interior, las teorías del vínculo se quedan en la distinción de las partes, sin poder librarse de oscilar entre una filantropía en que el terapeuta abre de manera gratuita un espacio de encuentro, y una biología en que la necesidad de vínculo es una predisposición genética ligada a la supervivencia de la especie.

13. Las ideas de transindividualidad, sistema y vínculo dicen mal su propio concepto. O, mejor, son dichas con las significaciones que la disgregación del sujeto que las enuncia exige. Apropiarse de estas nociones y desarrollarlas en lo que tienen de subversivas, es decir, en los contenidos que trascienden el concepto de la Psicología institucional es posible. El tipo de eficacia que surja de esta crítica no puede ni quiere competir, sin embargo, con la eficacia analítica característica del ámbito clínico.

No puede competir porque el que separa e interviene de manera acotada sobre entes de límites definidos puede exhibir, ciertamente, resultados constatables dentro de esos límites. En realidad la Psicología imperante ha construido el concepto de eficacia que es consistente con el sujeto del que surge.³² En este sentido la eficacia de la psicología es algo tautológica o, dicho de otra manera, hay profundas razones por las cuales la Psicología no podría no ser eficaz.

Pero si esto es así entonces el problema de la eficacia es estrictamente histórico, y nuestra constatación de que no logramos competir desde un futuro posible con la eficacia imperante debe ser puesta en

32 En realidad en cada término de esta afirmación habría que poner plurales. No hay un sólo concepto de eficacia, ni siquiera uno que sea netamente dominante. Sin embargo la afirmación general queda en pie. Lo que quiero sostener es que las "eficacias", aún en sus diferencias, se mueven entre límites históricos muy acotados.

este límite histórico. Nuestro problema, más allá de la constatación inmediata, es que esos límites pueden ser puestos en duda, y que la operación de separación, sobre la que opera la idea de eficacia imperante puede ser ilegítima.

No es misterioso que los expertos sepan más que el lego en los ámbitos acotados que dominan buena o malamente. La cuestión es si en Psicología tiene sentido un saber sobre cuestiones acotadas. Los expertos tienen soluciones para cada problema, nunca para el conjunto de los problemas. Son los expertos los que han difundido una idea de la eficacia consistente con su dominio de lo local y su impotencia ante lo global. En Psicología esto implica ni más ni menos que la renuncia a la felicidad humana. Es obvio que ante semejante objetivo todo terapeuta retrocederá sosteniendo que ese no es su problema. Sugiero que esta renuncia proviene de la idea de que efectivamente hay un ámbito local de la subjetividad que puede ser intervenido con independencia del contexto, independencia que proviene a su vez de que el contexto "acompaña" al fenómeno, o interactúa con él, pero no lo funda de manera esencial.

La renuncia a enfrentar los problemas globales, junto con la apariencia de las soluciones locales, entrega a los pacientes a la dictadura del experto en sus pequeños problemas, que le ocultará permanente y consistentemente la globalidad³³ a la que pertenece, y bajo la cual tienen sentido, que le predicará de una y mil maneras que no hay más problemas que los problemas acotados a la individualidad y sus interacciones, y que la insistencia en lo universal es, por sí misma, un problema clínico que las terapias deben ser capaces de tratar.

33 *Es necesario distinguir entre general, global y universal. En lo general están todos, considerados cada uno por sí mismos, sin más articulación que pertenecer a una misma clase. En lo global se pretende una ley articuladora que gobierna sobre particulares reales. En la universalidad se postula una sustancia común, anterior a lo particular, fundante, que produce y da sentido a ciertos particulares posibles. La totalidad reúne la diferencia real de la generalidad y la ley articuladora de la globalidad bajo el imperio fundante de lo universal. No hay totalidad sin universalidad. Lo global es una universalidad no realizada. Hay singulares respecto de lo general. Hay particulares respecto de lo universal. Lo singular es lo particular llevado a la radicalidad de la diferencia abstracta. Entre un particular y otro sólo hay una diferencia interna, aunque no lo sepan, aunque no esté realizada. El contrapunto particular de la globalidad es la interacción entre las partes de acuerdo a una ley : esto y lo otro, figura y fondo, individuo y contexto.*

Si hay alguna razón técnica por la cual necesitamos de una idea que supere la noción de subjetividad individual es porque necesitamos liberarnos de las técnicas que implica, liberarnos de una idea de la técnica que sólo tiene respuestas para unos pequeños problemas cuya solución no hace sino poner de manifiesto que otros y otros pequeños problemas acudirán en su reemplazo mientras no afrontemos el problema global. El psicólogo tendrá trabajo para siempre, pero el individuo estará condenado a la pequeñez: a su propia pequeñez.

Esto debo decirlo claramente: que me perdonen los individualistas, pero los problemas individuales no son sino pequeños problemas.

Lo que quiero decir no es que debamos olvidarnos de nosotros mismos y entregarnos a alguna mística totalitaria.³⁴ No es ese el punto. Lo que afirmo es que la fundación de nuestra noción de individualidad nos trasciende, opera desde más allá de cada uno, y es sólo respecto de ella que tiene sentido hablar de problemas.

Si asumimos que derivamos de un campo transindividual sustancial, o que estamos constituidos en sistemas que son algo más que articulaciones dinámicas, o que los vínculos esenciales que establecemos más que conectarnos nos producen, las técnicas que se centran en la autonomía individual pierden sentido, se revelan como dramáticamente ineficaces, muestran su pequeñez inmediatista, ponen al descubierto la dictadura del experto en individuos y la denuncian como arbitrariedad que promoviendo la consolación local refuerza la desgracia general.

14. De una u otra manera la presencia de la desgracia general se ha expresado en la Psicología del siglo XX. Sugiero que el campo propio en que lo ha hecho es el de los enfoques no clínicos.

³⁴ Creo que es necesario y posible distinguir entre la identificación mística y totalitaria de los particulares en un universal, bajo la cual se pierde la diferencia interna y la universalidad queda reducida a su puro concepto, del acto libre de reconocimiento por el cual la diferencia y la libertad de la universalidad se establecen. La utopía que quiero establecer no consiste en que todos seamos uno y el mismo sino la de que todos podamos reconocernos en el otro como si fuéramos nosotros mismos.

Si se sigue el desarrollo de la Psicología como disciplina desde su aparición como tradición institucional, se observa que, en general, el interés básico no fue propiamente clínico. Por un lado hay un énfasis en el estudio teórico de los fenómenos que se consideraban su objeto. Por otro lado, los grandes fundadores tuvieron siempre una aguda consciencia de la necesidad de estudiar lo individual en estrecha conexión con sus determinantes sociales. Quizás la "Psicología de los Pueblos" de Wundt sea el mejor ejemplo.

Es indudable que las dos tradiciones que contribuyeron más eficazmente a poner al ámbito clínico al centro de las preocupaciones profesionales fueron el conductismo y el psicoanálisis. De alguna manera, a pesar de las protestas de los conductistas, el modelo médico tradicional, según el cual hay enfermedad, y la enfermedad es un problema individual, se convirtió, gracias a ellos, en el marco básico de la formación y la práctica de los psicólogos. La dependencia de estas teorías de la tradición experimental del siglo XIX pasó, incluso por sobre el vuelo teórico de sus fundadores, directamente a los discípulos, que las convirtieron, en la práctica, en la manera en que los supuestos de la Psicología Experimental revivieron, dotados de un lenguaje nuevo.

La emergencia, sin embargo, paralela, difícil, pero sostenida, de espacios de práctica profesional no clínica, deja percibir aún los intereses más generales que están en el origen europeo de la disciplina. Las Psicologías educacionales, laborales, sociales, comunitarias, constituyen progresivamente paradigmas en que lo "social" se hace presente como tal.

Creo que, tal como en los paradigmas clásicos del siglo XX sobre los que he hecho las sugerencias anteriores, hay en el conjunto de las "Psicologías Sociales", o de lo micro social, una corriente profunda que expresa el reconocimiento del carácter transindividual de la subjetividad.

15. Una Psicología educacional que es capaz de formularse como un paradigma autónomo, como un punto de vista desde el cual considerar todo el campo de lo psicológico, por ejemplo a través de una teoría del desarrollo humano, o de la formación de la personalidad a partir de procesos básicos de socialización, contiene, en el

fondo, el germen de una idea transindividual. Puede desarrollarla si explora el real significado de la constitución socializadora. Puede relegarla si se concentra en los esfuerzos terapéuticos contingentes, en la sociedad real, para los cuales basta con una epistemología de lo "micro social", o de la estrecha relación, o de la relevancia particular del vínculo educativo entre otros vínculos formadores.

Una Psicología laboral que es capaz de formularse como un paradigma autónomo, como un punto de vista general, por ejemplo, convirtiendo al trabajo en el factor constituyente de toda relación humana o, por ejemplo, a través de una teoría del significado psicológico de las acciones, de las relaciones físicas con el entorno, contiene en el fondo el germen de una idea transindividual. Puede desarrollarla si explora el carácter constitutivo de la relación trabajo. Puede relegarla si se conforma con la tarea de armonizar las relaciones laborales que se dan en el mundo concreto, alcanzable.

Una Psicología "social" que tienda a convertirse en una Psicología del espíritu colectivo, en una Psicología al servicio de la constitución de un proyecto vital común, como han querido serlo ciertas Psicologías comunitarias, o las Psicologías de encuentro de grupos étnicos, o de género, contiene el germen de un reconocimiento profundo del carácter transindividual de la subjetividad.

Creo que, en cada uno de los casos en que estos desarrollos se producen, el motivo profundo, el movimiento real bajo el cual adquieren sentido, es el reconocimiento social de los límites de la individualidad clásica. Creo que lo que se explora en estos casos no es sino la posibilidad de fundar la vida sobre bases radicalmente distintas a las dictadas por el orden del mundo establecido. Lo que el siglo XX tiene de prometedor está contenido claramente en las formas en que ha expresado, conscientemente o no, sus desgracias.

16. El reconocimiento del carácter transindividual de la subjetividad, sin embargo, no es, ni implica, por sí mismo, una posibilidad de liberación de la Psicología, o del sujeto real, de las miserias de la tradición individualista. No soy expresamente un pesimista, pero creo que es realista, y metodológicamente preferible, no ser un optimista al respecto.

La Psicología expresa en sus concepciones el movimiento efectivo de un sujeto real. No creo que se deba razonar como si ese movimiento llevara unívocamente a la liberación y a la felicidad humana. Las miserias del individualismo burgués, incapaz incluso de mirar las condiciones íntimamente sociales de su propia constitución, no tienen por qué ser reemplazadas por un mundo armónico de reconocimiento mutuo y trabajo fraterno.

El reconocimiento de la transindividualidad puede ser perfectamente paralelo a la posibilidad de su manipulación. El mercado que dice dirigirse a cada uno, el mercado que ha alcanzado el nivel de sofisticación tecnológica suficiente como para diversificar y tratar "personalmente" a los consumidores, ha adquirido paralelamente la capacidad de crear diversidades artificiales, de crear series de consumidores típicos en cada línea de producción que, al cruzarse al azar, pueden dar la impresión de una diversidad que respeta las diferencias individuales, cuando, en realidad, las ha prefigurado, previsto y manipulado desde el principio como perfiles de consumidores posibles.

Bajo esta perspectiva, para la cual existen ya los medios técnicos adecuados, una *Psicología* que explora la combinación entre el carácter transindividual de la constitución de los sujetos y los procesos que pueden producirles la impresión de una diversidad efectiva puede ser la gran *Psicología* del mundo administrado, previsto, calculable, con que sueñan los mandarines de la regulación del mercado mundial.

El reverso del reconocimiento de nuestras determinaciones transindividuales puede ser encontrado también, pero no únicamente, en las reivindicaciones tradicionales que la utopía burguesa levantó contra el totalitarismo medieval. En realidad la cultura burguesa ha hecho posible la autonomía individual, aunque sea en su forma abstracta, que hace posible pensar en el reconocimiento libre.

Hoy, sin embargo, no es claro que el destino de la humanidad sea esta consumación feliz de la diferencia en el ejercicio del reconocimiento. Una sociedad plenamente consciente de la determinación transindividual no tiene por qué ser una sociedad libertaria y fraterna, puede ser también el infierno unidimensional de una nueva Edad Media en que la religión científica haga innecesarias las cárceles,

porque basta con los hospitales psiquiátricos, y en que las técnicas más sofisticadas hagan innecesarios los hospitales, porque prevenir es preferible.

Curiosamente hoy es posible levantar las banderas libertarias más burguesas y clásicas contra la posibilidad de la regulación total, llevada incluso al ámbito de la constitución de la subjetividad. No hay que olvidar, sin embargo, que la sociedad moderna ha levantado una y otra vez el fantasma del liberalismo no tanto para hacer progresar la libertad sino, más bien, para romper las trabas que le impedían llevar adelante su manera catastrófica de crecer. El resultado de las oleadas liberales de la historia moderna ha sido siempre grados cada vez mayores y más profundos de regulación. Hoy es necesario distinguir de manera radicalmente no inocente las tendencias a la protección generalizada de tipo totalitario, las tendencias que defienden la autonomía individual bajo la forma de la interacción externa, las tendencias que podrían llevar a una sociedad de reconocimiento libre, interno. No digo que esto último sea claramente posible, me conformo con señalar que, al menos en la teoría, es posible imaginarlo.

17. Me ha importado en este texto sugerir diversos ámbitos en que el reconocimiento de lo transindividual ha significado avances teóricos interesantes, sugerir el tipo de críticas a algunas posturas actuales que pueden seguirse de esos avances teóricos, sugerir algunos significados profundos que puede tener en relación al sujeto real que da sentido a las elaboraciones teóricas y prácticas de la Psicología.

Me atrevo a sostener, sin embargo, que lo más importante de todo, en este razonamiento, es la posibilidad de una lógica distinta desde la cual pensar los fenómenos psíquicos. El sentido histórico de esta lógica sigue siendo para mí un misterio. A veces creo que ella encierra las posibilidades más nobles y hermosas de la liberación humana. Otras veces pienso que quizás todos, cada uno en su particular lenguaje y enajenación, no hacemos sino anunciar una sociedad totalitaria, que ya está presente de muchas maneras, y que no hemos aprendido a enfrentar en las miserias de nuevo tipo que contiene, en las promesas utópicas con que encubre su poder, en las nuevas enajenaciones que ofrece como sinónimos de libertad.

Una nueva lógica porque de hecho está naciendo un mundo nuevo. Una nueva manera de pensar porque de hecho el mundo moderno se encuentra con sus límites en cada gesto. Un nuevo dominio quizás que no logramos vislumbrar en toda su extensión.

Creo que la Psicología, como antes la magia o la fe, tendrá un lugar privilegiado en el mundo que viene.

Será con seguridad una Psicología de sujetos colectivos, pero nosotros debemos decidir quiénes serán esos sujetos efectivamente.

Santiago, 18 de Diciembre 1992 .-

El oro ha nacido.

IV. Adversus Lacan: Para Un Concepto Marxista del Psicoanálisis

Entender el contenido de la historia como inconsciente, entender el contenido de lo inconsciente como histórico, esta es la esencia de un concepto marxista del psicoanálisis. Entender enajenación como diferencia entre el discurso y la acción es el concepto que permite esta doble vinculación.

En la enajenación lo que es ajeno son los actos, que vienen determinados de manera objetiva por la situación objetiva. El discurso hace coherentes a un conjunto de actos cuya racionalidad propia trasciende por completo toda posible autonomía de los individuos. El espacio transindividual, real, fundante, en el cual el individuo se constituye, es el espacio de la racionalidad real, es el espacio de lo inconsciente. La ideología es el discurso con que los individuos llenan el abismo que hay entre su autonomía pretendida y su impotencia ante el curso de las cosas. El discurso de lo inconsciente, que surge de allí y se presenta para el individuo como su consciencia, es ideológico y, en una sociedad dividida, en un sentido muy profundo, no puede evitar serlo.

Una diferencia significativa respecto del discurso freudiano es aquí la posibilidad de una racionalidad de lo inconsciente. La idea es que no hay motivo, después de Freud, para identificar Razón y Consciencia. La Consciencia es el discurso enajenado de la Razón. Lo inconsciente tiene razones que la consciencia no entiende. Pero no

tiene razones que la consciencia no pueda entender. Asumir que lo inconsciente tiene razones que la razón no comprende (Pascal) es dar por supuesto que sólo se puede hablar de Razón cuando nos referimos al campo de la consciencia.

Pero es justamente este supuesto el que está en duda en todas la filosofías del descentramiento del sujeto. Cuando Marx sostiene que lo político y lo ideológico están constituidos desde un campo que los trasciende, cuando Freud sostiene que la consciencia está constituida desde un campo que la trasciende, justamente de lo que se trata es de un campo más allá de la racionalidad habitual. Sostener que ese campo es el de la irracionalidad pura es aceptar que la ceguera del mercado, su espontaneidad anárquica, coincide con el destino, en el caso de Marx, o aceptar que la única alternativa al autodomínio, a la autonomía prepotente del individuo moderno, es la falta de sentido, la espontaneidad vacía del deseo sin forma. Esta bien, aceptemos que el individuo no tiene centro ni sentido en sí mismo, ¿significa esto que no hay centro, ni sentido en ninguna otra cosa?. El individuo parece ser tan importante en esta reflexión que el escepticismo resultante parece más bien efecto de una frustración que de un concepto.

El campo de lo inconsciente es el espacio transindividual de las acciones sociales reales en virtud del cual los actos individuales tienen existencia y sentido. En este espacio transindividual, espacio de la autoproducción humana, está operando el impulso incondicionado de ser que es, al mismo tiempo, impulso y ser de la condición humana. El deseo, como indeterminado, la pulsión, como dinamismo organizador de las significaciones, dicen, de otra manera, el enriquecimiento progresivo de la necesidad, que es motor y ser de lo humano. El Principio del Placer como aspiración incondicionada a la felicidad, el Principio de la Realidad, como organizador concreto del modo de vida, dicen esto mismo de manera más específica. En el fondo especulativo la dialéctica de Eros y Tánatos, de la vida que se ejerce consumándose, dejando de ser, y que insiste en seguir siendo, dan cuenta del carácter general de la dialéctica del hacerse a sí mismo del género.

Este fondo especulativo, estas precisiones, este lenguaje

psicoanalítico es particularmente esclarecedor en una época en que la subjetividad es directamente, y de manera explícita, el ámbito donde se constituye la dominación social. Siempre lo había sido, pero siempre a través de mediaciones en que lo subjetivo aparecía como un mero agregado, o una mera consecuencia.

La dominación se ejerció en nombre de Dios, en su otredad absoluta los hombres resultaban simples objetos de una voluntad otra explicitada y omnipresente. La otredad tenía claramente un nombre y lo privado simplemente no existía. Los individuos se constituían desde las determinaciones de esa voluntad, actualizadas en toda experiencia social, y la sociedad resultante no podía ser sino totalitaria.

La modernidad trajo la ficción de la autonomía personal, necesaria para el ejercicio de las nuevas técnicas y, también, producto de ellas. La distinción de lo público y lo privado produjo una nueva manera de articular la subjetividad individual. En principio los hombres son libres y se hacen a sí mismos de manera individual, de acuerdo a una voluntad propia, conocida y regida de manera transparente desde su consciencia. Pero, por cierto, esta ficción no es sino el horizonte utópico de un concepto, de aquel en que los hombres, individuos soberanos se reconcilian con la actividad social que producen y que los produce. El horizonte de las Utopías del Renacimiento, el de los sueños del socialismo utópico y, también, el sueño de la felicidad honrada, de la realización personal, de todo ciudadano normal en la modernidad.

Para esta manera de constituir al individuo, en que hay una fuerte diferencia entre el espacio de sus sueños y el de la espontaneidad anárquica del mercado, en que naufragan, la privacidad es una reserva de esperanzas y, al mismo tiempo, el lugar donde pueden ser administradas de manera inofensiva. En la distinción entre lo público y lo privado la represión pública, las leyes explícitas, son completadas y totalizadas en el espacio privado. La situación edípica es el proceso dramático de integración personal a la ley social que es específico de una sociedad en que existe la idea de autonomía personal. La autonomía personal exige una integración personal a la Ley. La familia es el

ámbito en que esta integración es conseguida asociándola de manera ambivalente y dolorosa a la aspiración incondicionada a la felicidad. La represión instaurationa una relación personal fundamentalmente ambigua ante la Ley de lo otro. Por un lado se han instaurado los mecanismos psíquicos de la normalidad y la productividad, por otro se ha relegado el impulso genérico de ser más vida al lugar de lo reprimido, desde donde vuelve y vuelve, como el síntoma general de tener forma, o como fantasía en que las formas siempre dicen otra cosa.

En la situación edípica lo inconsciente se articula como lo inconsciente en mí o, mejor, se articula como un "yo" en que, como forma, lo inconsciente pueda ser. El contenido de esta forma que es el yo personal no es sino la dialéctica de un ámbito social en que la felicidad no es posible. Si, por un lado, lo "inconsciente en general" es el espacio transindividual de los actos sociales que me constituyen, por otro "el inconsciente en mí" es el espacio en que esa transindividualidad, su conflicto, opera en las formas que me hacen un Yo individual.

El sujeto dividido es otro. Se constituye desde la otredad. Pero esto otro no es un "Otro" personal, algo así como un "Gran Otro" de cierta mitología freudiana. El "Gran Otro" no es sino un significante de la otredad en general. La aparición como un "Gran Otro" no es sino su manera específica de operar en una sociedad en que los individuos creen que son por sí mismos. Su ficción de identidad personal es consistente con su ficción inconsciente de que lo que los constituye es una otredad personal. Pero el Gran Otro no puede ser sino un significante de la Ley de lo transindividual, algo que aparece para el inconsciente personal porque no es aceptable que lo inconsciente sea efectivamente transindividual. El Gran Otro organiza para las articulaciones personales de lo inconsciente la ficción de que el gran debate, la gran pugna, la lucha a muerte, es interpersonal, a la manera de la dialéctica del amo y del esclavo, y no auténticamente intersubjetiva, a la manera de un campo transindividual de acciones sociales ordenadas por una Ley, que no es sino la Ley de la dominación.

Este concepto de que el juego de lo inconsciente se articula en torno a un Gran Otro, que actúa como mito personalizador de lo

intersubjetivo, es el que permite el curioso concepto de una terapia que pueda actuar sobre lo inconsciente. La terapia no tendría sentido si no actuara sobre los individuos. La palabra terapia alude justamente a una relación entre personas, que se supone constituidas desde sí, y que pueden modificar sus conductas mutuamente en algún tipo de acción inter personal. Pero cuando se descubre que los individuos no están constituidos desde sí mismos gran parte de esta ilusión se desmorona. No es cierto que se puedan cambiar estructuras de conducta medianamente significativas en la acción interpersonal consciente. No es cierto simplemente porque lo que constituye a esas estructuras está más allá de lo que la consciencia puede alcanzar.

Siempre una posibilidad de resolver este dilema está en insistir en la confianza en el poder de la consciencia sobre los actos. Hacer consciente lo inconsciente, reelaborar las situaciones traumáticas originarias, intentar algún tipo de reencuentro catártico con lo reprimido, reforzar el Yo desde una esfera libre de conflictos, promover la autoaceptación de los aspectos oscuros de la personalidad, son fórmulas optimistas que tienen este fundamento.

Pero si se ha optado por considerar la realidad de lo inconsciente de manera radical, sobre todo, si se ha optado por poner el verdadero centro de la articulación de las estructuras de la conducta en el ámbito inconsciente, entonces la relación interpersonal, que pasa por las ficciones que la autonomía personal construye como su consciencia, resulta terapéuticamente inútil. A lo sumo se puede repetir una y otra vez diversas variaciones de un mito fundante, hasta conseguir una que satisfaga la moralidad del analista (o simplemente hasta aburrirse), no obteniendo sino repeticiones de la estructura original. La misma idea de terapia como relación interpersonal queda en duda. La idea de que es posible tener técnicas definidas, que provienen de un saber definido, y de las que se obtienen resultados, al menos en general, calculables, ya no es posible.

La figura mítica de un Gran Otro abre, en este contexto, la posibilidad de un estilo técnico singular, porque permite la idea de que es posible, en una conexión de inconsciente a inconsciente, reestructurar las relaciones fundantes con esa entidad fundante. Se

abriría la posibilidad de algo así como un diálogo notoriamente, por cierto, muy singular, puesto que no es un diálogo entre conciencias, es decir, hablando de manera rigurosa, no es un diálogo en absoluto. Pero es una situación que tendría al menos una virtud de los diálogos, permitiría la reestructuración de las relaciones entre entidades que se ven a sí mismas con la figura de ser personas. Un Yo, un sujeto del inconsciente, un Gran Otro, todas instancias psíquicas con algo de mito, -en la medida en que son reconstrucciones para la consciencia de un conflicto que en esencia se escapa-, arreglarían cuentas entre sí, puestos ante la evidencia perturbadora de la muerte.

Lo que falta en esta técnica peculiar es, desde luego, lo que hace deseables a las técnicas: el cálculo racional de sus resultados. Falta incluso algo que podría ser considerado, desde otra óptica, un requisito indispensable: la consciencia clara y distinta de qué es lo que ocurre en el proceso de transformación de estas relaciones, proceso que ocurre de manera inconsciente. Es razonable que, en esos términos, se diga que en este estilo no hay propiamente técnicas. Es razonable, salvo por lo que se pretende luego: que se pueden obtener ciertos resultados. Es el decir, que hay rendimientos técnicos aunque no haya propiamente técnica.

Sin embargo, la pretensión de que se pueden obtener resultados, descansa en un cierto saber. En un saber sobre las modalidades, en el plano imaginario, en que se pueden dar estos diálogos, que no son propiamente diálogos, entre las instancias psíquicas. Descansa, en particular, en la opción de asumir ese imaginario como fundante inmediato de las estructuras de conducta. Descansa, dicho en otros términos, en la opción por mantener el problema en el nivel psicológico, renunciando al nivel meta psicológico que sería la configuración de lo inconsciente genérico, espacio del cual lo único que se afirma es que carece de un sentido propio y especificable. Dicho aún de otra manera, esta aproximación clínica es posible si es cierto que se puede operar con la actualización de "lo inconsciente" en la articulación concreta de "mi inconsciente".

Las dos inconsecuencias básicas de esta pretensión clínica son la renuncia al carácter efectivamente transindividual de lo inconsciente

y el tratamiento particularizado de la Ley. El primer problema tiene que ver con la problemática relación entre lo universal fundante y los particulares en que se expresa. El segundo tiene que ver con la personalización, aun que sea en el plano imaginario, de instancias psíquicas que no son, en esencia, personales. La segunda consecuencia es la vía a través de la cual se intenta resolver la primera. Y ambas derivan de la misma raíz: el postulado gratuito de que el espacio transindividual carece de un sentido y una racionalidad propia.

Si la realidad de lo transindividual se aborda de manera radical, entonces nada de lo que hay en las personas les pertenece de manera propia, salvo en el plano imaginario. Si es así, la articulación concreta a la que puedo llamar "mi inconsciente" no es sino imaginaria, por mucho que la sufra como real. El espacio desde el cual se articula su sufrimiento y su ser la trasciende de manera absoluta. Un papá no es el Padre, la Ley no es mi Ley. Cuando se logra una conexión de inconsciente a inconsciente no hay dos inconscientes: hay uno que habla a través de dos de sus funciones concretas. Ese que habla y es ordena las relaciones de ambos campos imaginarios con la totalidad desde la cual tienen sentido. En la situación analítica la evidencia de la muerte, convocada de manera compulsiva, hace posible este enfrentamiento al "destino" de forma particularmente dramática, a la manera de la experiencia de la náusea existencial.

No hay razón alguna, sin embargo, para no suponer que esto es algo que se da de una manera no dramática absolutamente en todas las relaciones intersubjetivas. En todas ellas lo inconsciente habla a través de sus articulaciones particulares, bajo la apariencia de ser un Yo. La situación analítica suspende el sentido y hace aparecer, como lapsus, lo que siempre ha estado allí. El miedo a la muerte restaura el sentido en alguna modalidad tolerable. El desafío existencialista evidencia el desafío permanente. ¿Por qué, sin embargo, deberíamos creer que este sí es un desafío, y no los otros, en los que cotidianamente nos estamos construyendo como individuos en lo imaginario?

La terapia del desafío existencial, que se construye haciendo que el terapeuta se ponga en el lugar de la muerte, no tiene para ofrecer

nada más que la obligación, evidenciada de manera teatral, de resignarse a lo dado. El sentido se rearticula de manera menos sintomática cuando se ha llegado a coincidir con los cuadros sintomáticos imperantes. Es decir, cuando se ha alcanzado una relación tolerable con la Ley. Los conservadores ejercen un psicoanálisis pedagógico y filantrópico en que se trata de evidenciar las bondades de la Ley. Los existencialistas ejercen un psicoanálisis dramático y teatral en que se promueve un acomodo arbitrario a una Ley arbitraria bajo la amenaza del sin sentido absoluto. El analista que pretende ponerse en el lugar de la muerte no hace sino evidenciar este mensaje: ante la Ley constituida la única alternativa es la muerte.

Esta operación, que no es sino una forma diversa de la dictadura clínica sobre la impotencia individual, no es posible sino por la conversión del conflicto transindividual en un conflicto entre instancias personales. La gran novedad es que mientras los conservadores tratan al Yo, al Ello, al Super Yo, prácticamente como instancias reales, casi como sujetos en pugna interpersonal, los existencialistas han aprendido que todas estas instancias operan en el plano imaginario, no son instancias reales por sí mismas sino, más bien, el discurso de lo inconsciente transindividual que aparece como conflicto seguible por la consciencia, a pesar del escándalo de su irrealidad fundamental.

Sin embargo, si los individuos son una ilusión, si sus articulaciones como funciones particulares de lo inconsciente no son sino imaginarias, entonces el proceso concreto de esas articulaciones no es sino el operar en particular de algo que sólo es real de manera universal. Entonces el carácter personal del proceso de articulación personal no es sino una operación en particular de algo que lo trasciende de manera absoluta. Quizás la articulación imaginaria de una estructura personal no pueda darse sino a través de la figura personal de un Gran Otro. Pero esto no es sino el discurso de una Ley que no pertenece a nada que pueda identificarse como un uno personal, ni aún en el plano imaginario. Operar sobre los individuos, como si el proceso particular de su articulación personal fuese algo más que imaginario sería creer que los individuos como tales tienen una existencia real que es también algo más que imaginaria, es decir, supone que el individuo no es meramente un discurso.

La consecuencia directa de esto es la pretensión de que son posibles intervenciones terapéuticas sobre esa realidad, aunque no haya una técnica accesible a la consciencia con que dirigirlas. Pero si todo esto no es cierto, si se asume la radicalidad de lo imaginario, entonces la pretensión terapéutica no es sino, nuevamente, dictadura pedagógica: los que saben que en el fondo no hay sentido, y pueden ponerse en algún momento en el lugar de la muerte, vienen a empujar a los ciegos sumidos en sus síntomas imaginarios a nuevas rearticulaciones, que toleren mejor.

Hay algo aquí que no es meramente un discurso, algo que parece ser una intuición fundamental: no hay sentido. Si no lo hay entonces la Ley sólo puede ser administrada caso a caso, de maneras localmente convenientes. Pero si es así, entonces la Ley ya no puede ser pensada en singular. Es una porque lo que hay siempre es eso: Ley. Pero no es una en el sentido de que organice lo transindividual en general. Al revés, si hay una Ley que organice lo transindividual en general, la que resulta, por ejemplo, de la diferencia de los sexos, o de la institución histórica del patriarcado, entonces la terapia individual nunca es realmente individual: es un reacomodo de la relación fundante de los individuos con la Ley.

Explícitamente, la situación que quiero presentar es esta: si lo transindividual, y su Ley, es radicalmente real, entonces la única forma de abordarlo es la política. Si ocurre que la Ley es meramente imaginaria y lo fundamental es que no hay sentido, entonces la única forma de asumir esa política es asumiendo que la política no es posible. Que no es posible sino como discurso constituido desde lo imaginario, básicamente ilusorio. Si la política no es posible, pero la Ley sigue teniendo su efecto opresivo, entonces la única forma de abordarla es a través de una experiencia personal de replanteamiento radical frente a su opresión, a su opresión inevitable. La radicalidad de este replanteamiento topará, por cierto, con la falta de sentido, y no podrá ser entonces sino un reacomodo ante la Ley. Dicho de manera más dura: el psicoanálisis como curso de resignación a la arbitrariedad de la Ley, como alternativa al sin sentido absoluto.

Otra manera de entender estos procesos, que concluye de una

forma muy diferente es la siguiente. Lo inconsciente, el campo transindividual fundante, bajo el cual es posible ser, respecto del cual los individuos son ilusorios, tiene una Ley, tiene una racionalidad: la racionalidad del dominio, que requiere instaurarse como estructura psíquica para poder operar. Frente a esa racionalidad la clínica no puede ser otra cosa que terapia de resignación. En particular mientras siga fundada en la metáfora del conflicto interpersonal. Frente a esa racionalidad la política sí es posible. Llamamos sin sentido a nuestra impotencia para apoderarnos del sentido, en particular, al descubrimiento de que el sentido no nos pertenece. Queremos tanto a nuestro Yo, que cuando la figura del sentido aparece como transindividual nos parece que estamos frente al sin sentido absoluto.

No sólo hay Ley, no sólo es una, no sólo es totalizante y nos constituye, ocurre además que podemos apoderarnos de ella. El impulso incondicionado que hace posible la política es el mismo que hace posible la totalidad de lo transindividual: el impulso de ser, de ser más vida, el erotismo generalizado. Propongo que lo sexual vuelva a ser el centro del escándalo del psicoanálisis. En la medida en que lo sea el psicoanálisis conservará su potencia subversiva. Apuntará hacia más allá. Será un atentado contra la Ley que nos obliga y constituye. Más allá de la enajenación existencialista, el contenido subversivo del psicoanálisis siempre ha sido este: la memoria es real, la culpa no es necesaria, podemos ser felices.

22 de Octubre de 1994.-

sus ojos

TERCERA PARTE

Psicología y Política

- I. Tolerancia Represiva y Psicologización
- II. La Psicología en Chile y la crisis de la Subjetividad Moderna
- III. Sobre la Condición Social de la Psicología

I. Tolerancia Represiva y Psicologización

1. Todos sabemos que en nuestro país hubo una larga época de intolerancia política, cultural, ideológica. Modos de vida fueron combatidos. Se prohibió enseñarlos, se les declaró enemigos del Estado, se les persiguió militarmente, pero también, con el apoyo masivo de los medios de comunicación, se les excluyó, desprestigió, e insultó en todos los tonos.

No sólo había un combate permanente, una cruzada, como la llamó más de algún partidario, también, paralelamente, se intentó una refundación de muy amplio alcance. Se quiso poner las bases de una nueva manera de ser nacional en lo político, lo cultural, lo ideológico. Borrar y poner, una verdadera cruzada.

Hoy ya la mascarada del ánimo fundacional pasó. La vuelta a la democracia parece haber terminado con las confrontaciones. Con el paso del tiempo resultó que lo único que importaba refundar era la posibilidad del lucro privado sobre la base de las técnicas neoliberales: tan liberales en las ganancias, tan estatistas en las pérdidas.

La vuelta a la democracia se ha dado de tal manera que se puede decir que los integrismos de todo tipo fueron defraudados. Los ideales corporativistas de corte neofascista, los ideales de solidaridad comunitaria, el ideal de la restauración de una democracia avanzada, fueron defraudados.

La intolerancia ha dado paso a la tolerancia sobre la base del

éxito neoliberal (en versión dependiente). Las opiniones encontradas han dado paso a la fluidez, circulación y plasticidad de las opiniones. Los conflictos de ideas han sido superados. Esto parece ser mejor que la guerra permanente, que no se resuelve nunca. Aparentemente contamos con las ventajas de la paz. Aparentemente ahora contamos con la posibilidad de optar. El conflicto esclaviza. La paz libera.

Es hora de preguntarse, sin embargo, por el contenido de esta libertad. Por el tipo de subjetividad que la hace posible, y por el que reproduce. (Las condiciones de la subjetividad imperante son, aquí, nuestro problema, no el estado económico y social directamente).

2. Sugiero que lo que se ha creado no es la democracia que soñamos, sino un estado de tolerancia en que lo único relevante es la consolidación del modelo económico. No hay de la democracia sino el acto formal de elegir candidatos, llenar puestos estatales, negociar mecanismos de poder.

En lugar del ejercicio participativo, masivo, crítico, de la democracia, se ha creado un mero espacio de palabras y permisividad que encubren la verdadera situación del país. Una construcción en que las palabras crean un espacio ficticio de tolerancia que tranquiliza a la consciencia sin que nada cambie en realidad. La transformación de lo prohibido en cuestión de circulación pública no ha contribuido a resolver los problemas de manera profunda. El problema de lo prohibido no era el acto de la prohibición sino un conjunto de problemas objetivos y reales: asesinatos viles, torturas, violencia del Estado contra el pueblo reproducida y apoyada por la prensa, cesantía total o disfrazada como subempleo o empleo parasitario, drogadicción, prostitución juvenil e infantil. El mero acto de levantar la prohibición sobre las palabras que aludían a estos problemas no los resuelve.

El publicar un detallado informe de las atrocidades cometidas y pedir perdón a los sobrevivientes no completa aún un acto de efectiva justicia. El llevar a juicio a los culpables directos sin que se puedan dictar sentencias efectivas, y renunciando a encontrar las responsabilidades mayores, produce un estado anestesiante en que todo parece que pasa y nada pasa realmente. La virtud de la tolerancia

se hace represiva cuando se transforma en un vehículo para evadir la realización efectiva de justicia. Lo que toleramos no es sólo lo que nunca debió estar prohibido sino, también, el estado de compromisos que oculta la permanencia de la injusticia en medio del discurso del cambio.

Cuando la tolerancia no es más que la forma disfrazada de la hipocresía tiene que producirse forzosamente un impacto en la moralidad pública, y éste se traduce forzosamente en un impacto sobre las formas de la subjetividad común. Sobre todo los jóvenes, y cada día más los niños, aprenden con rapidez el doble estándar de las palabras. Justicia no significa justicia, la reconciliación aparece como un discurso de conveniencia, democracia significa nuevos nombres y nuevos cargos en los infinitos empleos estatales, crecimiento con equidad significa que mientras un tercio de la población crece de manera digna otro tercio debe conformarse con políticas asistenciales. Los jueces avalan la idea de que hubo un estado de guerra para legitimar las ejecuciones con juicios sumarios, y lo niegan cuando éste se invoca para protestar por las violaciones de los tratados sobre prisioneros de guerra.

No es suficiente con que un joven sea inteligente, hoy debe tener también la cualidad acomodaticia de la astucia. Lo que se dice no es necesariamente lo que se piensa, no porque haya prohibiciones, de hecho todo el mundo dice que no las hay, sino porque hay abundantes ejemplos sociales e institucionales de que es preferible no enfrentarse con alguien que tiene poder. El efecto de la arbitrariedad dictatorial ha traspasado completamente los ámbitos de la vida pública. Una secretaria, un oficinista cualquiera, un profesor que pone notas, o un chofer de micro con el pie en el freno, nos puede hacer víctima momentánea pero precisa de su pequeña, o ínfima, cuota de poder, y nos hemos acostumbrado a la idea práctica y eficaz de que reclamar mucho puede ser peor. Pero también, al revés, descargamos diariamente nuestros propios privilegios contra los empleados de tiendas, contra los que se ven obligados a servirnos ocasionalmente en algún aspecto, contra los peatones.

3. Se ha construido un país en que el fantasma insaciable del consumo llena de satisfacciones parciales y frustraciones profundas. Nunca logramos completamente la satisfacción, a cada paso resultamos afectados por frustraciones de algún tipo. Todos los que pueden luchan por poseer un auto, y las calles son intransitables. La agresividad de los conductores en este país, la mayoría de ellos pacíficos como peatones, es abrumadora. En 1992 40.000 personas resultaron heridas y 1.700 muertas en accidentes de tránsito. Casi cinco muertes diarias, la primera causa de muerte en el país. Esto ha representado un costo de 140 millones de dólares de despilfarro consumista. El tercio de la población que más consume ha despilfarrado el equivalente a un mes de toda la masa de salarios del tercio más pobre sólo en choques de autos. Cualquiera de ustedes, que seguramente manejan, sabe que las principales causas de la agresividad de los conductores son el stress y la frustración.

El trato hipócrita del tema de la sexualidad es otro indicador del estilo de la tolerancia actual. Los derechos sexuales de las mujeres, los homosexuales y los jóvenes son tratados con una prudencia y decoro exquisitos, mientras la tradicional sexualidad machista es elevada a la categoría de consumo, y crece sin impedimento alguno. La pornografía agresiva y de bajo nivel no es necesaria (aún). Para un país que tiene a pesar de todo un cierto nivel cultural, y que está lleno de profundas vergüenzas cotidianas, resabios de un pasado religioso, encubiertas por una muy delgada capa de poses modernistas, es preferible la pornografía blanda del cine comercial (Nueve semanas y media, Orquídea Salvaje, El Mujeriego), de la publicidad o de las revistas de modas.

Esta tolerancia del agrado, del lucimiento y cuidado gimnástico del cuerpo, de las dietas, y la sobre valoración de ciertos tipos de belleza (todo en los cánones de un machismo apenas sofisticado) es represiva porque promueve la idea de que todo está bien, porque la exaltación de lo que permite oculta lo que discrimina, porque se establece en el juego de una doble moral, donde los jóvenes pueden hacer lo que quieran siempre que no embaracen a una niña, donde las niñas pueden hacer lo que quieran siempre que no se sepa, donde se puede saber todo lo que pasa siempre que no se diga, donde se puede

decir cualquier cosa siempre que no sea en voz alta. Cada día las mamás saben más acerca de lo que hacen sus niñas, pero todo puede quedar así mientras no se explicita. Los papás machistas se siguen sintiendo orgullosos de las gracias de sus niños, siempre que no se pasen de pajarones. Todo el mundo sabe que es preferible usar preservativos, pero no se puede decir en la tele.

En un país en que la mitad de la población se alimenta mal, la moral del agrado corporal crea una nueva forma de discriminación. Curiosamente esta vez los que comen demasiado también resultan afectados. No sólo el alarde del consumo divide enojosamente a los chilenos, los restaurantes llenos, las tiendas de ropa llenas, las calles llenas de autos, en un país en que un tercio de la población vive en la miseria. También el alarde corporal crea una aristocracia de nuevo tipo, que sabe obtener sus privilegios. Los gordos, los feos, los oscuros, los demasiado flacos, los que se llenan de espinillas, los demasiado altos o demasiado bajos, aparecen como nuevos marginales.

4. La subjetividad común ha sido invadida desde la televisión, desde la publicidad, de tensiones y neurotismos. La obsesión por el bronceado, por la dieta, por la gimnasia, por la imagen en el espejo o ante la cámara. La tolerancia que abre estos espacios es represiva porque introduce más tensiones que las que logra aliviar de manera efectiva.

La tolerancia imperante es represiva porque permite y fomenta la doble moral y, en cambio, ridiculiza y combate las perspectivas utópicas (de izquierda o de derecha) que aspiran a cambiar el mundo.

Es represiva porque su permisividad aparente encubre y refuerza la falta de posibilidades reales de los marginados. Porque consagra un estado de cosas en que la tercera parte de la población nacional simplemente sobra. Es represiva porque abre un espacio de falsa buena conciencia y conformidad entre los que consumen, y de falsas expectativas entre los que arriban.

El horizonte democrático ha sido profundamente desencantado por la realidad de la tolerancia que practica. Cuando se luchaba por la democracia hubo al menos algunos momentos en que la sensibilidad

pública creyó realmente en ella, en sus virtudes profundas, y se atrevió a decirlo, y ocurrieron cosas. Hoy nadie cree realmente que la democracia que se ha conseguido tenga esas virtudes profundas que se soñaron, pero nadie lo dice. Así es la cosa. Parece preferible no reclamar demasiado y aprovechar el tiempo de mejor manera. Se ha aprendido la lección: la política es el arte de lo posible, y si no se puede, no se puede.

¿En qué puede convertirse la subjetividad común cuando las esperanzas se van vaciando de contenido?. ¿Qué clase de aparato mental poseen los que mantienen las formas pero saben muy claramente que hay que vivir de otra manera?. ¿Qué efectos sobre la salud pública puede tener el que los jóvenes aprendan tan rápidamente a ser realistas, y a respetar el doble juego?. Los más confundidos, los lentos de siempre, llegarán a la consulta de los psicólogos, los orientadores familiares, los gurúes del momento, sintiéndose feos, pajarones, torpes, discriminados, vagamente culpables. ¿Les diremos los intelectuales, con el arte exquisito de intervenir bajo el lema de no intervenir, cómo es la cosa?. ¿Adaptarán sus conductas a la normalidad?. ¿Se harán consistentes consigo mismos para que puedan ser consistentes con su entorno?. ¿Reforzarán su yo racional contra las exigencias infantiles de placer o verdad?. ¿Intentaremos los intelectuales que sean tolerantes consigo mismos y con los otros?. ¿Qué contenido tendrá esa tolerancia?.

5. Por supuesto que todo sería más fácil, si la locura existiera. La locura puede ser el lugar donde logramos aprehender lo que no nos resignamos a considerar como normal, como el orden de los hechos establecidos. La locura en aquellos que no entendemos. Nuestra propia opción por una cierta locura, romántica, que nos salve de la complicidad.

Todo sería más fácil si la locura existiera.

Podríamos creer que los torturadores están enfermos y así no tendríamos que enfrentar el espanto de su premeditación, de su racionalidad, de su cálculo frío del dolor. Podríamos creer que los que están enfermos de miedo, enfermos de frustración, enfermos de pobreza, están simplemente enfermos y pueden ser tratados como tales, como si el miedo, la frustración o la pobreza fuesen problemas clínicos.

Podríamos creer que nuestras vidas no son tan mediocres, pequeñas y apagadas, no son tan triviales y mezquinas, porque quizás nos salva algún dejo de locura, algún halo de magia, un Roschard alterado, un falo no resuelto, una colusión doble vincular. Como si la mediocridad, la pequeñez o la trivialidad fuesen problemas mágicos. Podríamos descubrir en el interesante mundo oculto de la gente lo interesante que somos nosotros mismos, que parecíamos tan fomes.

La locura podría darnos el halo mágico de minoría perseguida que oculta nuestra impotencia ante la determinación histórica. La locura siempre es un refugio para la derrota. Siempre que asumamos como un hecho, claro, que ante la derrota no cabe más alternativa que buscar refugio. La locura es un ámbito técnico en que por fin podemos creer que sabemos algo definido sobre las relaciones humanas y podemos jugar a dominarlo. Como los locos no tienen derechos civiles podemos jugar con ellos a la manera de Frankenstein mentales más o menos sutiles y ver las maneras sorprendentes en que reaccionan. La locura es la idea más adecuada para el poder burocrático que querría justamente vernos a todos en el manicomio, dominados por técnicas definidas.

Los que se creen locos creen justamente lo que el poder quiere que todos crean. La asociación entre la rebeldía y la locura es fácil de destruir. Muy luego los rebeldes resultarán simplemente locos y podrán ser curados o exterminados con legitimidad. El que se hace el interesante sintiéndose loco no sólo ha llegado al lugar de su derrota, ha puesto también las armas de su destrucción en manos del enemigo.

El mito de la locura, que fue inventado para encerrar de manera legítima a los pobres, que fue extendido para llenar el vacío existencial de los privilegiados, que es mantenido como excusa discriminatoria, será usado tarde o temprano para el exterminio racional. La iglesia científica necesita el pretexto de la locura tal como la otra necesitó el de la herejía.

6. En la época de la tolerancia la psicologización puede convertirse, más que nunca, en un instrumento de dominación. Consideremos algunos elementos que apoyan este diagnóstico.

La subjetivización anestesiante, que convierte todo problema de fondo en un mal entendido, en una dificultad de comunicación o disposición, que reduce toda situación social al entorno inmediato de las relaciones interpersonales, promueve la ilusión de que el desarrollo de habilidades cognitivas, o comunicativas, o empáticas, no sólo hará posible ver las cosas de otra manera, sino que nos hará ser de otra manera.

Según la gramática más elemental los sustantivos, o nombres, designan a las cosas. Los adjetivos, en cambio, las cualifican. Los primeros son nombres valóricamente neutros. En los segundos el acto de la valoración es esencial. Ahora bien, en la medida en que las categorías psicológicas aspiran a describir los estados subjetivos, es lógico que sean designadas con sustantivos. Histérico, o neurótico son, para la Psicología, sustantivos.

Es fácil darse cuenta, sin embargo, que todas las categorías psicológicas pueden usarse de manera adjetiva. Desde luego por su relación con el concepto de salud, que muy difícilmente puede ser definido de manera neutra. Pero, además, por el lugar social que el experto en subjetividad, que presume ser el Psicólogo, recibe del prestigio y eficacia de la ciencia.

En la época de la tolerancia represiva, la subjetivización general de las relaciones sociales, que es paralela a la descomposición de las fuerzas sociales en átomos de individualidad manipulables por la fuerza de la comunicación de masas, refuerza la tendencia a la adjetivación autoritaria de las clasificaciones psicológicas. Esto refuerza, de manera consiguiente, la dependencia de los individuos aislados respecto de los pequeños ingenieros sociales que parecen saber tratar la alteración.

Neurótico, disléxico, inadaptado, histérico, fóbico, angustiado, alérgico, obsesivo, hiperkinético, son adjetivos que pueden conducir al Psicólogo. Pero también melancólico, agresivo, solitario, resentido. Incluso extraño, brusco, torpe, desagradable, pajarón, silencioso, hablador, lento, pueden ser el origen de una recomendación de terapia.

Pero ocurre, además, que las categorías psicológicas de todas las teorías están construidas como polaridades que definen un continuo de actitudes, posturas o estados subjetivos posibles (desde la neurosis hasta la psicosis, de la obsesión a la manía, de lo estimulante a lo aversivo, de la empatía a la agresividad). Estos continuos de estados no son sino formulaciones cualitativas del continuo de grados que puede expresarse con los números reales. Si se considera la forma en que están concebidos resulta que no sólo hacen posible entender las situaciones características.

En la medida en que estos continuos no tienen términos medios definibles con claridad, ocurre que prácticamente cualquier actitud o estado subjetivo que se desvíe del promedio instantáneo y fluctuante de las situaciones interpersonales puede ser adjetivado como digno de consulta al Orientador, o al Psicólogo, o al Psiquiatra (más allá del cual, por si aún no es suficiente, siempre tendremos el respaldo de la Policía).

Los gremios profesionales asociados a la tendencia general a la psicologización, al igual que el de los médicos, han logrado construir, de esta manera, redes de dependencia que atan a cualquier individuo, sea cual sea su estado subjetivo, a la necesidad de consultarlos. Pero, a diferencia de la medicina, lo que está en juego en la dependencia psicológica es, directamente, el equilibrio micro social, es decir, el conjunto de los mecanismos a través de los cuales se afirma y reproduce la normalidad.

Esta "normalidad" no es hoy sino la de la tolerancia represiva. La psicologización general, en sus expresiones institucionales, se revela como un instrumento de dominación. Puede ser estableciendo los modelos de normalidad en un Colegio, en una oficina, en una familia. Puede ser llevando el modelo del agrado corporal de las capas medias a las poblaciones. Puede ser estableciendo instancias mediadoras en los conflictos de la familia moderna en crisis. Puede ser contribuyendo al aparente descubrimiento de lo interesante que es nuestro inconsciente, en contraste con nuestras vidas tan triviales. Puede ser como complemento subjetivo de las dietas, las creencias orientalistas y la gimnasia agradable. Puede ser a través del tratamiento individual de las dificultades internas que impiden gozar mejor.

7. La psicologización de las relaciones sociales, tanto en los ámbitos profesionales que se dedican a ella, como en los espacios teóricos en que se legitima el atomismo extremo del individualismo sensualista, es un índice del carácter totalitario de la época, encubierto apenas tras sus apariencias democráticas. El capitalismo clásico y sus virtudes naufraga ante la burocratización general del poder, de la cultura, de la vida cotidiana. Una nueva era de dominación y terror sofisticado se impone por todas partes en el mundo. La psicología es un espacio privilegiado para construir las armas de su crítica.

Santiago, Marzo de 1993.-

II. La Psicología en Chile y la crisis de la subjetividad moderna

1. Con la caída del socialismo real, aún considerando la enorme distancia entre lo que esas sociedades eran y lo que decían ser, el mundo occidental (desarrollado o postergado) ha perdido no sólo lo que se veía como su enemigo principal, sino, también sus propias ilusiones.

Considerada en perspectiva al mismo tiempo histórica y psicológica, el temor y el odio del mundo occidental por el mundo comunista resulta íntimamente relacionado con sus propias utopías explícitas o encubiertas.

La perspectiva comunista mezclaba de manera diabólica tanto los mejores propósitos de la utopía occidental (igualdad, libertad, fraternidad) como sus peores consecuencias reales (totalitarismo, administración de la vida, burocratización). En la lucha contra el comunismo el fanatismo occidental mezcló tanto sus temores por lo subversivo de su propia utopía (temor a la posibilidad de que nuestros sueños nos vuelvan distintos), como su temor a las consecuencias de su propio desarrollo real (temor a que lo que hemos emprendido resulte exactamente lo contrario de lo que buscábamos).

Ocurre que al ser derrotado el comunismo se logró derrotar la perspectiva utópica en lo que tenía de bueno (y de subversivo) pero no a las propias tendencias internas a la totalización. Occidente se quedó sin sus sueños, abandonado a su propio desarrollo concreto.

Derrotó las ilusiones de su juventud sólo para encontrarse cara a cara con la realidad de su vejez.

2. Con el estilo de su prosperidad (que combina el consumo estéril y la marginación cruel y despiadada) el mundo occidental no sólo ha ganado bienestar, sino que, también, ha perdido las virtudes (como la solidaridad cotidiana, la familiaridad, la amabilidad caballerosa, el ritmo apacible de la vida) bajo las cuales ese bienestar podía tener sentido. La lógica de la industrialización forzada, del armamentismo y la explotación indiscriminada de los recursos naturales, la competencia anárquica y la regulación catastrófica, llevaron a los hombres a la Luna y a Viet Nam, a la extrema sofisticación de la cultura y a la drogadicción masiva, a la revolución de las comunicaciones y a la soledad despiadada de la competencia.

La orientación armamentista de la industria, sumada a la ambición ciega y destructora de la especulación financiera de los años 70, ha significado la bancarrota y la derrota final, interna, de los Estados Unidos. Alemania y Japón han obtenido fuertes ventajas en la renovación industrial, el uso de las tecnologías de punta y el crecimiento relativamente equilibrado. Ahora que los países que fueron comunistas se abren como un enorme botín por conquistar, la Comunidad Europea, con considerable ventaja alemana, en el área europea, y Japón, en el área asiática, casi no tienen competidores. La economía, la cultura, la vida cotidiana, de los norteamericanos se ha degradado a niveles no registrados desde la gran recesión del 29. En la medida en que, como nunca antes en la historia, las economías desarrolladas están íntimamente ligadas por toda clase de intereses y vínculos productivos, financieros y comerciales, el impacto de la crisis norteamericana afecta visiblemente a todo el mundo.

3. El general griego Pirro, Rey de Epiro, invadió Italia el 280 A.C. y se enfrentó a los romanos en la batalla de Heraclea. Era la primera gran confrontación entre griegos y romanos. Y aunque Pirro ganó la batalla, sus pérdidas fueron tan grandes que tuvo que retirarse de Italia. El 274 A.C. atacó y venció de nuevo, y nuevamente sus pérdidas fueron enormes, hasta el punto de que al volver a Grecia sus enemigos lo derrotaron fácilmente. Se dice que murió golpeado por una teja que

una mujer lanzó desde un techo mientras intentaba tomar una ciudad. Desde entonces las victorias que implican pérdidas mayores que los beneficios han sido llamadas por la tradición "victorias pírricas".

El mundo occidental ganó la batalla contra el comunismo, la batalla por su propio progreso, a costa de su propio derrumbe interior. Una victoria pírrica.

Más allá, sin embargo, de la crisis objetiva que implica el enorme proceso de reconversión industrial desde la industria de guerra a la industria de consumo, es el impacto de los vicios de la prosperidad misma, donde la hay, lo que impresiona más profundamente.

4. Las capas medias tradicionales, que fueron el grueso de la población de los países desarrollados y los sectores políticos dirigentes de la mayoría de los países pobres, que constituían el sostén principal del liberalismo democrático, que eran la principal fuente del sentido común y de la cultura masiva, se descomponen de manera progresiva.

Las nuevas formas de la producción moderna tienden a crear una brecha económica, social y cultural, cada vez más profunda entre un sector de muy amplia integración productiva y consumo, y un sector fuertemente marginado. Las diferencias entre las capas medias integradas y los sectores más ricos disminuyen. Las diferencias entre los sectores integrados y los más pobres se hacen impresionantes. No sólo surgen enormes sectores de marginalidad y postergación. Ocurre simultáneamente que aparecen sectores muy significativos con altos índices de consumo.

Nunca en la historia humana hubo tantos seres humanos, en términos relativos y en términos absolutos, que consumieran tanto. Nunca hubo tantos pobres. Nunca antes en la historia humana existió una cultura masiva basada en el alto consumo. Nunca antes los pobres estuvieron tan lejos y tan cerca.

5. La crisis de las capas medias afecta directamente al oficio y a la vida cotidiana de los psicólogos. Ocurre que la principal fuente de los patrones de conducta aceptados socialmente, de los patrones que constituían nuestros criterios de normalidad y salud, era justamente

el amplio sector de consumo medio que mantenía el equilibrio público de las sociedades moderna. (Es obvio que muchos equilibrios, regularmente los más importantes, nunca han sido públicos).

La cordura tradicional que, con sus virtudes y sus defectos, ofrecía una idea de normalidad, una perspectiva de progreso, un cierto ideal de productividad y de articulación social, ha ido dando lugar a un profundo quiebre entre una sensibilidad competitiva, calculadora, consumista, hedonista, individualista, que tiende al logro inmediato y a la producción especulativa, que tiende a la apariencia exterior y al goce del momento, y una sensibilidad de la marginación, llena de violencia apenas contenida, llena de la enajenación en la expectativa del consumo fácil, llena de las desesperaciones cotidianas de la pobreza absoluta y de las estrategias parasitarias de la sobrevivencia.

El sentido común moderno, su normalidad clásica, con todo lo que tenía de represivo, pero también con todo lo que tenía de factor estabilizador y lógica del progreso, se ha perdido. Socialmente vivimos un estado de la subjetividad común muy cercano a la locura.

6. Los muy amplios sectores de nuestro país que han logrado insertarse con éxito en el nuevo sistema económico viven en un estado casi triunfalista. Ha vuelto la democracia de manera pacífica y aparentemente estable. Se ha dado una respuesta a los problemas de derechos humanos que logra al menos la impresión de que se ha superado el problema y, en todo caso, evita procesos más profundos de reparación y justicia que pudieran afectar la estabilidad. Los indicadores económicos son favorables y es posible notar su impacto en el bienestar general de los integrados. El peso enorme de la sensación de estabilidad y normalidad ha conseguido disgregar toda explosión de expectativas y todo movimiento esperable de reivindicación de las muchas necesidades postergadas.

Todo parece marchar muy bien. Tanto que, si nos dirigimos a la vida cotidiana de los sectores integrados e, incluso, en una gran medida, a los sectores más postergados, el tema de la situación general simplemente no aparece. Como nunca antes en la historia de este país, que fue una democracia en constante ampliación y de gran participación, las cuestiones públicas han desaparecido de las preocupaciones

públicas. La política ha devenido, para el sentido común, un ambiente sospechoso. La discusión y la crítica se han vuelto incómodas, extemporáneas. Los ciudadanos han dejado de serlo en sentido integral para volverse a la esfera, estrictamente privada, en que esperan aprovechar de la mejor manera sus posibilidades de consumo.

7. El gran mundo moderno ha llegado a nuestro país. Nos hemos llenado de computadores y equipos de video. Hemos ingresado plenamente y sin resguardo alguno a los vaivenes de la economía internacional. Viajamos con más frecuencia que antes. Podemos pagar veraneos y lavadoras nuevas. Se abren tiendas y centros comerciales enormes, incluso en sectores semi populares.

Es cierto que tenemos millones de pobres. Pero todos los grandes países de hoy los tienen. Por lo demás se están emprendiendo grandes planes de beneficio y asistencia social. El desempleo ha bajado como nunca. Los mismos pobres parecen no agitarse demasiado violentamente por su situación.

Nuestros jóvenes de los nuevos y prósperos sectores medios se parecen cada vez más a los jóvenes europeos o norteamericanos. Nuestras familias de clase media se parecen cada vez más a lo que fueron las familias modernas de los países desarrollados. Nuestras modas están al día. Hay sectores asombrosos de la gran ciudad que podrían ser lugares de cualquier parte del centro del mundo. Podemos exhibir incluso, con orgullo, unos niveles de normalidad y tranquilidad en las ciudades que ya no existen en las grandes ciudades del mundo desarrollado.

8. La modernización del país abre grandes campos de ejercicio profesional para los futuros psicólogos. La Psicología como ejercicio institucional se ha desarrollado realmente de manera efectiva, a lo largo del siglo XX, para las capas medias. Su suerte profesional, sus variantes teóricas, sus métodos terapéuticos, han estado visiblemente vinculados con el desarrollo y los vaivenes de los sectores que pueden pagarla. No es un secreto que la terapia familiar tiene su origen obvio en los problemas que derivan de la crisis de la familia clásica. Tampoco es un secreto que las psicoterapias breves tienen su origen explícito en el problema del costo económico de la terapia para el paciente.

Pero esta constatación no sólo debe alegrar a los que pudieran temer por su futuro profesional.

La primera fuente de preocupación es lo que esta idea de una Psicología pensada para las capas medias olvida. Los enormes sectores marginados del consumo también pueden tener problemas de salud psicológica. ¿Los tienen?. ¿Hacemos algo para saberlo?. ¿Hacemos algo para asistirlos?. ¿Hemos pensado en ese campo como un campo de desarrollo profesional legítimo y posible?. ¿Tenemos los elementos teóricos, tenemos la formación profesional como para considerarlo de esta manera?.

9. Sin embargo, dicho fría y sinceramente, la Psicología no tiene por qué ser una profesión de servicio público. El ejercicio estrictamente privado y liberal de la terapia psicológica no sólo es legítimo y posible, es, de hecho, la realidad de la gran mayoría de los profesionales del área. No sólo la realidad ha impuesto esta norma, también han contribuido a ella las conciencias reales de los que eligen estudiar esta carrera.

Es en este ámbito, que parece ser el más común, es para los que consciente o inconscientemente piensan el ejercicio profesional de la Psicología como un ejercicio privado de atención a pacientes individuales o familias, donde es más pertinente que en ningún otro tener presente el estado de crisis de la cultura y la subjetividad moderna que hemos descrito.

Esto es curioso. Parecería que es a este tipo de futuros profesionales a los que menos les interesa saber en qué estado está el mundo. Sin embargo hoy parece ser al revés. Las cosas ocurren en las capas medias, que serán sus clientelas, de tal manera que las fórmulas tradicionales tienden a ser superadas tanto en el campo de la teoría como en el de la terapia concreta. Esto se puede decir fríamente, ocurre que las capas medias para las que fue inventada la Psicología del siglo XX existen cada día menos. ¡Ojo con el mundo, futuros profesionales liberales!. Hoy estamos en un momento en que si no entendemos todo no lograremos entender nada.

10. La estrecha relación alcanzada entre la economía del país y el conjunto de la economía mundial, con todo el efecto modernizador

que tiene sobre el conjunto de la sociedad, nos pone en estrecho contacto no sólo con las virtudes del mercado mundial y la vida moderna sino, también, con sus dramas.

Nuestras capas medias acomodadas, lugar principal en que se desarrollaría una orientación clínica del futuro psicólogo, no sólo han accedido al consumo moderno sino, también, a la crisis de las capas medias en general.

Los psicólogos que hoy se forman tendrán que enfrentarse con pacientes posmodernos. Los mismos jóvenes que hoy se forman como psicólogos ya lo son de alguna manera.

El vaciamiento progresivo del sentido de la vida que empieza a afectar a los adultos, que los hace inestables, que los llena de crisis cotidianas ante el trabajo, ante la vida familiar, ante la expectativa de los goces negados por la vida, resulta en una imagen parental progresivamente deteriorada ante los jóvenes. Las adolescencias que se adelantan, inducidas por los patrones conductuales que se propagan en la publicidad, a los once o doce años, y que se retardan hasta los veinticuatro o veintiséis años por la falta de espacios laborales calificados claros, nos pone ante diez a doce años de vida al mismo tiempo dependiente y liberal.

Nuestros jóvenes acomodados pueden fácilmente consumir marihuana o cocaína sin que sus padres lo sepan: debemos poner especial atención al efecto que tiene sobre la salud psíquica del joven la certeza que tiene de que es capaz de engañar a sus padres fácilmente o, peor, la convicción inconsciente de que los padres prefieren no saber. Nuestros jóvenes acomodados pueden fácilmente tener relaciones sexuales antes y fuera del matrimonio en una sociedad que aún no se ha liberalizado públicamente al respecto. En este caso existe la convicción general de que los padres sí lo saben, a pesar de que no lo acepten, y de que se sienten claramente trascendidos por sus hijos, reaccionando de formas completamente contradictorias ante la explicitación. ¿Sabemos cuántas niñas abortan durante sus estudios universitarios?. ¿Notamos que esto ocurre con enorme frecuencia?. ¿Nos importa?

11. Ya estamos en presencia, en todas las capas de la población, en las escuelas, en la calle, en la Universidad, en los hogares, de las consecuencias para la subjetividad común de nuestro ingreso triunfal a los circuitos internacionales de la enajenación. Los psicólogos que hoy se forman trabajarán con ellas no sólo en el ámbito de las Psicologías Social o Comunitaria sino, también, en el ámbito acotado y especializado de la atención clínica.

No podremos entender lo que pasa en la consulta sin entender cómo han llegado a formarse los pacientes que llegan a ella. Hasta hace poco, el mundo relativamente estable que se había formado entre los años 40 y 60 en este país y en el mundo al que pertenece, había dado lugar a teorías y técnicas terapéuticas relativamente estables y eficaces. Hoy esa teoría y esa eficacia está puesta seriamente en duda por los profundos cambios en la realidad misma.

Ya no es suficiente con aprender lo que se sabía y aplicarlo de nuevo, es necesario intentar comprender el conjunto para poder hacer algo útil en alguna de sus partes. Todas las opciones de contenido en esta Cátedra están condicionadas por este imperativo.

Santiago, 16 de Marzo de 1992.-

es el otoño.

III. Sobre la Condición Social de la Psicología³⁵

1. El estado real, tanto teórico como institucional, de la Psicología, deriva de la crisis de la subjetividad moderna. Las diversas alternativas teóricas desarrolladas a lo largo del siglo XX, la historia de la idea de terapia individual, la emergencia de los paradigmas no clínicos desde los años sesenta, los márgenes de la eficacia de las terapias o de los procedimientos de intervención psicológica están, todos, determinados por las vicisitudes del sujeto real que es, al mismo tiempo, el que ha construido y al que están destinados todos los objetivos de la institucionalidad psicológica.

2. La condición esencial actual del sujeto moderno es la de su crisis. He desarrollado esta idea en otro texto³⁶. Me importa destacar aquí solamente que el contenido central de esta crisis sea la decadencia progresiva de la realidad y de la teoría de la autonomía individual.

Los gigantescos poderes del Estado y del Mercado, su capacidad tecnológica para manipular la diversidad, la producción permanente de patrones de diversidad ilusoria en que los individuos se asimilan bajo la presión social constante a nivel interpersonal, la

35 Este texto fue escrito para el Congreso Nacional de Estudiantes de Psicología, y un resumen fue leído en el panel final, ante los estudiantes, el día 10 de Octubre de 1993. En esta versión, que he dictado como Clase Inaugural del Curso de Teorías y Sistemas para el año 1994, en la Escuela de Psicología de la Universidad Diego Portales, sólo he agregado algunas ideas al punto final, sobre las posibilidades de una Psicología crítica.

36 Ver "Notas sobre la subjetividad moderna".

dependencia de los modelos de conducta grupal y personal de los modelos socialmente aceptables llevada a cada pequeño detalle, al interior mismo del aparato psíquico, por la socialización primaria que se salta los límites tradicionales de la familia y la escuela, la decadencia de la institución familiar, precipitada por la ilusión de la autonomía femenina, de la niñez, o de las minorías, son algunos de los indicios del fin de la era en que el principal valor en el curso de la construcción de la subjetividad era el de su autonomía, el de la privacidad de la consciencia, el del libre ejercicio de la voluntad, posibles en un marco de relaciones sociales que decía favorecerlo.

La introducción de las ideas de inconsciente freudiano, de articulación de instintos innatos bajo interacciones de tipo etológico, la idea de determinación de la conducta desde los sistemas físico químicos, o funcionales del sistema nervioso, la introducción de las determinaciones que afectan a la construcción de la subjetividad desde el lenguaje, la consideración cada vez más profunda de las determinaciones sociales y económicas que actúan sobre la personalidad son, desde fuentes teóricas muy diversas entre sí, índices de la superación teórica, de hecho, casi nunca explícitamente reconocida, del status teórico clásico de la autonomía individual que fue, en los siglos XVIII y XIX un pilar indudable, casi un marco a priori, de toda teorización en Psicología.

3. Quizás sean dos las ideas más representativas de todo este movimiento: en el plano de la efectividad, la de que la institución familiar está en una profunda crisis; en el plano de la teoría, la de que es posible construir una idea intrínsecamente social de sujeto.

Sostengo que la diversidad de expresiones institucionales de la Psicología puede entenderse por la manera en que abordan, directa o indirectamente, la crisis de la institución familiar. Sostengo, paralelamente, que la diversidad de las opciones teóricas en la Psicología actual puede entenderse a partir de la manera en que abordan el estatuto teórico de la autonomía de la individualidad.

La tradición institucional de la Psicología nació para consagrar a nivel científico una idea de autonomía personal que ya la tradición filosófica, desde Kant hasta Hegel, habían puesto en duda. Se desarro-

lló como una disciplina cierta del status de realidad de su objeto, a lo largo del siglo XIX, sólo para descubrir, con Freud, con Watson, con Jaspers, de muy distintas maneras, cuánto de mistificación había en ese objeto supuesto.

La primacía y realidad de la consciencia, la autonomía pura de la voluntad, el carácter de objeto constituido y estable, del sujeto individual, fueron seriamente cuestionados. Sostengo que este proceso es paralelo, y expresión, del sentimiento de que los sujetos modernos estaban en serios problemas. La idea de que puede haber técnicas terapéuticas, que es característica de este siglo, surgió como una necesidad dictada por sujetos que ya no parecían bastarse a sí mismos para sobrevivir psíquicamente a las consecuencias de la modernidad.

Por cierto la idea de terapia individual surgió para y por las demandas de las capas medias. No sólo porque son estos los sectores que pueden costear materialmente sus terapias sino, también, porque es en ellos que la crisis se presenta de manera más directa y expresiva. La subjetividad moderna es, en una muy buena medida, la de las capas medias. Es en ella, ligada a su destino, que se ha desarrollado de manera ejemplar. Las principales corrientes institucionales de la Psicología del siglo XX, que son las que se han propuesto la tarea clínica, y que son las que han actuado de paradigma de las diversas prácticas psicológicas, se han desarrollado en el curso de este abordaje necesario y dramático a un sujeto que se empieza a encontrar sustancialmente fuera de sí.

La idea de que la Psicología sólo tiene sentido bajo la finalidad técnica de la intervención terapéutica, una idea tan norteamericana, como indicaba Piaget, resulta lógica cuando se tienen en cuenta las esperanzas utópicas que contiene y las bases filosóficas en que está fundada.

La corriente principal de la institucionalidad del siglo XX contiene la esperanza, algo mesiánica, de que no se ha perdido completamente la posibilidad de ser por sí mismo, de que es posible restaurar, apelando a un saber y a una técnica objetiva, algo de la autonomía perdida en el vendaval de los cambios, algo de la subjetividad dueña del mundo que se derrumbó bajo el peso de las grandes ciudades, de

los destinos anónimos y anti heroicos, de las desgracias de enormes guerras e incertezas económicas irracionales. La Psicología intentó, en el siglo XX, enfrentar de manera positiva, con la confianza positivista de la ciencia, lo que las vanguardias artísticas expresaron de manera dramática. El éxito de estas pretensiones debe ser medido a la luz del destino del individuo al que intentaron salvar.

4. Sostengo que la eficacia posible de las diversas expresiones teóricas y terapéuticas en Psicología, proviene más del lugar socialmente conferido al Psicólogo que de la certeza del saber en que pretende fundar sus técnicas. El éxito de las terapias está fundado en las diversas maneras en que el Psicólogo ejerce de portavoz de la totalidad social.

No hay más éxito terapéutico que la adaptación "flexible" a la realidad establecida. En la medida en que el mercado ha alcanzado el poder tecnológico suficiente como para manipular la diversidad, para ofrecer patrones conductuales estandarizados pero múltiples, para crear la ilusión de autonomía, la "flexibilidad" de la adaptación se va haciendo creíble. El autoritarismo, temido, de antaño, en que parecía que los procedimientos clínicos no podían sino conducir a la adaptación forzosa y monocorde, parece haber pasado de moda. Toda la sociedad se ha hecho más tolerante, cada vez parece ser más fácil, vivir normalmente, en algún nicho de equilibrio subjetivo que uno haya elegido de manera soberana.

Es llamativo, sin embargo, que, si la realidad parece haberse suavizado, si parece haber un mayor margen para la autonomía, la consulta psicológica parezca, paralelamente, cada vez más necesaria. Si es cierto que la sociedad entera se ha hecho más tolerante, lo que debería ocurrir es que los individuos encuentren en el marco de sus relaciones interpersonales "normales" el espacio en que pueden desarrollarse. Lo que ocurre en cambio es que la aparente tolerancia va dejando tras de sí un campo lleno de incertezas. Ocurre que al individuo moderno le resulta cada vez más difícil, no cada vez más fácil, encontrar un lugar adecuado en que pueda ser, de manera natural.

Sostengo que esta aparente paradoja tiene su origen en el lugar

que la Psicología cumple en la estandarización general y "flexible" de los sujetos. El Psicólogo es, en buenas cuentas, uno de los portavoces sociales autorizados para legitimar los lugares que queremos ocupar en el conjunto o, dicho de manera más realista, actúa como legitimador de los lugares de normalidad que debemos ocupar, si no queremos ser arrojados a alguno de los muchos vacíos de la marginalidad contemporánea en el ámbito de las capas medias: los feos, los lentos, los tímidos, los gordos, los infantiles, los extraños.

5. La sociedad actual muestra su superioridad cultural en esta capacidad de integrar a algún modo de su múltiple normalidad a los que, por las razones que sean, quedan fuera de sus patrones de eficacia. Su "flexibilidad" es totalitaria en la medida en que impide el desarrollo de auténticas alternativas, en la medida en que manipula la ilusión de autonomía, en la medida en que consigue mantener el sistema establecido, con sus sectores de miseria atroz, con su culto a la destructividad y el despilfarro, con sus patrones de consumo suntuarios y aberrantes, con la participación y el "consentimiento" arraigado en su propia estructura psíquica de los miembros que la componen de manera efectiva y eficaz.

El Psicólogo cumple un papel en esta articulación totalitaria de la vida cuando se encarga al nivel micro social, interpersonal, subjetivo; de propiciar alguna de las normalidades que el sistema no ha logrado articular completamente a través de los medios de comunicación masiva que lo han inundado prácticamente desde siempre. Su poder, sin embargo, su "eficacia", forman parte de esta articulación global. No hay en ese poder más saber que el saber enajenado, que acepta lo real como aparece y procede en consecuencia sin preguntarse por su origen, por su sentido, por su costo global. Un saber como este no es propiamente un saber, es, más bien, una ideología de legitimación al más viejo estilo, pero con pretensión de ser un saber real ... como siempre.

6. Al nivel de la intervención clínica individual o familiar, la "eficacia" terapéutica requiere de la participación activa y comprometida del Psicólogo. Ante los pacientes, o "clientes" particulares, el profesional de la Psicología debe aparecer como la autoridad que la

sociedad quiere reconocer en él. Su figura típica de autoridad debe participar de la "flexibilidad" general del ambiente: un Psicólogo no es un policía, ni un vendedor, por mucho que cumpla funciones análogas.

En este compromiso, y en virtud de la profundidad que se le atribuye a su intervención, es crucial su consentimiento: el Psicólogo debe creer que efectivamente sabe lo que dice saber, y que puede hacer lo que dice que puede hacer. En el extremo debe creer que efectivamente puede hacer lo que se cree que él puede hacer.

Aunque las dudas, en este campo son bastante frecuentes, en la medida en que los roles y los papeles se cumplen, los márgenes de la eficacia aceptable quedan salvados, si, al menos, cumple con las dos confianzas primeras: confianza en su saber, confianza en que es de ese saber que proviene la eficacia de sus técnicas.

Cuando descubrimos, sin embargo, que no hay una conexión necesaria entre el saber psicológico y su eficacia, cuando postulamos que esa eficacia proviene más bien de su lugar social que de ese saber, encontramos que el acto de la intervención clínica en Psicología está atravesado por su enajenación. Hay una diferencia flagrante entre el discurso del Psicólogo ante su paciente y ante sí mismo (y también entre el discurso del paciente ante el Psicólogo y ante sí mismo) y el contenido real de ese discurso. Una diferencia que es vivida como su contrario: como una situación de certeza, o de márgenes de certeza aceptables.

Enajenación no es lo mismo que mentira, o que falsedad. No es sinónimo de mentira porque los actores no tienen consciencia de la diferencia, y no la ejercen voluntariamente. No se puede decir que un cuento es una mentira cuando es creído o, mejor, cuando es vivido como verdad por el que lo cuenta e, incluso, por el destinatario. No es lo mismo que falsedad porque la situación que la contiene ocurre realmente y, desde dentro, de manera aparentemente transparente.

7. Cuando sostengo que el acto de la "eficacia" terapéutica es un acto enajenado no quiero decir que los Psicólogos no "curen" a sus pacientes, o que no obtengan de ellos los resultados, de la clase que sean, que se proponen obtener.

Lo que sostengo es que la raíz, el sentido, el contenido, de esa eficacia, escapa al saber que, supuestamente, se ha puesto en juego. No digo que las terapias no resulten, lo que digo es que su éxito ocurre por razones que están fuera de ellas, y que se escapan a la consciencia de sus actores. Muchas líneas teóricas pueden, en este marco, obtener resultados positivos. De hecho la situación real es que muchas lo obtienen. Pero lo hacen en virtud de que coinciden en mecanismos que están fuera de la esfera en la que dicen estar concentrados, de la esfera de la individualidad, o de la familia.

Un examen de estos mecanismos, sin embargo, no conduciría, tampoco, a una eficacia mayor. Sostengo que es parte consustancial del acto terapéutico el que sus claves no sean visibles. Es un acto que funciona bajo la condición de no aparecer. Cuando aparece, cuando se explicita en su contenido, se deshace en las manos bajo la forma de resistencias, de nuevas estrategias de ocultamiento. Cuando se insiste en tenerlo a la vista simplemente no funciona. En este sentido los aparentes actos de consciencia de algunas formas terapéuticas, como los compromisos terapéuticos, los análisis didácticos, las estrategias construidas en complicidad con el paciente, o aparentemente a partir de él, deben ser interpretados más bien como formas de consciencia que reemplazan a una consciencia o, más directamente, como partes del mecanismo de la enajenación general. Esta es en realidad la manera en que la enajenación funciona: construyendo un cuento que puede vivirse, para todos los efectos prácticos, como si fuera una verdad.

8. La crítica a la enajenación terapéutica no persigue mejorarla o suprimirla. No puede mejorarla. Está completamente fuera de sus manos suprimirla. Su problema es comprenderla, y poner esa comprensión en la tarea de comprender el destino de la subjetividad moderna en general.

Varios resultados "prácticos", sin embargo, pueden deducirse de ella. Desde luego, vistos desde aquí, muchos procedimientos terapéuticos aparentemente inofensivos o, incluso, aparentemente en teoría muy bien fundados, aparecen como formas de fomentar la dependencia entre el Psicólogo y sus pacientes. Una Psicología crítica debe interesarse por este efecto.

La dependencia terapéutica autosustentada en teorías cerradas, que no ofrecen al paciente alternativas reales de crítica, es una de las formas más indignantes del sometimiento social. En el extremo los disidentes pueden ser declarados locos, o "desequilibrados", y sus derechos pueden ser suspendidos en virtud de recomendaciones médicas, que reducen y hacen innecesarias las intervenciones de la policía. En una situación mucho más común, y más tolerada, miles y miles de personas inocentes e incautas padecen de las tiranías de sus Psicólogos, en detrimento del precario patrimonio y la precaria autonomía que pretendían salvar, mientras sus benefactores, por cierto, se sienten dando sus vidas en beneficio de la salud y la armonía humana.

En un plano menos político, la situación de enajenación general invita por sí misma a preguntarse por las maneras efectivas en que la subjetividad se constituye. Sostengo que ya está presente, en muchas de las teorías contemporáneas, la respuesta a esta cuestión: la subjetividad individual no tiene ni su origen, ni su centro, en ella misma. El "descentramiento" de la subjetividad individual empieza a ser un lugar común. La idea de subjetividad colectiva está ya presente, sin que sea explicitada, en las teorías actuales. En términos filosóficos este problema está relacionado con una posible auto consciencia de la Psicología: un saber en que pueda reconocer su origen y sentido en la totalidad social.

En el plano pedagógico otro problema interesante que surge de esta perspectiva es el que resulta de examinar la manera en que los Psicólogos llegan a integrarse a la institucionalidad en que ejercerán como profesionales. El problema del mecanismo concreto por el que se ingresa a la enajenación reinante ... con buena consciencia. Proponer ideas en este orden puede ser una manera para imaginar una Psicología crítica, o alternativa, que se pregunte profundamente por su condición social.

9. En el plano más político la idea de que es posible devolver la salud y la armonía a los individuos a través de técnicas terapéuticas individuales prolonga y mantiene la ilusión de la autonomía personal en una época en que, manifiestamente, está en decadencia.

La idea clínica de la Psicología es un resabio y una nostalgia del

pasado. Tanto el Estado como el Mercado la reducen cotidianamente al absurdo. La ilusión de autocontrol, de autonomía, que las terapias pueden llegar a ofrecer a sus clientes, no hace sino reforzar el espejismo de la autonomía personal, que es la base, en el nivel subjetivo, del actual dominio de la rebeldía social.

La idea de que hay procedimientos clínicos identificables y eficaces refuerza en la mentalidad pública un modelo médico de la subjetividad: habría expertos en subjetividad. La flexibilidad con que se ejerce encubre la base autoritaria desde la que está sostenido. La autoridad del Método Científico, la autoridad de disciplinas "duras" como la etología, la neurofisiología, la estadística moderna, es puesta como base de una manera tecnológica y tecnologizante de las relaciones interpersonales. Tal como en la economía, el campo de la Psicología sería un asunto de expertos.

Por cierto las pretensiones institucionales son tocadas aquí directamente. Para la Psicología profesional no puede sino ser un fundamento firme el que haya esa calidad de experto. Por mucho que las terapias consientan en la intervención activa del paciente, es esencial, para que haya profesión de Psicólogo, el que no cualquiera pueda cumplir con su papel. La institucionalidad defiende la enajenación imperante porque la identifica con sus intereses.

No es casual que las discusiones críticas, en que se puede poner en duda el sustento de la institucionalidad en el saber sean suspendidas, en la práctica, bajo el argumento que se estarían tocando ámbitos "técnicos" en torno a los cuales sólo los especialistas podrían opinar con rigor. La mirada beatífica que el experto dirige sobre el crítico en estos casos ("no pueden entender porque no saben lo suficiente") es el equivalente laico de la mirada comprensiva del Psiquiatra sobre el loco ("no saben lo que hacen"), y se sustenta en el supuesto de que efectivamente habría un saber cierto y eficaz. Es esta premisa justamente, por cierto, la que puede ponerse claramente en duda.

El sentido común, sin embargo, apoyará una versión "seria", "profesional", "técnica", de la práctica psicológica. Esto es algo que se debe tomar muy en cuenta: la mitad del peso de la institucionalidad psicológica lo pone el público. Tiene su origen y sentido, ni más ni

menos, en la necesidad pública de encontrar "sanadores" de las angustias de la individualidad sobrepasada. La Psicología "normal", al aceptar este papel, al ponerlo como la base de sus prácticas, no hace sino consentir con la ilusión imperante y funcional: que es posible restaurar la autonomía.

No hay, por lo tanto, más eficacia de las prácticas clínicas que la permitida por la sociedad, de manera tautológica, a través de sus portavoces. La eficacia clínica no es sino la eficacia de la adaptación a los niveles aparentemente diversos de una normalidad manipulada.

Para que esto sea posible el Psicólogo necesita no saberlo, su eficacia es función de su ignorancia del papel real que cumple. Su eficacia descansa en un acto de enajenación: hay una diferencia entre lo que su discurso proclama como fuente y la fuente real desde la que efectivamente recibe su poder.

Como en todo acto de enajenación, el problema aquí no es la ignorancia subjetiva (o el posible conocimiento) que tengan sus actores sino, más bien, su ignorancia objetiva, es decir, la que determina una situación objetiva que los trasciende. Aún en el caso de que un Psicólogo se haga consciente de esta doble verdad (la de la teoría versus la de la realidad que la sostiene) el posible saber no lo habilita para superar esa diferencia. El origen de la diferencia lo trasciende completamente. Ese origen no es sino el proceso a través del cual, de esta y de muchas otras maneras, el nuevo totalitarismo burocrático ha empezado a administrar los espacios de la subjetividad individual.

10. En el plano más filosófico el problema tiene su origen en el hecho, cierto y dramático, de que la autonomía personal siempre ha sido una ilusión. Una de las ilusiones fundantes de la modernidad. Hay varias perspectivas teóricas desde las cuales se puede sostener esta conclusión. El que sean varias ya es, de por sí, indicativo.

Al respecto se puede recordar la clásica y demoledora crítica de Kant a la idea de Yo en la Crítica de la Razón Pura, se puede recordar la idea de la constitución de la moralidad y el espíritu del pueblo en Fichte, se pueden recordar las largas y detalladas explicaciones de Hegel en la Fenomenología. Sostengo que el cúmulo de razones sostenidas allí es simplemente abrumador, y puede tenerse por pro-

batorio. No podemos, sin embargo, ser tan exigentes con los técnicos en subjetividad. La ilustración filosófica no es, desde luego, la principal de sus virtudes.

Pero la alusión filosófica quizás se hace innecesaria. La idea de que el Yo no es sino un efecto del lenguaje, no es sino la consciencia del cuerpo, no es sino un lugar construido por la represión, o no es sino un lugar de inscripción en el universo simbólico; son todas ideas desarrolladas en la misma Psicología contemporánea, sin consciencia explícita del trasfondo filosófico, sumamente clásico, en el que tienen sentido, y sin expresión efectiva en la técnica, ámbito en el cual, cada una de ellas, invariablemente, termina por restaurar el mito que sus fundamentos niegan.

Sostengo que ya hay elementos teóricos suficientes para distinguir con claridad las ideas de subjetividad personal, subjetividad construida socialmente y trans-subjetividad. Creo que esta distinción puede ser un buen marco para la discusión teórica del problema. En ella la realidad de la trans-individualidad debería ahogar naturalmente a la ilusión de autonomía. Si esta consecuencia no se saca con todo el rigor que es posible, es, simplemente, por razones extra filosóficas. Esto no es para nada raro: las discusiones filosóficas se resuelven siempre en el ámbito extra filosófico. Claro que los filósofos pueden decir lo suyo ... pero el devenir del mundo efectivo, invariablemente, se les escapa

11. En el plano de la formación de los Psicólogos las constataciones son del mismo estilo.

En la medida en que el "éxito" profesional depende de un acto de enajenación, también en el ámbito de la formación de los Psicólogos, podemos encontrar el acto de enajenación inaugural que los convierte en profesionales legítimos. Ese momento se alcanza cuando, tras múltiples dudas e incertidumbres, las que producen, ni más ni menos, la extrema precariedad de las propuestas teóricas, el estudiante "descubre" la línea terapéutica que lo satisface.

Los más entusiastas descubren la pólvora. Los más críticos se resignan a alguna fórmula que presiden con un "por lo menos": "por lo menos en esta línea se consigue algo". La debilidad tanto de los

entusiasmos como de los escepticismos no hace sino encubrir una situación de profunda impotencia: los tiempos en que era posible un equilibrio y una normalidad personal autónomas ya han pasado.

La dura alternativa real, para un estudiante de Psicología, es la de adaptarse a la función "normalizadora" de la institución psicológica, o resignarse a una eterna guerrilla anti institucional, que pone en duda permanentemente su "seriedad" como profesional. Esta alternativa tiene su origen en que ha ingresado al ámbito de la Psicología víctima de una ilusión, y en las consecuencias que tenga el llegar a verla de manera transparente ... cuestión, por cierto, que no tendría por qué ocurrir nunca.

Hay que ser, sin embargo, si se puede, aún más duros y realistas. La crisis de la subjetividad clásica se refleja, también, en la crisis de la institucionalidad psicológica. Hoy, como nunca antes, toda clase de desafíos extra institucionales son generados desde los ámbitos en que la mentalidad posmoderna está consagrada.

La práctica de la Psicología como uso suntuario, como técnica cosmética, como técnica de relajación profunda o de ejercicio de la permisividad, es cada día más común. Una vasta literatura parapsicológica, hedonista, permisiva, llena del cálculo racional del mercado de las subjetividades en competencia, llena del ansia de traspasar los límites clásicos de manera simplemente gratuita y gratificante, inunda, desde las revistas femeninas, desde los medios dedicados al "crecimiento personal", el espacio que parecía exclusivo de los profesionales consagrados.

La figura del Psicólogo, en estos espacios, puede parecerse mucho a la del tarotista, a la del que hace "gimnasia integral", a la del quiromántico o intérprete de sueños, a la del que promueve el Tai Chi, la meditación trascendental, la vocación orientalista en clave corporal. El Psicólogo es aquí, por cierto, apenas algo más que uno entre muchos integrantes de la muy amplia micro industria del espectáculo. Nadie pretende que en este espacio no haya enajenación. Aquí el discurso es mucho más llano, simple y directo: después de esta vida no hay otra, la ciencia no comprende nada fundamental, mis experiencias están por sobre toda teoría y, por supuesto, la idea de enajenación

forma parte de una manera distorsionada y poco auténtica de pensar al hombre.

Ante la "seriedad" institucional por supuesto que hay alternativas. Sospecho, sin embargo, que la gran mayoría de nuestros estudiantes, con esa nueva vocación profesionalizante que los caracteriza, elegirá más bien el lugar de la normalidad. Ni la crítica, con ánimo subversivo, ni la extravagancia, que se condena a marginal, parecen estar entre las opciones más frecuentes. ¿Por qué habrían de estarlo?. ¿No forman parte también nuestros estudiantes de las angustias actuales?. Los tiempos del hipismo y de la revolución ya han pasado. Con ellos, desgraciadamente, parecen irse también las esperanzas de la crítica.

12. Aún a riesgo de parecer paradójico, y para los que creen que toda crítica es disolvente y sólo conduce al vacío, debo rectificar, sin embargo, que no creo que ninguno de estos "destinos" sean obligatorios para la Psicología. Creo, y por eso he hecho estas reflexiones, que una Psicología crítica es posible.

Las consideraciones que he hecho sólo aparecen bajo el estigma de un pesimismo sin alternativa cuando se ha concedido sin más, de manera conformista, que las prácticas clínicas son el lugar natural y privilegiado de la Psicología, y que toda otra práctica en Psicología debe enmarcarse en su modelo. Esto, simplemente no es cierto.

Llegué a hacer clases en Carreras de Psicología invitado por los estudiantes y favorecido por las angustias epistemológicas de los Psicólogos que se dedican a la enseñanza. No me habría quedado en un campo del saber tan lleno de mitos si no es por María Luz y una sospecha política fundamental: las nuevas formas de dominación pasan de manera esencial por el control de la subjetividad. Es alrededor de esta idea que todas las preocupaciones anteriores conducen a esta serie de escritos.

De mi dedicación a la Filosofía de la Ciencia resulta la convicción de que la racionalidad científica es una forma ideológica, que expresa a una época histórica determinada, que se estructura como práctica en torno al Método Científico, que se caracteriza por ciertas nociones sobre la realidad, el saber y el sujeto que pueden ser supera-

das ya, al menos en teoría. De los filósofos de la ciencia más radicales he aprendido que el Método Científico no es el origen, sino la forma de legitimación del conocimiento, y que la diferencia entre los legos y los expertos es más una herramienta política que una verdad objetiva. Leer la tradición de la Filosofía de la Ciencia desde el marxismo me ha servido para completar la desmistificación de la Ciencia a través de su historización radical. Leer desde Hegel me ha servido para constatar cómo la modernidad se ha inventado a sí misma una y otra vez, con distintos nombres, manteniendo sus convicciones fundamentales o, también, para ver cómo esas nociones profundas han ido decayendo poco a poco hacia una forma ideológica nueva.

Cuando la racionalidad científica es historizada el lugar de la Psicología se hace de inmediato problemático. Desde luego el papel de la institucionalidad psicológica en el juego de los poderes ideológicos. Pero también, de manera más profunda, las ideas modernas sobre la subjetividad quedan expuestas al examen crítico. Es en este ámbito donde la lectura de Herbert Marcuse, cuya influencia puede verse muy directamente en lo que escribo, resulta fundamental. Marcuse, estudioso a la vez de Marx, Hegel y Freud, es una de las coordenadas básicas desde las que la reflexión crítica sobre la subjetividad debe empezar. He buscado en porfiadas y abundantes lecturas de Freud, de las múltiples vertientes de la tradición que inició, de las otras psicologías del siglo XX, pero siempre miradas desde su relación con Freud, claves para entender lo que la subjetividad moderna dice de sí a través de la Psicología. He intentado hacer una reconstrucción racional de la historia de la Psicología que permita entenderla como discurso del sujeto moderno. No tanto un discurso sobre el sujeto, sino del sujeto. No tanto el sujeto del enunciado, sino el de la enunciación.

Y entonces el marco general queda configurado así: una consideración filosófica y política de la modernidad, hecha desde un marxismo hegelianizado, me permite postular su vasto naufragio en una forma de dominación que la supera desde ella misma, y no desde la consciencia, como quiso la voluntad revolucionaria. Una nueva forma de dominación en que el carácter ideológico de la racionalidad científica aflora, se hace explícito, aún en sus pretensiones de objetividad. Una nueva forma social en que el dominio tecnológico de la

diversidad permite una fuerte manipulación de la autonomía clásica de la subjetividad. Una sociedad que es tecnológicamente capaz de configurar el aparato psíquico de sus dominados en función de los intereses de la dominación. Una sociedad que es capaz de dominar a través de una fuerte manipulación de las ilusiones de autonomía, de democracia liberal y de mercado, cuando ha vaciado ya a la autonomía, a la democracia liberal y al mercado de sus contenidos esenciales.

No es cierto ni desde fuera del paradigma clínico, teniendo en cuenta la emergencia de otras formas de práctica profesional, y ni siquiera desde dentro, teniendo en cuenta, en su propio interior, cómo sus desarrollos teóricos más avanzados apuntan una y otra vez a la disolución de la subjetividad clásica.

Me permito sugerir que una Psicología crítica debería denunciar al paradigma clínico desde dentro, mostrando sus prácticas como represivas y circulares, y mostrando que su forma característica de permanecer vigente es a través del fomento de la dependencia terapéutica, debería criticar el paradigma psiquiátrico en lo que tiene de médico, de farmacológico y de carcelario.

Criticar el modelo clínico de la Psicología significa también criticar el papel objetivo de armonizador y componedor micro social que el Psicólogo institucional cumple en la sociedad actual. La resignación común al papel de mediador puramente subjetivo, cuya función no es sino la de restaurar la fuerza de trabajo de sus pacientes, renunciando a preguntarse de manera global por las condiciones de su felicidad posible. Estas críticas, desarrolladas en su fundamento teórico, pueden llegar a mostrar la necesidad de criticar la noción misma de individuo, sobre la que se ha construido la cultura moderna, y que el Psicólogo entregado a la ilusión clínica simplemente renuncia a cuestionar.

La Psicología crítica debe extender su postura polémica a la acción de desmontar las prácticas profesionales suntuarias, y la pseudo Psicología marginal que, desde las revistas de moda, desde los concursos en la televisión, desde las innumerables formas de la industria del espectáculo, cumplen la función clínica de manera genérica, en una verdadera terapia socializada, desde la que se forma la estructura de personalidad, saltándose los límites clásicos de la

familia y la escuela, estandarizando las maneras de ser para su manipulación eficaz por el mercado.

13. Pero no sólo es posible proponer esta tarea crítica de manera negativa, como la serie de cosas que se combate o se intenta no hacer. También es posible formular direcciones de acción efectiva y propositiva.

Sostengo que una Psicología crítica se puede caracterizar por su intento de promover identidades colectivas. Los grupos de encuentro de mujeres, de indígenas, de homosexuales, de enfermos de SIDA, en que se hace Psicología étnica, o Psicología de género, son precursores en este sentido. Creo que contienen enormes posibilidades de desarrollo práctico y, sobre todo, posibilidades de convertirse en fundamento práctico para la formulación teórica de una nueva idea de la subjetividad, que trascienda los límites naturalistas e individualistas de las nociones clásicas.

Sostengo que una Psicología crítica puede caracterizarse por su vocación por los problemas de la salud pública en la esfera de la subjetividad. La acción consciente contra los efectos de la publicidad y la propaganda, la defensa de las comunidades frente a la manipulación ideológica, la preocupación con alcance social por el problema de las sectas y las drogas, pueden ser ámbitos definidos y ejemplares de prácticas y tareas de tipo teórico necesarias y viables.

En el plano teórico me parece que la línea central de desarrollo debe ser la exploración del concepto de transindividualidad, y de sus implicancias sobre las prácticas posibles del Psicólogo. Desarrollar un concepto transindividual de trauma, llevar la idea de lo social y lo intersubjetivo más allá de las simples articulaciones de individualidades, desarrollar el fundamento, el anclaje en la subjetividad efectiva, de los conceptos de lo femenino, lo solidario, lo comunitario, criticar desde su fundamento la pretensión de que puede haber especialistas, pueden ser líneas de desarrollo concreto y viable.

14. Una Psicología dedicada a promover un concepto de subjetividad que trascienda la enajenación de la subjetividad clásica en des-

composición, a promover una práctica de intervención psicológica en que el Psicólogo se ubica como un miembro más de una comunidad, dedicado a la producción de una subjetividad colectiva, vinculante, solidaria, dentro de la cual la autonomía pueda tener sentido.

Una Psicología dedicada por un lado a la crítica del modelo clínico, por otro lado al desarrollo teórico y práctico de una idea colectiva de la subjetividad. Por un lado a la crítica del paradigma médico, por otro lado a la construcción de un modelo de intervención psicosocial. Por un lado a la crítica de la subjetividad centrada en el agrado y la independencia azarosa de lo personal, por otro a la construcción de espacios de subjetividad colectiva.

Una Psicología dedicada por un lado a la crítica de los procesos de socialización enajenantes, por otro a la construcción de procesos de socialización en que la autonomía personal pueda coexistir de manera transparente con la subjetividad común. Por un lado la Psicología de la sociedad que tiene su centro en los individuos, por otro la de una sociedad en que los colectivos humanos son autores de su propia historia.

Sostengo que no hay nada de intrínsecamente utópico en estas alternativas. Creo que se pueden fundar teóricamente de manera sólida y que pueden conducir a prácticas psicológicas progresistas y solidarias. La sociedad de consumo, y el lugar de la Psicología en ella, no son una condición universal y necesaria, ni tenemos por qué resignarnos a ella.

La Psicología es el discurso del sujeto moderno, eso es cierto, pero la modernidad no tiene por qué asimilarse a la condición humana. Tenemos alternativas, somos libres, podemos ser felices.

Santiago, 21 de Marzo de 1994.-

sus ojos

INDICE

PRIMERA PARTE

Psicología y Epistemología

- I. Sobre el Carácter Científico de la Psicología 13
- II. Teorías y Sistemas Psicológicos 25
- III. Paradigmas en Psicología 33
- IV. Algunos vicios que entorpecen la discusión en Psicología. 51

SEGUNDA PARTE

Sobre el Concepto de Sujeto

- I. Notas sobre la Subjetividad Moderna 67
- II. El Psicoanálisis y el Sujeto Moderno 125
- III. Sobre la Posibilidad de una Psicología de Sujetos Colectivos 153
- IV. Adversus Lacan: para un concepto marxista del Psicoanálisis 177

TERCERA PARTE

Psicología y Política

- I. Tolerancia Represiva y Psicologización 189
- II. La Psicología en Chile y la Crisis de la Subjetividad Moderna 199
- III. Sobre la Condición Social de la Psicología 207



"Nuestras terapias son apropiadas para lo que el mercado espera : ofrecen una diversidad , una coherencia interna particular, una mínima diferencia, que es manipulable. Nuestro espejismo es que creemos que el mercado pretendería la estandarización, la homogeneización, la burda igualación , de los estilos clásicos de la cultura industrial, que llamamos, llenos de orgullo, totalitarios. Nuestra ceguera es que no somos capaces de ver que el mercado, y el Estado, han alcanzado la habilidad tecnológica suficiente como para manipular la diferencia. No logramos ver el totalitarismo del que dialoga desde su poder.

Estamos casi agradecidos de una diversidad que el totalitarismo nos negaba no por principio sino, simplemente, por incapacidad tecnológica.

El sujeto operativo es un pequeño sujeto en un mundo de enormes poderes. La Psicología que lo expresa es la sabiduría rebuscada y trivial de su impotencia. Pero el poder también es demasiado grande para sí mismo. La hora de su inversión no está visible, pero es perfectamente imaginable.

Se cansará el pequeño sujeto de su pequeñez al fin y volverá a conquistar el mundo."